

SUMARIO

Editorial

Estudio

Sínodo de América: Una experiencia de Iglesia. Mons. José María Arancibia

Espiritualidad

Lleno de debilidad o flaqueza humana. P. Michael J. Buckley

Espiritualidad

El acompañamiento espiritual de los presbíteros. Bernard Pitaud

Teología

La existencia sacerdotal, signo e instrumento del misterio trinitario. Mons. Estanislao Karlic

Pastoral

La dimensión misionera del sacerdocio ministerial. Card. Jozef Tomko

Testimonio

Sacerdote argentino en Rusia, testimonio de una misión. P. Mario Beverati

Documento

La espiritualidad del sacerdote. Mons. Juan María Uriarte

Semblanza

Monseñor Vicente F. Zaspé. Pbro. Raúl Troncoso. José I. López.
Carte de Mons. Vicente F. Zaspé a todos los sacerdotes de la diócesis

Crónica

Recensiones

Noticias

EDITORIAL

Uniéndonos al camino de toda la Iglesia, queremos dar a nuestros lectores nuevos aportes para vivir este tiempo de gracia y conversión que estamos transitando en preparación a la celebración del Gran Jubileo del año 2000.

El Papa ha querido dar una perspectiva eminentemente trinitaria a la etapa preparatoria. Por ello nos pareció oportuno publicar la reflexión de Mons. Estanislao Karlic, Arzobispo de Paraná y Presidente de la CEA, *“Existencia sacerdotal, signo e instrumento del misterio trinitario”*. A todos puede ayudarnos ahondar en nuestra identidad presbiteral desde el misterio de Dios. En definitiva es desde allí donde se explican y justifican nuestra vida y nuestro ministerio.

Pero al mismo tiempo el Dios-comunión nos impulsa y capacita para buscar la comunión entre los hombres. De allí la propuesta papal de celebrar en este tiempo preparatorio distintos sínodos continentales que afiancen en la Iglesia su vocación a ser *“sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”* (LG 1). El año pasado se celebró el Sínodo de América, del que informa Mons. José María Arancibia, Arzobispo de Mendoza y uno de los obispos argentinos que participó de dicha asamblea sinodal. Pero más allá del hecho sinodal se descubre en esta propuesta la voluntad de acercar Iglesias con una tradición cultural y espiritual diversa, pero llamadas a crecer en sus vínculos. Por ello publicamos la reflexión de un sacerdote norteamericano (Michael J. Buckley) que revela una perspectiva espiritual en singular sintonía con la reflexión y la práctica pastoral de nuestras Iglesias del sur.

El horizonte de la nueva evangelización y la invitación a renovarnos en el ardor misionero son otras de las características de la celebración jubilar. Por ello hemos querido publicar la ponencia del Cardenal J. Tomko en el IIº Encuentro Internacional de Sacerdotes (Costa de Marfil, julio de 1997), donde aborda el tema de *“la dimensión misionera del sacerdocio ministerial”*. Entre nosotros esta dimensión está plasmándose en distintas respuestas de hermanos presbíteros que, enviados por sus Iglesias particulares, han partido *“más allá de nuestras fronteras”*, para el servicio de la Iglesia Universal. En anteriores números publicamos algunos testimonios en este sentido y en éste presentamos lo que nos ha enviado el Pbro. Mario Beveratti (de la Arquidiócesis de Buenos Aires) que desde hace dos años está ofreciendo su servicio en Rusia y comparte con nuestros lectores distintos aspectos de su experiencia.

Atentos a todo lo que atañe a la formación permanente de los presbíteros, nos ocupamos del tema del *“acompañamiento”* de los pastores. También nosotros debemos ser *“pastoreados”*. Por ello ofrecemos la reflexión B.Pitaud sobre este tema y damos cuenta de algunos pasos institucionales que se vienen dando desde la Comisión Episcopal de Ministerios de la CEA (CEMIN) para ofrecer distintos servicios en favor de los presbíteros.

Continuamos con la serie de semblanzas sacerdotales que hemos venido publicando en números pasados. En esta oportunidad presentamos la figura de Mons. Vicente F. Zazpe, que fuera presbítero de la Arquidiócesis de Buenos Aires, Obispo de Rafaela y Arzobispo de Santa Fe. Varios testimonios y alguno de sus escritos nos acercan esta figura sacerdotal recordada por muchos de nosotros. El reconocimiento a Dios por el don que ha hecho a su Pueblo con la vida y el ministerio de estos *“hermanos mayores”*, nos estimule a todos a seguir sus pasos ...

SINODO DE AMERICA: UNA EXPERIENCIA DE IGLESIA

Mons. José María Arancibia
Arzobispo de Mendoza

Con gusto comparto lo que ha sido para mí este Sínodo: una valiosa experiencia de Iglesia. Había participado ya en otro Sínodo sobre la formación sacerdotal (1990). Pero siento que hoy vivimos otro momento histórico, y que esta Asamblea ha tenido características singulares.

1. Expectativa, tema, preparación

El Sínodo de América fue convocado por el Papa Juan Pablo II y debía reunirse en Roma, hacia fines de 1997. De ordinario, estas asambleas reúnen a los pastores de toda la Iglesia, en torno a un tema de interés general. Pero, con motivo del llamado a la nueva evangelización, y del Jubileo del año 2000, el Santo Padre invitó a celebrar sínodos por continente, con una temática más amplia. A propósito se llamó «de América», y no de «las Américas», para expresar la unidad del continente y los desafíos que esa misma unidad presenta en la actualidad.

Con la convocatoria, el Santo Padre formuló el tema: **Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, comunión y la solidaridad en América**. La preparación se realizó en dos momentos. Primero, con una consulta a todas las Iglesias de América, a través de unas pocas líneas generales y algunas preguntas (LINEAMENTA). Luego, con la síntesis de las respuestas recibidas, presentadas en un texto de estudio (INSTRUMENTUM LABORIS).

¿Despertó este Sínodo verdadera expectativa? Me parece que, en general, no. A pesar de que, a mi modo de ver, el tema era muy cercano al planteo de renovación que van haciendo nuestras parroquias y diócesis. Las causas pueden ser varias. Poco tiempo se tuvo para estudiar y consultar los LINEAMENTA. Y el documento de trabajo fue repartido a los participantes apenas dos meses antes.

Pienso, además, que muchos sacerdotes, como los agentes de pastoral, y los fieles en general, están recargados de trabajo y agobiados por la situación que viven. Las reuniones de Iglesia son muchas y los documentos por estudiar más todavía. Me llamó la atención, sin embargo, que muchos laicos e instituciones escribieron sobre temas de su incumbencia, con verdadero interés de aportar opiniones al Sínodo. Terminado el Sínodo, me asombra que las comunidades cristianas digan cuánto han rezado por este encuentro de Iglesia y por sus frutos.

Esta vez, los obispos argentinos nos preparamos realizando, un mes antes, una intensa e interesante jornada de estudio, en la cual escuchamos primero a peritos en teología e historia (L.Gera, R.Ferrara, R.Braun y G.Durán), y luego a varios laicos expertos en distintas disciplinas (convocados por el DEPLAI nacional). Este encuentro nos permitió recoger opiniones sobre el temario propuesto, y organizar nuestra manera de participar en el Sínodo ya próximo.

2. Participantes

En este Sínodo participaron, ante todo: obispos y cardenales, representando a las Iglesias del continente. La mayor parte de ellos, elegidos directamente por sus hermanos, para esta ocasión (136). Por derecho propio, también: los cardenales de las diócesis americanas, los presidentes de las Conferencias Episcopales, el representante del CELAM, y algunos

metropolitanos de rito oriental (54); además: algunos obispos o cardenales de la curia romana (25), y otros elegidos especialmente por el Papa (21).

Participó también un grupo de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, integrado en total por 65 personas; unos representaban órdenes y congregaciones, otros eran estudiosos, peritos y expertos, o dirigentes de federaciones y asociaciones. Fueron invitados asimismo representantes no católicos, llamados «delegados fraternos» (5).

En total, unas 300 personas aproximadamente.

De la Argentina participaron, el Card. Raúl F. Primatesta (Córdoba), el presidente de la CEA, Estanislao Karlic (Paraná), y nueve obispos elegidos: Emilio Bianchi de Cárcano (Azul), Eduardo Mirás (Rosario), José María Arancibia (Mendoza), Jorge Bergoglio (Buenos Aires), José María Arancedo (Mar del Plata), José Luis Mollaghan (Buenos Aires), Jorge Casaretto (San Isidro), Carmelo Giaquinta (Resistencia), y Carlos Ñañez (Tucumán).

Tomaron parte también otros argentinos, por diversos motivos: el Card. Eduardo Pironio, los padres generales Bernardo Olivera OCSO y Juan Vecchi SDB; los laicos Vicente Espeche Gil y Cristina Bedit; el Pbro. Daniel Estivil (Secretaría del Sínodo).

3. Ambiente general de participación y de trabajo

Si bien había notado antes del Sínodo una escasa expectativa, reconozco que, apenas comenzado, advertí un clima general de interesada participación. Los momentos de oración fueron intensos. Las intervenciones libres de los padres abordaron desde el primer momento una temática variadísima e interesante, en torno al tema propuesto por el Papa. Desde el primer día, me encontré con intervenciones serias y bien preparadas, seguidas por todos con notable atención.

Los países del norte manifestaron enseguida interés y respeto por América Latina, que de alguna manera nos sorprendió gratamente.

Según la inquietud de cada uno, los padres sinodales fueron encarando: la cruda realidad social y económica de América, por una parte; y, por otra, experiencias muy valiosas de las Iglesias y comunidades, que en esa situación trabajan con ingenio y esperanza. De esa forma iban surgiendo en el aula: descripciones de la difícil realidad con sus graves problemas, expresados con sinceridad, y preocupación; como también testimonios, personales y comunitarios, de santidad de vida y de abnegado esfuerzo pastoral.

Se mencionó con frecuencia, de una y otra forma, que el mismo Sínodo era un hecho de Iglesia muy valorado, agradecido, y apreciado, como signo de una Iglesia que se siente llamada a crecer en comunión y al servicio del mundo de hoy.

El ritmo de trabajo fue bastante intenso. De lunes a viernes nos reuníamos mañana y tarde, en congregaciones generales o por grupos; el sábado sólo por la mañana. En los tiempos libres, los obispos preparaban sus intervenciones personales, estudiaban el material entregado y las publicaciones ofrecidas; los secretarios de grupo, debimos trabajar fuerte para entregar a tiempo los resúmenes y las propuestas.

Varios motivos nos permitieron comprender la importancia de un encuentro tan singular, que quisimos aprovechar preparando y realizando algunas otras reuniones. Ante todo, entre nosotros mismos, los obispos argentinos, y con dos expertos nuestros: Mons. Lucio Gera y Mons. Gerardo Farrell (Quilmes), para compartir e intercambiar opiniones, para preparar algunas propuestas. Luego también con obispos de otros países (Cuba, Canadá, Mercosur); y también con los periodistas argentinos acreditados.

Los exalumnos del Colegio Pío Latinoamericano, provenientes de unos veinte países, y de diversas épocas, tuvimos un encuentro muy agradable en la sede actual del Colegio.

Algunos de nosotros participamos con interés en varias reuniones, libremente organizadas por obispos y expertos, tanto para comentar la marcha del Sínodo, como para preparar y evaluar los trabajos.

Fueron en total cuatro semanas intensas de encuentro, diálogo y oración, en un clima romano de otoño frío, húmedo y lluvioso. Nos ayudó la convivencia en las casas romanas de hospedaje, donde compartíamos la oración diaria, las comidas y la vida fraterna. Los argentinos nos alojamos en la misma casa que los obispos de Uruguay, Chile, Canadá, Guatemala y Honduras, lo cual permitió muchos y fecundos diálogos ocasionales.

4. Desarrollo o partes del Sínodo

El trabajo sinodal puede describirse en dos grandes partes. Una primera, que consiste en escucharse larga y pacientemente. Una segunda, de preparación y discusión de proposiciones para entregar al Santo Padre. Entre tanto se prepara un MENSAJE, que es votado al final, y resulta una buena síntesis del espíritu dominante y de los temas tratados. Esta vez resultó, a mi juicio, bastante completo y expresa bien, tanto el clima como los temas tratados.

El Sínodo tiene una metodología ya adquirida, que se ha formado a través de la experiencia. Según el parecer de algunos, demasiado rígida y establecida. Pero que, de todos modos, orienta y exige la participación de todos, de una manera seria y ordenada, sin quitar la libertad.

En los primeros días, luego de algunas presentaciones generales y de historia, escuchamos 214 intervenciones de obispos, de 8 minutos cada una; siguieron luego otras más breves: 4 de los delegados fraternos, y 33 de los sacerdotes, religiosos/as y laicos (auditores y auditoras). Los resúmenes se fueron publicando en L'Osservatore Romano. Esta etapa fue un auténtico ejercicio de escucha recíproca, en un ambiente fraterno, que exige paciencia y respeto, que suscita reflexión y comentarios; una práctica provechosa de colegialidad episcopal.

El Santo Padre asistió a todas las congregaciones generales, y presidió cada vez la oración. Al llegar y al retirarse, solía saludar con afecto y un poco de humor. Su compañía cercana y afectuosa, que hoy muestra el cansancio por tantos años de dedicación pastoral, nos resultó un testimonio impactante. Como en otros sínodos, también esta vez invitó a todos a su mesa para almorzar o cenar, en grupos de 13 ó 14 personas. El Cardenal Primatesta le agradeció espontáneamente su presencia y sus gestos, en el almuerzo de despedida, con palabras sentidas que todos aplaudimos.

La primera parte terminó con la presentación de un resumen o síntesis de todo lo escuchado en el aula, que preparó el Relator (Card. Sandoval, Guadalajara), con ayuda de los secretarios y expertos. Aunque no consiguió satisfacer a todos, dio pie para comenzar la discusión por grupos e iniciar la etapa siguiente.

La segunda parte estuvo dedicada sobre todo al trabajo de los grupos (círculos menores), que a partir de todo lo dicho y escuchado, preparan primero la presentación de una opinión general (relación del grupo), y luego trabajan algunas propuestas (proposiciones) para dejar al santo Padre. Los grupos son formados por la Secretaría General del Sínodo, según una inscripción previa de los mismos participantes, que indican la lengua de su preferencia. Se formaron así 12 grupos, integrados por unas 20 personas, de diversa procedencia y condición: castellano (6), inglés (3), francés (1), castellano-portugués (1), italiano-castellano (1).

Fueron muchas las horas que trabajamos, contando con la guía de un Moderador y el auxilio de un Relator, elegidos por los miembros de cada círculo. Primero, para analizar el resumen del Relator general, y redactar la opinión del grupo sobre temas ausentes o poco desarrollados, sobre aspectos a profundizar. Al terminar, cada grupo fue presentando su parecer a la asamblea, por medio de su relator; de manera que todos los participantes tuvieron una impresión de los trabajos grupales. La segunda tarea, y la más importante, fue preparar PROPOSICIONES, breves y de interés para la Iglesia del continente, que en torno al tema del Sínodo pudieran ofrecer al Santo Padre material para las orientaciones que él dará en su documento (Exhortación postsinodal).

Dichas proposiciones fueron preparadas primero, en cada uno de los 12 grupos; luego llevadas a una lista única, para ser estudiadas, corregidas y votadas. Finalmente resultaron 76 proposiciones, y todas alcanzaron los sufragios suficientes.

En Sínodo concluyó con una Eucaristía celebrada en la Basílica de San Pedro, como había comenzado, y con un almuerzo en el cual todos pudimos saludarnos y despedirnos del Papa.

5. Intervenciones más impactantes

Algunos testimonios e intervenciones me impresionaron vivamente, por su fuerza o su insistencia. Enuncio sólo unos diez puntos, sin mencionar a las personas ni citar textos, porque sería muy largo y recargado:

5.1- Consciencia de las Iglesias particulares que se sienten enriquecidas por la tarea misionera que realizan o han realizado

5.2- Testimonio valiente de apóstoles laicos en situaciones precarias y muy difíciles, convertido en llamado actual e insistente a la misión

5.3- Empobrecimiento creciente y brecha entre ricos y pobres, con sus terribles consecuencias, que son un tremendo e ineludible desafío para la sociedad y la Iglesia

5.4- Inquietud pastoral por los pueblos indígenas de América y su compleja situación actual, que requiere la especial atención de la Iglesia

5.5- De manera semejante, el fenómeno agigantado de las migraciones en todo el continente, que presenta nuevos y urgentes desafíos

5.6- Vigencia actual de la parroquia, como centro de vida cristiana y de completa actividad evangelizadora y de promoción humana

5.7- La vida de oración intensa, y de fe en constante crecimiento, como búsqueda de la santidad, que es la vocación de los cristianos, y el fundamento de toda la acción pastoral y misionera

5.8- Llamado reiterado a la solidaridad entre iglesias, pueblos y naciones, tanto a nivel pastoral como de promoción y asistencia

5.9- Necesidad de formación (primera y permanente) que reconocen tanto los pastores, obispos, sacerdotes y diáconos, como los fieles cristianos laicos, para asumir el reto de la nueva evangelización.

5.10- Reconocida importancia de los medios de comunicación, y cuestionamiento profundo de todo aquello que conduce hoy a la mundialización y la globalización.

6. Apreciación general y conclusiva

Probablemente el Sínodo de América no ofrezca aportes demasiado novedosos a nuestras comunidades. Aunque debemos esperar aún el documento del Santo Padre, que ya

en otras ocasiones rescató y completó el material de las proposiciones, de manera considerable.

De todas maneras, tengo una impresión prevalentemente positiva de este encuentro eclesial, sin negar los muchos interrogantes que también suscita.

¿Qué resultados me han llamado más la atención?

1. El Sínodo ha sido para los participantes, y para muchos que lo siguieron, una nueva mirada sobre América; otro «descubrimiento de América», como dijeron algunos padres. Tanto en su realidad temporal como eclesial, hemos tenido la ocasión providencial de conocernos mejor, con la ayuda de quienes participaron y de cuantos pudieron opinar.

2. Encuentro positiva la participación interesada de los pastores, y demás representantes del pueblo de Dios en toda América, en un clima de libertad, respeto y verdadera inquietud evangélica. Aunque parece evitarse la intervención de las corrientes extremas dentro de la misma Iglesia, sobre todo de las más críticas.

3. Aprecio una síntesis armónica entre fe, evangelización y promoción, bastante lograda, a mi juicio, que en otros tiempos provocó difíciles enfrentamientos; en cambio, hoy, favorece el diálogo y la búsqueda de soluciones comunes. Advierto en esto la asimilación progresiva de la enseñanza de la Iglesia, sobre todo en lo referente a evangelización y doctrina social. Aunque también preocupa cierta lentitud para llevar a la práctica tan rico tesoro.

4. La Iglesia se plantea con sinceridad, y de muchas maneras, una mayor fidelidad al Evangelio, y un cumplimiento más logrado de la misión que ha recibido del Señor. Creo que no hay muchas otras instituciones que busquen su renovación tan franca y abiertamente. Para ello, y en continuidad con su magisterio, sigue observando y estudiando la realidad del mundo, cuya transformación manifiesta algunos signos positivos, pero otros muy negativos. En este sentido, he hallado en el Sínodo, junto al reconocimiento y denuncia audaz de los problemas de hoy, la viva esperanza que suscita el encuentro con Jesucristo vivo, y su salvación ofrecida al mundo por la Iglesia. Casi no he sentido expresiones ingenuamente optimistas ni de una inquietud desesperanzada. Al contrario.

5. Parece haber crecido sin duda la consciencia de una responsabilidad común y compartida frente a los desafíos actuales del mundo y de la Iglesia, como se manifiesta frecuentemente en reuniones, declaraciones y documentos. Muchos se plantean, sin embargo, qué fuerza e influencia consiguen estas intervenciones, en orden a una verdadera renovación social y eclesial.

6. Pienso que el Sínodo será siempre un entrenamiento bastante completo de la colegialidad, que tanto apreciamos en nuestras consideraciones teológico-pastorales, pero que en la práctica no se convierte en signo e instrumento eclesial sino con mucho esfuerzo y virtud.

Este Sínodo concluyó el día de la Virgen de Guadalupe, que representa para tantas comunidades el signo de una evangelización inculturada. Unos días antes, el Santo Padre comenzó el año dedicado al Espíritu Santo, camino al Jubileo. Que María nos ayude a abrir el corazón a la fuerza del Espíritu, para renovar la misión evangelizadora de la Iglesia, por el encuentro con Cristo vivo, que es camino de conversión, comunión y solidaridad.

LLENO DE DEBILIDAD O FLAQUEZA HUMANA

P. Michael J. Buckley

Hay una tendencia entre nosotros los norteamericanos, bastante obvia y común, y recomendada por el sentido común y por una práctica afortunada, que consiste en estimar las aptitudes que tiene una persona para determinada profesión o «carrera», según la lista de las energías que posee. Juana habla bien, es mentalmente hábil, demuestra talentos genuinos para debates y liderazgos : ¡sería una abogada excelente! Todos reconocen que Juan tiene buen juicio, una aptitud o interés científico, evidente destreza manual y una honda preocupación por lo humano: ¡sería un médico de primera!

Y existe la tendencia de traspasar dicho método de evaluación al sacerdocio, de estimar a un hombre según sus dones y talentos, de hacer la lista de sus logros positivos y de su capacidad para más, de comprender lo que promete para el futuro basándose en lo que ha realizado en el pasado, y de hacer depender su llamado o vocación de sus dotes de personalidad o gracia. Como el hombre es religiosamente serio, amante de la oración, socialmente experto, intelectualmente agudo; y posee integridad interior, un sano sentido común, hábitos de trabajo duro : ¡resultará, por tanto, un sacerdote excelente!

Personalmente, esa transferencia me parece desastrosa. Hay un cuestionamiento distinto, propio como de la esencia misma del sacerdocio, aunque no solamente de él: ¿Es suficientemente «débil», este hombre, como para ser sacerdote? ¿Tiene suficientes fallas como para hallarse desarmado ante no pequeños sufrimientos, en su vida, de manera que viva con una cierta carga de fracasos, y de manera que perciba bien lo que significa ser un «hombre corriente»? ¿Hay una historia de confusión, duda de sí mismo, o angustia interior? ¿Ha tenido que habérselas con el temor, o adaptarse a frustraciones, o aceptar expectativas que se han desinflado? Todas éstas son preguntas críticas, que sondan la «debilidad». ¿Por qué? Porque, según *Hebreos* (2,5-18), la eficacia del ministerio y del sacerdocio de Cristo está, precisamente, en esta deficiencia, en esta carencia interior, en esta humana flaqueza o debilidad *Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados* (2,18) *Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado* (4,15) *y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza* (5,2).

Es para nosotros de una gravedad e importancia tan grande el captar la seriedad de esta revelación, de esta conjunción entre sacerdocio y debilidad, que por eso nos detenemos largamente en la «deficiencia», como parte de nuestra «vocación». De lo contrario, podríamos secularizar nuestras vidas en una amalgama de deseos y talentos; y podríamos sentir que nuestra debilidad es una amenaza para nuestro sacerdocio, como una insinuación de que debiéramos repensar lo ya previamente resuelto, como una especie de síntoma de que jamás fuimos verdaderamente «llamados», que no tenemos los medios de cumplir con lo que un día pensamos que era nuestro destino y que entonces interpeló nuestra generosidad y nuestra lealtad

¿Qué entiendo por «debilidad»? -No la experiencia del pecado-: ¡Casi todo lo contrario! Debilidad es la experiencia de una peculiar vulnerabilidad ante el sufrimiento, de un sentido profundo de incapacidad tanto para actuar como para proteger; una incapacidad -aún después de denodado esfuerzo- de ser uno autor, de desempeñarse como uno quisiera, de influir sobre lo que habíamos decidido, de tener éxito con toda la plenitud que hubiéramos anhelado Esta apertura al sufrimiento es la que da por resultado esa incapacidad: de

asegurar nuestro propio futuro, de protegernos de cualquiera adversidad, de vivir en una holgada claridad y serenidad; o de evitar o defendernos de la vergüenza, del dolor, o aún de la angustia interior.

Si un hombre es bastante hábil, o tortuoso, o confiado en sí mismo, puede limitar sus horizontes y expectativas, y realizar más o menos cuanto quisiera. Puede asegurar sus perímetros y vivir sin la sensación de esfuerzos ineficaces, de la percepción del fracaso o de la incapacidad o la vergüenza ante lo que pudiera haber sido. Pero si no puede, ya debido a su historial o a su temperamento o a sus tareas, entonces experimenta la debilidad en lo más recóndito de su existencia. Y esta experiencia es parte de la estructura esencial de su sacerdocio, más bien que una lucha contra ella. Este riesgo o tendencia al sufrimiento constituye una indicación de suma importancia de que Dios lo «llama»: esa terrible y deprimente sensación de incapacidad ante la misión de Moisés y la vocación de Jeremías; esa honda convicción de pecaminosidad, cuando se alzó ante Isaías la visión de Dios que le exigía una respuesta.

En la filosofía contemporánea hay una comparación clásica entre Sócrates y Jesucristo, un juicio respecto de ambos en cuanto a excelencia humana. Sócrates enfrentó su muerte con calma y aplomo; aceptó el juicio de la corte, disertó sobre las alternativas sugeridas por la muerte y sobre indicaciones dialécticas de inmortalidad, no halló motivos para temer, bebió el veneno y murió ¡Qué distinta la actitud de Cristo: el terror y el miedo lo tenían casi histérico, *con fuertes gritos y lágrimas dirigidas a Aquél que podía salvarlo de morir!*; repetidamente buscó consuelo entre sus amigos, y oró para verse librado de la muerte : ¡ni eso ni esto encontró! Por último logró controlarse y se dirigió hacia su muerte en silencio y en solitario aislamiento; incluso hacia el terrible sufrimiento interior de la «divinidad escondida», de la ausencia de Dios

Yo una vez pensé que esto se debió a que Sócrates y Jesús padecieron muertes diferentes, siendo una tanto más horrible que la otra, ya que el dolor y la agonía de la cruz eclipsaba tanto a la liberación de la cicuta. Pero ahora, aunque dicha explicación así expresada es correcta, creo con todo que es superficial y secundaria. Ahora creo que Jesús era un Hombre muchísimo más débil que Sócrates, más propenso al dolor físico y al abatimiento, más sensible al rechazo y al desprecio de los hombres; que el amor y el odio lo afectaban más. Sócrates jamás lloró sobre Atenas; jamás expresó dolor o aflicción ante la traición de sus amigos ; era dueño de sí, era íntegro, nunca se sobrepasaba; estaba convencido de que el hombre justo jamás podría padecer un daño verdadero. Y por esta razón, Sócrates, fue uno de los hombres más grandes y heroicos que jamás haya existido; paradigma de lo que, al interior del individuo, puede la humanidad realizar, fue un «filósofo». Y por la misma razón, Jesús de Nazareth fue un sacerdote: ambiguo, sufriente, misterioso, salvífico

Igualmente entre nosotros, el sacerdote ha de estar expuesto al sufrimiento, ha de ser débil, porque tiene que llegar a asemejarse a lo que toca: ¡el Cuerpo de Cristo! La persona corriente obviamente comprende al sacerdote, ante todo e imaginativamente, relacionado con la Eucaristía al interior de la Iglesia. ¿Y, qué es la Eucaristía? ¿El Cuerpo de Cristo? Ciertamente; pero, ¿cómo entendemos eso? ¿Cómo concibe y presenta Cristo esto: su Cuerpo? Trátase de una pregunta importante, porque los psicólogos sostienen que un hombre se auto-evalúa en relación con sus imágenes corporales espontáneas, que lo que percibe y siente de su cuerpo es lo que percibe y siente de sí mismo, que se percibe a sí mismo tal como percibe su cuerpo.

Ahora bien, ¿cómo percibe Cristo esto, su Cuerpo? Un Cuerpo que por nosotros fue destrozado; una Sangre que fue derramada por nosotros. Él se comprende como un Yo sacrificado; que sólo es útil o eficaz si pasa por su destrucción; que da vida y libertad sólo porque ha pasado por el terror y la muerte y ha logrado nueva vida. Cuando en nuestra Misa celebramos «el gran misterio que Él nos ha dejado», la Eucaristía sólo logra penetrar nuestras vidas si se ha partido y distribuido. Por lo tanto, ese estar ligado al sufrimiento de Cristo; su capacidad de ser destrozado y derramado : jeso hace efectivo su sacerdocio y posible su Eucaristía! Qué paradójico es este misterio. La fuerza de nuestro sacerdocio radica precisamente en la debilidad que parece amenazarlo. Estar abiertos y sensibles al desánimo y al sufrimiento, son constitutivos del misterio del sacerdocio mismo

La debilidad nos relaciona hondamente con los demás. Nos permite sentir con ellos la condición humana, la humana lucha y oscuridad y angustia que claman pidiendo salvación. Porque, el ser un ser humano, equivale a incorporar en la existencia una cierta cantidad de sufrimiento. Cuesta captar una consideración como ésta, ya que en la civilización occidental son tantas las cosas que procuran disfrazarla o que tienen interés en despreciarla. Uno de los aspectos más débiles de la sociedad norteamericana consiste en que no admitimos sinceramente el costo que entraña una lucha y en que casi nunca dejamos que el miedo real salga a la superficie. Con todo, la mayoría de nosotros hemos de esforzarnos por ganarnos la vida; hemos de preguntarnos ¿cuál será nuestro futuro y cuál será nuestro sentido de valor personal en una economía de mercado?; hemos de lidiar con los problemas, semi-clarificados y semi-comprendidos, de nuestros hijos; tememos al preguntarnos cómo será nuestra muerte; hemos de encarar la tentación de creer que la vida no tiene sentido, que todas las acciones son egoístas y carentes de trascendencia y que los demás son para ser usados

El ser sacerdote no significa ni puede significar que estamos liberados de todo aquello, como si estuviéramos llamados a tratar a los demás desde una gran altura; que la lucha por el significado y el valor y la fidelidad al Evangelio ya han terminado en nuestra existencia, y que ahora ya le hacemos frente a todo a partir de nuestras propias fuerzas. Dios nos ha llamado para salvar hombres, y no hay salvación sin encarnación. Los medios de salvación humana son los otros hombres, como Cristo fue hombre, y podemos comprender y dar respuesta en la medida en que nos sentimos «llenos de debilidad». Si parte de nuestra vida se convierte en un esfuerzo sutil notado sólo ocasionalmente por conservar un sentido cotidiano del llamado sacerdotal, dentro de una cultura que nos juzga más y más como anacrónicos y moribundos; en una lucha contra el sentido de esterilidad, cuando Dios parece tan distante e irreal y, con todo, su realidad es aquello único a lo cual hemos consagrado nuestra vida entera, en un esfuerzo excesivo por actuar razonable y honradamente en medio de importunas o fastidiosas ocupaciones, con colegas difíciles, o con superiores lejanos, en un contexto que parece carente de vida y de promesas , recordemos entonces que estamos llamados a ser hombres; a penetrar tan hondamente, como Cristo, la condición humana, como para poder redimirla; que nuestras tentaciones y desolaciones son la gracia de Dios que nos llama a una sensibilidad más honda para con los que están batallando de manera semejante Como estamos tentados, como personalmente tenemos dolores o sufrimientos , por eso comprenderemos el llamado que solicita nuestra compasión.

En segundo lugar, la debilidad nos relaciona más profundamente con Dios, porque proporciona el ámbito o el terreno donde puede verse su gracia, donde su presencia que nos sostiene puede revelarse, donde incluso su poder puede llegar a hacerse patente. Es por

esto, que ella contradice expectativas y se yergue casi como lo contrario del pecado. La debilidad es el contexto para la epifanía del Señor, es la noche en que Él aparece: no siempre como una promesa tranquilizadora, sino que más a menudo como un poder de seguir siendo fieles aun cuando nos sentimos sin fuerzas, aun cuando la fidelidad simplemente significa dar un paso más. Pablo vio la historia de su propia vida como esta letanía de contrariedades o sufrimientos, como momentos sucesivos de debilidad, pero transformada mediante el poder de Cristo que lo sostenía: *con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte* (2Co 12, 9-10).

El sacerdote a menudo descubre en momentos semejantes lo que significa su vocación; cuando el poder de Dios se hace evidente en la continuidad de su vida, una fidelidad que su debilidad parecería sólo socavar pero que, en realidad, es sostenida por ella, ya que evoca la presencia del Señor. La debilidad se convierte en la vocación del Señor, la llamada, el clamor que le lanzamos. Lo que nos lleva a Él, es esta noche, y el trabajo pesado de remar contra la tormenta y las amenazantes olas. No se trata de que la vida de un sacerdote podría idealmente ser otra cosa -sin luchas o sufrimientos o desconfianza en uno mismo- pero que, desgraciadamente, las circunstancias han introducido rigideces, humillaciones y un sentido de incapacidad. Al contrario. Precisamente, en esta noche y a través de ella, es donde el sacerdote se une a Cristo, y aprende que puede fiarse del Señor, que puede en la fe dirigir sus clamores a Jesús -aun en los casos en que hacer esto parece la cosa más insípida y sin vida- descubriendo o encontrando que Jesucristo basta. Sólo así, lo que predicamos y urgimos a los demás se convertirá en parte de nuestras vidas: entregar nuestras vidas confiadamente al Señor. Es esta experiencia, experiencia de debilidad personal y aun de haber creído ver ilusiones, como la presencia de Cristo; de haber confiado en Él en la oscuridad hallando que uno puede fiarse de Él, entonces estamos como los discípulos a los que viene a unirse Cristo caminando sobre las aguas.

La experiencia de la debilidad profundiza, a la vez, nuestra sensibilidad para con las necesidades religiosas de los hombres, y nuestra experiencia de oración.

De todo lo anterior fluye una consecuencia colectiva. Un tal tipo de existencia hemos de hacérsela posible los unos a los otros. Hemos de apoyarnos mutuamente en la debilidad, perdonándonos recíprocamente nuestras faltas diarias y llevando mutuamente las cargas, unos de otros. Sería absurdo si afirmáramos que la debilidad es esencialmente parte de la vocación sacerdotal, y despreciáramos después, o le diéramos poca importancia, a los que son mediocres; o si nos ofendiéramos con los que son insensibles, o que son torpes o no-softicados; o si prolongáramos batallas y enojos por causa de historias personales. Sería para nosotros algo trágico si rechazáramos, por un criterio u otro, a aquél a quien Dios ha llamado. Sin embargo, es un hecho triste que, no sin frecuencia, se da entre religiosos/as, el de condenarse recíprocamente. Las guerras, aun las personales, son realidades lamentables y las peores son las guerras religiosas. Porque, bajo capa de bien, o de ortodoxia o liberalidad, o de comunidad o de libertad personal, o aún de la santidad misma, religiosos y religiosas pueden ir lentamente desintegrándose en pequeñeces u hostilidades, de modo que «el segundo estado del hombre es peor que el primero».

Los sacerdotes están hechos del mismo material que los demás hombres, y dependen también de los hombres para que el amor incondicional de Dios sea otorgado a su debilidad. El mandamiento de Cristo de que debemos amarnos los unos a los otros, como Él

nos ha amado, es más que una norma general de benevolencia plena; es una misión especial: así como Él, a partir de Su debilidad, se preocupó de nuestra debilidad, y así se hizo nuestra Eucaristía. Si rechazamos esta ayuda mutua, por muy religiosas que sean nuestras normas, estamos engañándonos y limitando la misericordia y comprensión divinas que hubieran debido traspasar nuestra vida. No es «nuestra debilidad» la que estorba la compasión y la bondad de Dios. A menudo es lo que para otros constituye «nuestras fuerzas», las que se han convertido en criterios por los que nos distanciamos de otros no tan dotados, o en intereses mediante los cuales descubrimos que los demás son aburridos o improductivos, o en actividades religiosas según las cuales juzgamos a los demás como mediocres o con compromisos obvios. En nuestra vida no hay nada que no pueda desviarse, convirtiéndose en un medio para el mal, si no tenemos discernimiento. Y sabemos cuándo eso sucede: cuando Satanás se ha logrado transformar en «ángel de luz»; cuando hemos juzgado a los otros según nuestros propios logros y los hemos hallado deficientes, demasiado intrascendentes para que les prestemos nuestro apoyo, e indignos de nuestra preocupación y nuestro tiempo. La máxima protección contra este terrible orgullo que se disfraza como seriedad religiosa o como consagración apostólica, como pureza en lo que concierne a las cosas de Dios, o como honradez en lo referente a las cualidades de los hombres, es un sentido permanente de nuestra propia debilidad: ese punzante recordatorio de que, así como recibimos fuerzas de Uno que nos ha amado, así deberíamos ayudarnos los unos a los otros.

Vivir de este modo, es vivir el misterio pascual de Cristo, en debilidad y en amor. Fue costosa la decisión que tomamos de hacernos sacerdotes, y no deberíamos disfrazar esa elección. Tampoco deberíamos disfrazar el amor en que estamos metidos, ni el sentido de debilidad personal, cuando nos enfrentamos con ese tipo de vida. Dios nos dará Su gracia en el sacerdocio y en el ministerio que tenemos que encarar: *no es débil para con vosotros, sino poderoso entre vosotros. Pues, ciertamente, fue crucificado en razón de su flaqueza, pero está vivo por la fuerza de Dios. Así también nosotros: somos débiles en él, pero viviremos con él por la fuerza de Dios sobre vosotros (2Co 13, 3-4).*

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL DE LOS PRESBITEROS

Bernard Pitaud

Hoy, los presbíteros son más solicitados que en el pasado por demandas de acompañamiento espiritual. Por diversas razones, un cierto número vacila antes de responder positivamente: falta de tiempo, temor de involucrarse en relaciones personales, cuando las comunidades como tales manifiestan deseos que la sobrecarga no permite satisfacer, resistencia a penetrar en el mundo misterioso de “lo espiritual”, de la “vida interior”, o saber que uno está mal preparado para encontrarse con problemas psicológicos muy delicados...Todas estas razones y otras también, existen. Ellas explican que los presbíteros, temiendo no ser buenos acompañantes, piensen finalmente que es mejor dejar esta ocupación a los especialistas, preferentemente religiosos, generalmente considerados más capacitados para estas cuestiones.

Acompañar y ser acompañado

Sin embargo, a menudo, los presbíteros me dicen que su propia experiencia de acompañamiento les ayuda mucho en su tarea de acompañar. Allí aprenden a ser sensibles a ciertas cuestiones espirituales, a ciertas reacciones interiores, a los movimientos del Espíritu Santo en ellos. Su atención se despierta a los signos que no se perciben si ellos no han ayudado a otros en su vida de fe. Ellos pueden así comprender y ayudar mejor a las personas que los buscan. Es claro que uno no aprende a acompañar en los libros, aunque estos ciertamente no son inútiles, sino por una práctica personal de este medio de progreso espiritual que toda la tradición ha favorecido de diferentes formas.

Preguntémonos que es el acompañamiento en si mismo. Guiar a una persona en su camino de fe, es aceptar someterse a la acción del Espíritu en ella. No es imponerle nuestros métodos y objetivos y llenarla de buenos consejos, aún cuando los consejos sean muchas veces necesarios. Se trata de creer que el Espíritu conduce a esa persona con un trabajo secreto al cual el acompañante se somete mientras la acompaña. Dirigir espiritualmente a alguien, es entonces aceptar no tener las riendas de la marcha, dejando al Espíritu hacer su trabajo y facilitándolo tanto como uno pueda. El que acompaña es por esto invitado a una humildad fundamental que consiste en hacer todo lo posible para que el Espíritu despliegue sus propias energías. Su mediación es una mediación de escucha atenta de aquello que vive el otro para dejar pacientemente que se abra paso la presencia activa de Dios en el corazón de todas las situaciones en las que una persona esta sumergida. Mediación esencial: ella nos advierte que Dios y el hermano son inseparables en la aceptación de la salvación. Buscar la voluntad de Dios para vivirla mejor, es al mismo tiempo abrirse al otro puesto en nuestro camino para ayudarnos en esta obediencia.

Para mejor entrar y progresar él mismo en esta humildad, el que acompaña es invitado a sumergirse en una marcha análoga de obediencia al Espíritu haciéndose ayudar por otro. Mis hermanos me necesitan, pero yo también los necesito a ellos. No puedo dar si no acepto recibir. No puedo recibir de verdad la confianza de los otros si no soy capaz yo mismo de confiar en otro. No puedo guiar a alguien hacia la libertad si yo no soy cada día más libre interiormente; y la palabra abierta y confiada a un hermano es una de las condiciones de acceso a la libertad.

Dificultades diversas...

Las dificultades que encuentran los presbíteros para hacerse acompañar no son pequeñas. Proviene de muchos factores, y bien concretos: no es fácil encontrar alguien dispuesto. Existen en todas las Diócesis Presbíteros que son conocidos por ser acompañantes experimentados. Pero a menudo son poco numerosos. Para colmo, ellos habitualmente están muy sobrecargados. Por otra parte, una persona no conviene indiferentemente a todo el mundo, en este terreno particularmente, en el que la confianza es requerida.. En cuanto a los otros presbíteros, muchas veces la proximidad de trabajo obstaculiza la apertura espiritual que exige el acompañamiento. “Nos conocemos demasiado” para confiar profundamente. Por lo tanto, faltará libertad para hablar de ciertas cuestiones y se correrá el riesgo también de obstaculizar la libertad del otro. Termina siendo mejor, si la vecindad de un monasterio o de un convento lo permite, encontrar regularmente a un religioso. Pero muchas veces, también para esto, hay que hacer un largo camino.

Existen también otras dificultades más sutiles. Se puede llegar algunas veces a la conclusión de que la experiencia de acompañamiento durante el tiempo de formación inicial no ha producido todos los frutos que podríamos esperar. Por diversas razones, la confianza no se ha logrado plenamente con el que acompaña; seguramente fue suficiente para que las cuestiones mayores fueran abordadas, pero muchas veces no para que el acompañamiento sea vivido como un medio privilegiado de progreso espiritual. De esta manera a la salida del Seminario, no se busca continuar una experiencia cuyo interés e importancia no aparecen de modo evidente. Será necesario que un problema grave venga a perturbar la vida para que se decida a pedir consejo. Posiblemente esta sea la ocasión para descubrir que el acompañamiento no es solamente para aquellos que atraviesan una crisis grave, como se cree a menudo.

Otra dificultad, más directamente espiritual, puede obstaculizar el deseo de hacerse ayudar: cuando una cierta mediocridad se instala en nuestra vida, acompañada de una laxitud que nos hace decir: “permanezcamos aquí, ya no puedo progresar...mi vida es como es”. Uno se conforma con lo mínimo y vive cierta fidelidad. Pero se conocen límites, pobrezas...y se piensa que es poco lo que se puede hacer por superarlas. ¿Qué hacer en esos casos con un acompañamiento que obligaría a plantear esas cuestiones que uno prefiere sin respuestas? En estos casos, es el dinamismo y la vitalidad espiritual los que faltan e impiden buscar los medios de crecimiento.

Se pueden mencionar otras dificultades sin duda. Cada uno debiera examinarse. Pero nos interesa más mirar ahora en qué el acompañamiento espiritual puede ser un sostén eficaz para el ministerio y la vida del presbítero.

Un lugar de libertad para hablar de nuestra vida con Cristo

Tengamos presente lo que dicen muchos presbíteros: “el hecho de tener que hablar me obliga a releer mi ministerio, a detenerme para analizar lo que vivo. Es el primer beneficio del acompañamiento y si solo hubiera ese, creo que ya valdría la pena”. Es indudable que muchos presbíteros tienen otros ámbitos de relectura de su ministerio. Cada uno de ellos: equipo de revisión de vida, equipo de sacerdotes con el que se trabaja, etc. es evidentemente una ayuda para clarificar lo que uno vive. Cada uno de ellos tiene su aporte específico. Ninguno reemplaza al otro. El acompañamiento personal es habitualmente aquel en el que podemos expresarnos más libremente, experimentar las motivaciones profundas

de nuestros actos, decir nuestras alegrías y angustias, nuestras caídas y victorias. No apunta tanto al análisis objetivo de las situaciones, aunque esto no se olvide, cuanto a la manera personal en que nos hemos involucrado. La discreción de la cual estamos seguros nos da la libertad de abordar en confianza todas las dimensiones de nuestra vida presbiteral.

En particular, nosotros podemos hablar de esa intimidad con el Señor que está en el corazón del ministerio. Ciertamente tenemos otras ocasiones de compartir nuestra fe, entre sacerdotes y con las comunidades en las que trabajamos; sin embargo ningún ámbito excluye al otro. Con los hermanos sacerdotes, se puede compartir en profundidad en los grupos pequeños donde los miembros se conocen bien. Pero no siempre es posible abordar ciertas cuestiones muy personales. Con mayor razón cuando se trata de múltiples encuentros con personas y grupos que constituyen lo esencial de nuestro ministerio. Nosotros estamos la mayor parte del tiempo en situación de escucha. Ayudamos a otros a profundizar y a reflexionar su fe. Hoy estamos a menos distancia que en otras épocas y esta evolución nos permite una gran proximidad con la fe de la gente. Sin embargo, debemos mantener una cierta reserva, porque se trata de conducir la gente a Cristo sin atarlas a nosotros mismos. Es todo un arte en la vida pastoral dejar aparecer algo de nosotros sin llegar a exponernos de manera indiscreta. Ayudamos a nuestros hermanos en la medida que perciben lo que nos anima desde el interior, pero no siempre podemos ir más lejos en la comunicación abierta de aquello que nos es muy personal, pues correríamos el riesgo de trabar nuestra libertad y la de ellos. Un matrimonio que jamás conversara sobre su propia vida, sobre lo que cada uno siente frente al otro, vería apagarse la fuente de su amor. Tampoco nosotros podemos estimular nuestro amor por el Señor si no hablamos jamás de eso y si no experimentamos el modo en que se despliega dentro de nuestro ministerio; y si no dejamos a nadie echar una mirada sobre nuestra vida, jamás podremos probar la calidad del amor que nos anima.

Un lugar para probar la calidad de nuestro amor pastoral

Los sacerdotes estamos siempre expuestos a caer en el funcionarismo. Acompañamos sin cesar las realidades esenciales de la vida, de la muerte, del amor. Esta proximidad constituye por una parte la belleza del ministerio, pero en ciertos momentos, se transforma en algo difícil de cargar. ¿Cómo podemos dejarnos “tocar” en profundidad por la diversidad de situaciones humanas que encontramos, pasar en pocos minutos de la compasión por una familia en duelo a compartir el gozo de dos jóvenes que se preparan al matrimonio o de un matrimonio joven que espera su primer hijo? Espontáneamente se establece una cierta distancia necesaria, pero ella puede transformarse en defensa o simplemente en frialdad. La afectividad de los Presbíteros es puesta a dura prueba a lo largo de una jornada. Ellos deben hacerse próximos a todos, llorar con los que lloran, alegrarse con los que están de gozo, compartir con los que están en dificultades, pasar un rato con los que necesitan ser escuchados y que no suelen llegar en el mejor momento. El problema es guardar, a través de esta multiplicidad de situaciones y de sentimientos que ellas suscitan, una verdadera calidad de corazón que permita estar presente a lo que vive la gente y permanecer uno mismo, sin quebrarse psicológicamente.

Es necesario incluso ir más allá. La verdad espiritual de nuestros no depende solamente del equilibrio psicológico que nosotros podamos encontrar en medio de nuestras vidas zarandeadas. Ella depende en primer lugar de nuestra comunión con Cristo-Pastor a quien representamos, con su capacidad para dejarse alcanzar por todas las tristezas y alegrías

humanas para ponerlas en el corazón de Dios. Depende también de nuestra actitud para dejarnos enseñar por su deseo ardiente de encontrarse con las multitudes y al mismo tiempo su voluntad de ir al desierto para orar al Padre.

Pero, ¿Es acaso posible realizar solos esta renovación constante de nuestro corazón, imprescindible para la calidad de nuestro ministerio? ¿Cómo podremos nosotros medir con justeza la evolución de nuestra afectividad y el modo con que ella se deja impregnar del amor de Dios? ¿Cómo podremos hacerlo sino con la guía de un hermano que nos ayude a recentrarnos, a evaluar la verdad de nuestra investidura afectiva, a poner en la fuente del corazón de Cristo nuestro amor? No olvidemos que esta cuestión del desarrollo de nuestra afectividad en nuestras relaciones personales es algo esencial para nosotros. Hablamos sin cesar con la gente de realidades que son muy íntimas para ellos. Estos nos gratifican profundamente. A menudo nos toca acompañar decepciones muy duras de soportar. Si queremos permanecer vivos no nos podemos blindar, porque solo el amor llena la vida y solo un verdadero amor pastoral llenará la nuestra. Podemos gastarnos en múltiples actividades, renovar con habilidad la pastoral y sus métodos, tener múltiples relaciones, pero si el amor no atraviesa todo eso y no lo irriga, nuestra vida estará vacía y sin gozo profundo. El amor es en el hombre a la vez lo más bello y lo más complejo y puede hecharse a perder fácilmente. Debe ser educado incesantemente para que crezca en delicadeza. Será sin duda presuntuoso embarcarse solo en este difícil crecimiento. La ayuda de un hermano que nos acompaña será preciosa para poder penetrar en la complejidad de estos sentimientos y dejarnos modelar cada día más por el amor de Cristo.

Vivir espiritualmente las nuevas situaciones pastorales

La situación eclesial en la que estamos hoy sumergidos confiere también al acompañamiento personal una actualidad particular. La Iglesia de Francia está comprometida en una gran reorganización que reestructura las Parroquias en numerosas Diócesis. Por otra parte, desde hace largos años, la asunción de responsabilidades por los laicos u la ordenación de numerosos diáconos permanentes, han modificado considerablemente el paisaje pastoral. El riesgo de este vasto reordenamiento es que sea vivido únicamente en sintonía funcional. Cada uno sabe por tanto que poner en marcha una nueva repartición de tareas y de responsabilidades conlleva necesariamente cambios muy profundos que tocan al modo de ser de las personas. Los presbíteros en particular no se enfrentan solamente con una nueva extensión de su campo de responsabilidades. Las transformaciones que se les piden son más profundas. Ellos deben encontrar un nuevo tipo de relación con los laicos, y un nuevo modo de ejercicio de su responsabilidad presbiteral; incluso esto podrá tener una diversidad ya que sus funciones no serán forzosamente las mismas en las distintas tareas que se le confíen. El mismo presbítero podrá ser cura en una parroquia reestructurada, asesor de un movimiento donde los responsables son los laicos, moderador de un equipo pastoral de un sector vecino en el cual no hay sacerdote. Necesitará mucho aliento y un poco de humor para situarse de un modo justo frente a esas diversidades.

Un buen número de presbíteros se adapta bien a esta nueva situación. Para otros en cambio es muy difícil. No todo el mundo está preparado para vivir esta complejidad de una manera feliz y eficaz. Cualquiera sea la calidad de la adaptación, es importante poder conversar de todo aquello que estas modificaciones provocan en nosotros: dinamismos nuevos, renunciamentos fecundos, el gozo de trabajar en una relación más estrecha con los

laicos...pero también frustraciones, decepciones y pérdida de las referencias que nos son familiares. En efecto, es necesario reajustar todas nuestras relaciones, modificar nuestros ritmos de vida, repensar la manera en que nosotros conducimos las reflexiones pastorales, revisar las relaciones de trabajo con otros sacerdotes. Es por lo tanto toda nuestra manera de ser en la Iglesia la que se transforma en profundidad. Estos cambios tocan evidentemente el modo como nos comprendemos como presbíteros, y nos invitan a reflexionar nuevamente sobre la significación que damos a nuestro ministerio. Un diálogo regular con un hermano que nos acompaña nos ayuda a integrar poco a poco todos los elementos de esta transformación compleja que vivimos y a reforzar nuestra unidad de vida, necesariamente puesta a prueba. Toda esta evolución puede permitirnos renovar nuestra vida en el Espíritu. Por eso es imprescindible que nos tomemos tiempo para comprender la conversión que nos demanda, los nuevos horizontes que se abren a nuestra reflexión, las oportunidades de expansión que se ofrecen a nuestro ministerio. Estos cambios a los que somos invitados pueden ser vividos de un modo puramente funcional, como un puro ajuste exterior a una situación nueva. Pero pueden ser también la ocasión de una evolución espiritual.; y solo en este caso dará para la Iglesia y para nosotros todos sus frutos.

Pongamos un ejemplo: Uno de los temores más frecuentemente experimentados por los presbíteros consiste en la gran dificultad para asegurar un contacto con aquellos a los que podemos agrupar bajo el nombre de “ocasionales” (“Tout-venant”). Corremos el riesgo de consagrar casi todo nuestro tiempo a los laicos que tienen responsabilidades. En este terreno hemos adquirido gracias a la experiencia de estos últimos tiempos un verdadero saber-hacer y para muchos es un ministerio que nos gratifica y enriquece. Pero cada vez se dispone de menos tiempo para reencontrar a las personas más o menos alejadas de la Iglesia. Y muchos sacerdotes temen perder el contacto con todo un ámbito de la vida humana concreta que debiera alimentar nuestra reflexión pastoral y nuestra oración. Este temor no es infundado cuando uno piensa en la disminución del número de presbíteros y en su envejecimiento. Las condiciones de ejercicio del ministerio nos piden hoy cierto renunciamiento y ya que en esto no se trata de pasar de todo a nada, habrá que pensar en reinventar modos de presencia entre los más alejados.

Pero, si hay que renunciar, en parte al menos, a un tipo de relación que tenemos, ¿En qué condiciones esa renuncia será fecunda? ¿Cómo comprender sus fundamentos? ¿Y cómo sumergirnos, sin reticencia y sin extrañar el pasado, en la nueva situación para que ella sea un ámbito de expansión? Todas estas cuestiones nos remiten a aquello que está en juego en todo cambio profundo: no se puede entrar en una situación nueva sin dejar algo de uno mismo y sin vivir algo del misterio de la Cruz. Uno puede resignarse al cambio, puede evadirse de manera sutil, aceptándolo exteriormente y seguir haciendo como siempre; pero también podemos comprometernos con honestidad y verdad; en este caso viviremos necesariamente el misterio Pascual. Pero ¿Cómo vivir esta conversión sin dialogar con un hermano que nos ayude a no esquivar las cuestiones fundamentales: ¿Qué llegaremos a ser los presbíteros en estas transformaciones? ¿En que se transformará nuestro amor por la gente? ¿Cómo viviremos nuestro compromiso con Cristo y con la Iglesia? Nuestro ministerio es el lugar en el que Dios nos encuentra y nos llama a la conversión. Es el ámbito de nuestra propia aventura en la fe. Su fecundidad depende de la profundidad de nuestro compromiso en este camino espiritual. La ayuda de un hermano que nos guíe será preciosa para sumergirnos en este trabajo que no será sin combates, y que hará de nosotros testigos de la fe en nuestra existencia concreta.

Conclusión

El impacto de nuestro ministerio depende en parte de la calidad de nuestra experiencia espiritual. Si nos dejamos convertir por la caridad pastoral que nos anima y que nos es otra cosa que el amor de Cristo, ella dará testimonio en nosotros mismos de su verdad y de su poder salvífico. El acompañamiento personal no puede sino ayudarnos. Es un medio de crecimiento que la Iglesia propone a todos los cristianos. Como presbíteros no podemos ser negligentes. El nos ayudará a realizar en Cristo la unidad de nuestras vidas a menudo dispersas. Puede que lo necesitemos más en ciertas etapas de nuestro ministerio, pero no podemos pensar nunca que es algo que no nos concierne.

(traducción: Pbro. Horacio Alvarez - Córdoba)

LA EXISTENCIA SACERDOTAL, SIGNO E INSTRUMENTO DEL MISTERIO TRINITARIO¹

Mons. Estanislao Karlic
Arzobispo de Paraná

El misterio trinitario es el primero y el último en la fe cristiana. Esto vale para la comprensión de Dios mismo y de toda la creación. En el misterio de la Trinidad empieza cuanto existe, y hacia él se ordena todo el universo, toda la humanidad y toda la Iglesia. Desde él parte el tiempo y hacia él se encamina la historia de los individuos y del género humano². También el sacerdocio cristiano recibe su ser y su luz más profundos en el misterio trinitario.

Intentamos volcar en estas líneas algunas reflexiones, buscando descubrir y gustar la íntima comunión a que nos llama el Padre en su Hijo por su Espíritu. En dos partes dividimos la exposición: A. el ser, B. el obrar del sacerdocio en relación a la Trinidad. Se funda esta disposición en que el obrar de toda creatura debe ser según su constitución ontológica. Sin afirmar con ello que el obrar cae fuera del campo del ser. Al contrario. El obrar sacerdotal, como todo obrar cristiano, no es sino el despliegue de las virtualidades de su ser. Es, en virtud de la gracia de Dios, la actualización, el crecimiento, el acabamiento del ser original que el Señor regala como proyecto y no sólo como don, en el momento de la justificación. Intentamos mostrar, pues, que el sacerdocio neotestamentario se funda en la Trinidad, y se desarrolla y vive como vida trinitaria, para crecer en la comunión divina.

A. LAS RELACIONES CON LAS PERSONAS DIVINAS

1. En la gracia

La gracia consiste en una participación creada de la vida divina, que transforma nuestro ser personal radicalmente, haciéndonos hijos de Dios y herederos del cielo, pero también consiste, y principalmente, en las mismas personas divinas que vienen a habitar en el justo. La gracia es, primero, Dios mismo como don para nosotros. El acento en la inhabitación de Dios –gracia increada– frente a la participación creatural de la naturaleza divina –gracia creada– va extendiéndose entre los teólogos contemporáneos, que recuperan así una tradición pura, conservada especialmente en la liturgia, los Padres y en la doctrina espiritual del Magisterio, de los Santos y de los teólogos³.

El ser cristiano incluye, pues, la inhabitación de las personas divinas, y entrar en relaciones nuevas de intimidad con ellas. No es simplemente participar la vida de una divinidad sin distinciones, sino ser introducido a la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu. La vida cristiana es intrínseca y fundamentalmente una participación del comercio trinitario. Así se ha enriquecido substancialmente el concepto de gracia en los autores actuales. El Concilio último, en esta línea, ha propuesto el misterio de la Iglesia a partir de su fundamento trinitario (Lumen Gentium 2-4)⁴, iluminando poderosamente su realidad. Cierra el párrafo 4 diciendo con S. Cipriano, que la Iglesia es como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Orat. Dom. 23; P.L. 38,463).

Dentro de esta corriente doctrinal hay, sin embargo, diferencias que tienen importancia teórica y práctica. Unos sostienen que las relaciones con las tres personas no se distinguen realmente, sino que atribuimos a una, por alguna conveniencia particular, lo que corresponde a todas. La paternidad, por ejemplo, conviene propiamente a la Trinidad pero se apropia al Padre por ser principio sin principio de las otras personas y de la acción divina

externa –creación y redención⁵. Otros en cambio, defienden que la relación al Padre es propiamente de filiación, mientras que con el Hijo no es tal sino de fraternidad, salvada por analogía, la infinita distancia que hay entre Dios y la creatura. Según los primeros, propiamente somos «hijos de la Trinidad». Según los segundos, «hijos del Padre», pero no hijos del Hijo ni del Espíritu Santo.

La gran argumentación a favor de la primera posición y en contra de la segunda se funda en que «en Dios todo es uno, salvo la oposición de relación». Sólo la relación del Padre, opuesta a la del Hijo y a la del Espíritu, es propia del Padre y no es común con las otras personas. Lo mismo hay que decir de la relación de Hijo y Espíritu. Todo lo demás –ser, naturaleza, operaciones– constituyen la única divinidad indistinta. La acción divina, tanto la creadora como la salvadora, es común a las tres personas, y no establece relaciones diferentes entre las creaturas redimidas y cada persona divina. Los hombres, pues, entran a la relación común de filiación y son, por gracia, «hijos de la Trinidad». Esto sostiene la primera opinión.

La segunda opinión teológica, sin negar el principio antes citado, busca apoyo en otras verdades⁶. Existe un caso, por lo menos, en que aparece claramente el establecimiento de relación propia con una persona divina: la encarnación. Por ella sólo el Hijo asume la humanidad. La realidad creatural –la humanidad de Cristo– está unida a la persona del Hijo, y no lo está a la del Padre ni a la del Espíritu. Esto prueba que en el orden sobrenatural de la redención, es posible la relación propia, y no simplemente apropiada, de lo creado con las personas divinas. El hombre Cristo Jesús es el mismo Verbo, Hijo del Padre y principio del Espíritu Santo.

Se suele señalar también el caso de la visión beatífica, como sostén de la opinión teológica que exponemos. En la visión veremos a Dios cara a cara, como Trinidad de personas. Para conocer, amar y gozar de cada persona como distinta, es preciso que se dé una relación propia en el nivel de conocimiento y también en el nivel de ser. Es preciso que Dios mismo como trino, en una forma profundamente misteriosa pero real, se constituya en principio de la visión del bienaventurado. Es necesario, pues, que la Trinidad no sea sólo objeto de la visión, sino que se constituya en el nivel de sujeto. Ningún principio creado puede ser origen activo suficiente de conocimiento y amor de la Trinidad como tal. Es necesario que haya proporción entre sujeto y objeto. Para indicar este misterioso modo de presencia y de unión entre Dios y el bienaventurado, hay teólogos que hablan de cuasi-forma. Es decir, la Trinidad es fin y objeto de la vida beata, pero también es en alguna medida principio y sujeto, al constituirse en vida del bienaventurado por la luz de la gloria –*lumen gloriae*–, lo cual se quiere expresar técnicamente como «cuasi-forma»⁷. Puesto que la gloria es comenzada en la gracia, la unión cuasi-formal del cielo se da ya de modo incoado en la existencia terrena del justo. Es decir, que el justo es hijo de Dios porque tiene una participación creada de la naturaleza divina, pero más aún porque vive en unión cuasi-formal de habitación con el Hijo de Dios, y así, con las otras personas divinas. Hijo en el Hijo, y en Él, hijo del Padre. Su relación de filiación, participación de la filiación eterna del Hijo, es propiamente hacia el Padre en el Hijo por el Espíritu, y no es hacia el Hijo ni hacia el Espíritu.

La cuestión toca a la comprensión esencial del cristianismo. El hecho de que Jesucristo es la presencia del Hijo en la humanidad asumida del seno inmaculado de María y no es la encarnación del Padre ni la del Espíritu, ni la presencia sin distinción de la naturaleza divina, afecta a todo el misterio de salvación. Somos elevados a la participación de la vida divina por el Verbo Encarnado y en Él. Así comulgamos con el Espíritu y con el Padre. En

esto se juega la fe. Con esto se descubre la realidad profunda de la nueva creación: el Verbo se hace hombre y el hombre es Dios siendo el Verbo. El cristiano que vive en gracia ha sido injertado en el Cuerpo de Cristo. No es la Iglesia el Cuerpo Místico del Padre sino del Hijo. En el Hijo y como Él, ingresamos a la comunión con el Padre. Vivimos la Trinidad en y desde el Hijo. La única vida divina es la que tiene el Padre sin haberla recibido de nadie, la misma que tiene el Hijo, recibida del Padre y que tiene el Espíritu, espirada por el Padre y el Hijo. En el Hijo, en su Cuerpo Místico, tenemos parte nosotros en esa vida, recibéndola del Padre. No la recibimos como Cuerpo del Padre ni del Espíritu. La gracia así explicada, posibilita una comprensión del misterio de redención más profundamente cristiana y trinitaria. Entendemos entrar más en el misterio de Cristo y la Trinidad, porque Cristo y la Trinidad se hacen uno con nosotros (*Juan 17,21-23*). Vivimos escondidos en Dios por Cristo.

Se dice menos de la hondura del misterio cuando se afirma que la vida de gracia entraña una relación ontológica indiferenciada con la naturaleza divina, y no una diferenciada con las personas divinas.

Pensamos, como señalábamos, que la comunión con la corriente divina es más profunda y real, y que en verdad el misterio de la vida nueva es el mismo misterio trinitario participado al nivel de las personas. Como todo el Padre está en el Hijo y en el Espíritu, y así el Hijo y el Espíritu, respectivamente, nosotros por la gracia tenemos todo el Padre y todo el Espíritu por estar en el Hijo, y por Él estamos nosotros a nuestra vez, inmersos en el Padre y el Espíritu. Así participamos de la comunión trinitaria. O expresado dinámicamente: como el Padre se comunica íntegramente al Hijo y el Hijo se comunica al Espíritu, nosotros en el Hijo recibimos la autocomunicación del Padre –siempre somos generados por el Padre y en esa generación recibimos su naturaleza y su persona como huésped– y espiramos en el Hijo junto con el Padre, al Espíritu de ambos, que es Espíritu de amor⁸. Así participamos de la comunicación trinitaria. Comunicación que es para la comunión. Comunión que es eterna comunicación.

2. En el sacerdocio ministerial

Vale lo dicho hasta aquí, para todo bautizado. ¿Qué hay de particular en las relaciones con las personas divinas de los sacerdotes –obispos y presbíteros–?

Los sacerdotes también son bautizados. Viven su condición cristiana a nivel de simples fieles o de jerarquía. En el primer caso se expresan como puros miembros de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En el segundo, como miembros que han recibido un nuevo sacramento, por el cual ocupan un puesto señalado en el Cuerpo Místico en virtud de la potestad de representar a Cristo Cabeza, fuente de toda la salvación.

En cuanto fieles, los sacerdotes viven la fe como sus hermanos, y se relacionan y comulgan con las personas trinitarias con los gozos y vicisitudes de todos. En cuanto sacerdotes ministeriales, acceden a un modo nuevo de relaciones en las tres funciones, profética, sacerdotal y real, con que cumplen su servicio.

Son profetas de Cristo de modo que su palabra ministerial no tiene únicamente el valor de un miembro que se comunica con otro, sino el de palabra oficial para la comunidad como tal. Los presbíteros, y en particular los obispos, ofrecen una predicación cargada de gracias de verdad y eficacia para construir la unidad de la fe en el Pueblo de Dios. Las gracias de verdad y eficacia crecen en razón de la fidelidad del predicador a su vocación –sin excluir las dotes personales y las otras virtudes–. Y también crecen según la mayor colegialidad con que se proponga la palabra, al punto tal que llega a ser infalible la doctrina

cuando todos los obispos, unidos en concilio o dispersos por el mundo, siempre en unión con el Papa, enseñan con su máxima autoridad docente sobre la Iglesia, una verdad como perteneciente a la revelación. La infabilidad es atributo del Papa solo, cuando propone como maestro universal de la fe, una doctrina revelada. Por modo análogo a los obispos, garantía de la palabra de los presbíteros es la mayor comunión con el Papa, con el Colegio Episcopal, con su propio obispo y con el presbiterio.

Son sacerdotes de Cristo los obispos y presbíteros, de modo que la mediación del único Salvador se hace presente en la oración que elevan al Padre, y en la santificación de los hombres. El único sacerdote del Nuevo Testamento, Jesucristo, está presente en la alabanza del ministro, de forma especial en el Oficio divino, cuando adquiere valor de oración oficial de la Iglesia. La mayor actualización del misterio redentor de Cristo se verifica en los sacramentos, los cuales siendo actos de culto al Padre, santifican a la Iglesia en quienes los reciben, en virtud de la eficacia que les ha conferido el Señor. El sacerdote culmina su función cultural y santificadora cuando actualiza en la eucaristía el mismo sacrificio redentor, la Pascua de Cristo. Nunca como entonces oficia de sacramento de la capitalidad de Cristo.

Son pastores, jefes del Pueblo de Dios, los obispos y presbíteros al ejercer en nombre de Cristo su autoridad sobre la comunidad. En realidad en todo su obrar ministerial hacen presente al Señor como conductor de su Pueblo. La asistencia del Espíritu del Salvador está en sus decisiones ordinarias para guiar la Iglesia, que es indefectible; para sostenerla con la verdad y la prudencia de sus orientaciones, que llegan a ser a veces, estrictamente infalibles en las definiciones dogmáticas; para enriquecerla con la gracia divina de los sacramentos, y para regirla con la virtud sobrenatural de sus consejos, mandatos y leyes.

Así pues, Cristo Profeta, Sacerdote y Rey, Cabeza de la Iglesia, se hace presente como tal en el ministerio de la palabra, del culto y de la conducción, ejercido por los obispos y presbíteros.

Esta calificación funcional se sostiene en una realidad fundamental, la participación especial en el sacerdocio de Cristo por el sacramento del orden, que los hace signo eficaz de Cristo Cabeza. Tal vinculación con el Verbo Encarnado, constituye a los sacerdotes en objeto de particulares mociones del Espíritu, que proceden de un amor singular del Padre, quien los ha destinado a tal servicio y los ha llamado en el marco de su misterioso plan de salvación.

Relaciones propias con el Padre, el Hijo y el Espíritu configuran el sacerdocio ministerial. Relaciones que son diferentes esencialmente de las que tienen los simples bautizados –sacerdocio ministerial y bautismal difieren por su esencia y no sólo por grado–. Lo cual no significa absoluta heterogeneidad, puesto que el sacerdocio ministerial completa al bautismal al posibilitarle, especialmente en las celebraciones de la liturgia, lo que es su plenitud, que por sí solo no puede realizar.

3. Jerarquía e Iglesia

La Iglesia se constituye jerárquicamente (*Lumen Gentium*, c. III). La Jerarquía no está fuera de ella. Más aún, la estructura es su columna institucional, que permite a la Iglesia expresarse y realizarse en su más alta intensidad. Ello significa que las relaciones que tiene el ministerio con las personas divinas, están ordenadas a la expresión y realización de las que el Cuerpo, los simples bautizados, tienen en virtud de la gracia.

Cristo asiste con el Espíritu de Verdad a la jerarquía para que por su palabra, implante, mantenga y acreciente la fe en los miembros de la Iglesia, esa fe que el mismo Cristo por su

Espíritu vivifica en los creyentes. Cristo da poder de celebrar los sacramentos, especialmente la eucaristía, para que los miembros del Cuerpo Místico, a los cuales comunica su vida desde el bautismo, puedan incorporarse plenamente a la Pascua del Señor. Cristo vive en el pastor que gobierna su rebaño, y así orienta, corrige y alienta los pasos de los fieles de su Pueblo, a los cuales otorgó la luz de la fe para obedecer y la fuerza de la gracia para caminar.

Las relaciones con las personas divinas se descubren mejor en su realidad y especificidad, si se atiende a la Iglesia entera, como Cuerpo jerárquico, y no sólo a los individuos que la integran. Y no sólo se descubren sino que se viven mejor. Más aún, únicamente en la vida plena de la Iglesia como Cuerpo jerárquicamente constituido, señaladamente en su momento cumbre –la eucaristía–, se viven en su perfección acabada tales relaciones.

B. LA ACCIÓN SACERDOTAL

Conforme a su ser es el obrar del sacerdote. Incorporado al misterio trinitario por Cristo y en Él, su acción lo relaciona a las otras personas divinas y a los hombres en el mismo Cristo.

Lo que diremos puede ser interpretado desde la opinión teológica de las relaciones propias o de las relaciones apropiadas. Creemos, sin embargo, que con la concepción de las relaciones como propias, la comunión con cada persona divina adquiere más realismo y sabor espiritual.

1. Hacia el Padre

La obra creadora y salvadora tiene en el Padre su principio. Como Él es el principio sin principio del Hijo y del Espíritu, es también origen sin origen de todo lo creado y de toda acción salvadora. La acción «hacia afuera» es pura gratuidad y libertad de la Trinidad, originada en el Padre.

De su gratuidad y libertad vivimos hoy. El mundo entero está suspendido de esa libertad que ama. La verdad de hijo me urge a acoger esa corriente que brota del corazón del Padre. No se funda mi existencia en un proceso ciego de causas físicas, sino en el amor lúcido de mi Padre. Me sostiene en el ser y en la vida no el vínculo oscuro de un motor potente pero ciego, sino la fuente luminosa del amor y la libertad.

El sacerdote agradece los dones del Padre en nombre de la Iglesia y de toda la humanidad, cuya voz recoge, interpreta y formula. Agradece por los dones sobrenaturales, que él administra, y por los de naturaleza, que muestra y enseña a valorar. Alaba al Padre por el universo entero y lo ofrece en su nombre a sus hermanos como patrimonio común de familia. Engrandece al Padre porque ha planeado la fraternidad universal, que Él busca construir a pesar del horror de la guerra y del odio. Y en nombre del Padre ofrece a los hombres dicho proyecto y la fuerza, el sueño y el entusiasmo para realizarlo.

En Dios no hay antes y después. Él hace que las creaturas tengan duración, pero Él no la tiene⁹. La sucesión del tiempo en las creaturas corporales, no aleja los momentos de la historia, del único acto de Dios que crea. Desde un instante de Dios, o mejor, desde el instante de Dios que es su eternidad, se sostiene toda la historia. Hoy actúa la sabiduría y la potencia, el amor y la libertad divinas, desde el hoy eterno de Dios. Hoy el Padre está presente con la potencia de su amor y libertad que arranca todas las cosas de la nada y del pecado, para entregarnos la naturaleza y la gracia. El sacerdote debe responder al hoy de

Dios en la firmeza definitiva de su opción libre, que lo mantiene en la acción de gracias al Padre en nombre del pueblo, y que lo sostiene para anunciar por la palabra y el testimonio permanente de su vida, que Dios está siempre actuando en beneficio de los hombres.

La medida de nuestro ser es la del pensamiento de Dios, y la medida de nuestra realización es la de su providencia. La luz de mi ser es antes luz del ser de Dios. La sombra es mía. En Dios todo es luz y quiere que en mí también todo sea luz. Lo será, por su misericordia, en la bienaventuranza eterna.

El sacerdote, como padre de la comunidad, sabe que en Dios existe un plan de bendición, de rescate, sobre el pecado y el dolor, la miseria y la impotencia de los hombres. Él indaga en ese proyecto divino, lo hace suyo como padre de todos, y se consagra a su realización, como el Padre, con la fuerza del Espíritu Santo. El misterio escondido en los siglos y manifestado en Cristo, se hace presente por el amor paternal del sacerdote en la acción pastoral, quien se constituye pues en revelación y agente de la historia de la salvación que es el misterio.

El misterio abarca todos los siglos y todas las cosas. Comienza en la intimidad de Dios, atraviesa la historia de todos, con sus días y sus horas, y llega hasta el juicio y la eternidad. El sacerdote, por tener sentido de la paternidad universal de Dios, se ubica con su brevísimo lapso en esta cadena de libertad que no admite cambio de eslabones, comprendiendo la unicidad de su vocación personal. Y enseña a los suyos la pequeñez del individuo y de los grupos en medio de la historia, y la inserción de todos en un único plan de amor que el Padre ha establecido en Cristo. Después de enseñar con el pan de la palabra, da fuerzas para el camino con el pan de la Eucaristía.

El sacerdote descubre que el amor del Padre es misericordia en la remisión de su pecado cotidiano, que implora en su impotencia. En ese trato, rehace su conducta con los hermanos, a quienes presta el servicio del perdón, del super-don de la reconciliación, reeditando la parábola del «hijo pródigo», que algunos muy bien llaman «del Padre de las misericordias» (*Lc 15,11-32*).

Todas las cosas son una herencia que el Padre nos da en Cristo. Coherederos con Cristo, participamos del señorío sobre el universo. El sacerdote, precisamente porque cobra sentido de la universal paternidad de Dios por el ejercicio de su oración y por la comunicación de la gracia en los sacramentos, enseña y exhorta a recibir todas las cosas como heredad común, que el Padre ha prometido y preparado para Cristo, y en Cristo, para nosotros.

Más que de las cosas, el Padre ha hecho heredero a Cristo de todas las naciones (*Sal 2,8; Mt 28,18*). En Cristo el sacerdote recibe esta herencia cada vez que convierte y bautiza, y la recibe en nombre de todos cuando introduce al bautizado y reintroduce al reconciliado a la fraternidad de la Iglesia.

En la oscuridad de la fe, busca reconocer en todo, el cumplimiento de las promesas de la Alianza, e intenta sacramentar en su pastoral, la fidelidad del Padre justo. Sobre todo en la Eucaristía, donde se hace pan de todos Jesucristo, en quien se encuentra el sí de todas las promesas (*2Co 1,19-20*)

La idea de padre entraña la apertura de la persona por la comunicación de su ser por el amor. Es una apertura para la creación y la historia, pues es para los hijos y su vida de tales. La idea de padre entraña sabiduría y amor, futuro y libertad. La paternidad de Dios se da en el mundo con esas características, en Cristo y en la Iglesia. Cristo recibe su ser divino del Padre y la Iglesia participa de la vida divina en Cristo, recibéndola también del Padre, gozando, junto con el Señor, de la libertad de los hijos de Dios. Esto ha de enseñar el sacerdote por su palabra y su testimonio, siempre abierto a la mayor paternidad por la

mayor autodonación, para el crecimiento en la gracia, el amor y la libertad de todos los hombres.

El amor del Padre es una idea que San Juan repite, enseñando que la caridad se origina en Él. Él le comunica al Hijo el ser principio del amor, que es el Espíritu Santo. Pero el primer origen es el Padre, del amor hecho persona, el Espíritu Santo, en Quien nos ama a nosotros. En nuestro tiempo se ha hablado mucho de fraternidad entre los hombres pero se la ha vivido poco en muchas ocasiones. Una razón es la ausencia de la paternidad de Dios en la conciencia de los hombres, y el pobre ejercicio de la paternidad humana. Los hombres se constituyen hermanos por el amor descendente del Padre de los Cielos, y de los padres de la tierra. La fraternidad en la Iglesia se dará en proporción al ejercicio de la paternidad espiritual de los sacerdotes, como padres de la comunidad.

En la plenitud de los tiempos, el Padre envía a su Hijo, para manifestar su gloria divina en su pascua. El sacerdote hace presente la misma gloria, cuando por la obediencia de la fe rehace la actitud de Cristo obediente desde la encarnación, pero se identifica plenamente con el Señor que muere y resucita cuando por la aceptación de la vocación ministerial y la ordenación sacramental, celebra la eucaristía en la cual se renueva el misterio pascual. Por su segunda obediencia, se hizo capaz de reiterar la plenitud de los tiempos, recapitulando en Cristo, por la Eucaristía, los tiempos y las cosas. Obra en Cristo y por Él. Pero nada tiene ni obra el Hijo que no le haya sido dado por el Padre. Es por el Padre que obra el sacerdote, haciendo presente la mayor obra del Padre en el mundo: la Pascua de su Hijo.

Enviado el Hijo al mundo, el Padre siempre lo acompaña, dijimos, porque obra con Él en la Iglesia y el mundo sosteniendo el curso de las cosas y los hombres, invitando a la conversión e ingresando a morar en el interior de los hombres junto con el Hijo y el Espíritu Santo. El sacerdote debe sentirse acompañado permanentemente por el Padre, en comunión con Él al modo como lo está Cristo, y abriéndose a la irrupción de su amor y santidad.

2. En Cristo

Cristo es por quien llega a nosotros el Padre y por quien llegamos al Padre. En Él entramos a la vida trinitaria, tomamos parte en ella, ella se hace vida común para quienes tienen la gracia y la gloria.

Cristo es la versión creatural y humana de la filiación eterna del Verbo. Es el Hijo de Dios en la historia, en la carne y en su tiempo.

Estar en Cristo es estar en el Unigénito y así en la Trinidad. Cristo es la Puerta del Reino, el camino a la Jerusalén celestial, la vida misma de Dios hecha nuestra. En Cristo estamos en la Trinidad y la Trinidad en nosotros. El cristiano no tiene otro camino sino Cristo, el único mediador. Desde la obediencia inicial de la fe que lo convierte, sellada en el bautismo, a través de la vida cotidiana de esa fe, que culmina en la Eucaristía, hasta la oblación definitiva de la muerte, el cristiano rehace en su carne el misterio del Señor, que cumplió la voluntad de su Padre desde la encarnación hasta la cruz, cuando, habiendo cumplido toda profecía, entregó su espíritu.

El sacerdote rehace el misterio del Verbo en la historia, puesto que como nadie, representa el misterio de la redención, principalmente en la Eucaristía.

Decir que representa a Cristo Cabeza significa que es instrumento para que el Señor derrame su gracia sobre los hombres, pero ello mismo significa que incorpora el Cuerpo Místico a la Pascua de la Cabeza. El sacerdote hace presente el sacrificio de la Cabeza y el

del Pueblo como tal. La medida de la universalidad de su acción está dada por la realidad de su comunión con la Cabeza del Cuerpo.

Convoca en nombre de Cristo. Regenera con el poder de Cristo. Celebra el sacrificio y la gran fiesta del Pueblo con el sacrificio pascual de Cristo.

El Hijo es el Verbo del Padre. Expresa toda la realidad divina del Padre. Es imagen de su sustancia y síntesis de su sabiduría. En el Verbo de Dios se contiene la comprensión del Padre y de todo su proyecto sobre el mundo. Así, pues, quien conoce al Hijo, conoce al Padre. Conocen al Hijo aquellos que reciben su palabra en la fe, y antes, acogen su persona. El Hijo, su persona, es la Palabra del Padre. La que dice en su interioridad y la gran palabra que dice a los hombres. Es la apertura por la cual se abren los misterios del Padre a los hombres. Cristo puente, camino descendente y ascendente, único mediador. Si conozco a Cristo conozco el proyecto de Dios Padre sobre la creación, es decir, me introduzco al misterio de los hombres. En Cristo, en su palabra y en su obra, he aprendido cuál es el destino de los hombres, el sentido de sus días, el valor de su dolor y de su gozo. En Cristo descubro todo esto, porque Él es el Verbo del Padre que contiene todo su pensamiento, porque Él es su Sabiduría. Pero también porque en su historia humana se revela el misterio de toda la historia. Él es el prototipo de la vida humana. Simplemente Él es el Hombre.

Su vida, pasión, muerte y resurrección iluminan la vida humana en toda la gama de sus situaciones desde el más oscuro y absurdo dolor, hasta la más diáfana alegría. Cristo, como proyecto del Padre, contiene en sí todo el misterio del universo. Cristo resucitado es la síntesis de todo el universo. En Él están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Si se concibe a la obra creadora en un proceso creciente, se puede decir que sólo termina la creación en la Pascua de Cristo. Cristo pascual es la culminación de la obra de Dios creador y salvador, y la cima de la ascensión de la humanidad.

Si conocer a Cristo es conocer al Padre, estar en Cristo es estar en unión con el Padre: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros» (*Juan 17,21*). Por Cristo y en Él estoy sumergido en el misterio paterno. No es desde fuera de la Trinidad que conozco y participo del misterio del Padre, sino desde «dentro», desde el Hijo, en quien ingreso al comercio de vida divina.

Estar en Cristo es también estar en la raíz de la humanidad nueva, la verdadera. Porque Cristo es la vida verdadera de la cual son sarmientos todos los hombres que han sido rescatados de la muerte, y fuera de la cual los sarmientos vuelven a morir. Estar en Cristo es vivir la verdadera vida humana, es simplemente ser hombre nuevo en el misterio del Cuerpo místico. Cristo nos hace partícipes de su vida pascual por la fe y el bautismo, llevando a plenitud la comunión sacramental en la Eucaristía, haciendo de toda nuestra existencia un paso de la muerte a la vida, hasta llegar a la oblación total en la muerte física, umbral de la resurrección.

Conocer a Cristo, pues, es conocer al Padre y a los hombres. Estar en Cristo es estar en Dios y en comunión con los hombres.

Esto ha de ser vivido desde la propia vocación sacerdotal. Como sacerdote busco conocer a Cristo para descubrir a Dios. En nombre de la comunidad me responsabilizo por adquirir la ciencia de Cristo. Y así lo pido en mi oración, para que el Señor, olvidando mis pecados y por amor a muchos en la Iglesia, me escuche y me ilumine. Para que descubra cómo todos los caminos al Padre pasan por Cristo, cómo Cristo es alfa y omega de todo cuanto sucede. En comunión con el Papa y los Obispos, y con el presbiterio, la condición sacerdotal, el carácter sacramental, es el sello de una promesa, garantía de una alianza que Cristo hizo en la ordenación, para darse como luz a aquellos que deben ser luz del pueblo.

El sacerdote, por su oración y su identificación mística con Cristo, descubre mejor y más hondo a Dios y su proyecto, capta por connaturalidad el misterio que Cristo recapitula.

En Cristo conozco el plan de Dios sobre la humanidad. Como sacerdote tengo especial asistencia divina para descubrir mejor los caminos de los hombres para hoy y para mañana. Porque me hizo profeta como Él. La fe del sacerdote le permite revelar el sentido último de las cosas y ayudar a la comunidad a encontrar la vía concreta hacia la gloria, en medio de las vicisitudes cotidianas, las más espirituales y las más materiales.

Estar en Cristo como sacerdote es recibir la administración de los bienes de la salvación, para beneficio de todos. De los que están cerca y de los que están lejos, de los que tienen fe, para que crezcan, y de los que no la tienen, para que se conviertan. Asimilado a Cristo como Cabeza, el sacerdote es principio de gracias por la palabra y los sacramentos, participando de la fecundidad de Cristo. La Iglesia, Esposa de Cristo, es un cuerpo de miembros diferenciados. Unos han sido escogidos para que, unidos de forma especial a Cristo, el Esposo, reciban del Él la virtud del Espíritu Santo con el poder de engendrar hijos al Esposo. La Iglesia, que es Esposa, se hace Madre fecunda por el sacerdocio, por el cual Ella podrá dar hijos a su Esposo amado. En la Iglesia se continúa el misterio maternal de María. María, por la virtud del Espíritu Santo, dio luz a Cristo en su propia carne. La Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, a través del sacerdocio, da a luz a Cristo, en la Eucaristía y en el corazón de sus fieles, es decir, en su misma carne.

Porque por su sacerdocio renueva el misterio de María y de Cristo, la Iglesia es plenamente Iglesia.

Ella acaba de ser, sólo cuando por el sacerdocio puede rehacer el misterio de María, incorporando a Cristo la nueva humanidad de los bautizados en quienes Él nace, y cuando por el mismo sacerdocio puede rehacer el misterio de la Pascua de Cristo en la Eucaristía.

El sacerdote por su identificación con Cristo y la Madre de Cristo, hace crecer al Señor como Cuerpo Místico.

María es Madre por la virtud del Espíritu del Padre. El Padre concede a María el honor de que Jesús con verdad la llame Madre. El sacerdote, como María, por la virtud del mismo Espíritu del Padre, es padre de Cristo en la Eucaristía y en los fieles. En el tiempo, en la Iglesia, rehace en alguna medida el misterio de la generación eterna de Cristo. Se rehace primero en el seno inmaculado de María. Continuando el misterio, se puede decir que se rehace después en el seno de la Iglesia por el sacerdocio que celebra la Eucaristía y bautiza. La diferencia entre los dos nacimientos de Cristo es la que existe entre la encarnación del Verbo y la inhabitación por la gracia. Pero con todo, el segundo momento del único misterio de Cristo y de la Iglesia es como el acabamiento del primero. Cristo se hizo hombre para hacerse Pan y así hacerse Iglesia.

El bautismo es el nacimiento de Cristo en el creyente. Los Padres de la Iglesia lo han comprendido en sentido fuerte¹⁰. Nos convertimos en imágenes de la Imagen del Padre, que es Cristo, y la Imagen nace en nosotros. No es simplemente una participación análoga la que se da por el bautismo, sino una presencia del mismo Cristo, el cual, al adquirir este nuevo modo de presencia que llamamos inhabitación, es como si naciera en nosotros que somos Iglesia, así como nació en la Virgen. Como si asumiera nuestra humanidad que es la de la Iglesia, así como asumió la de la Virgen¹¹.

La Virgen concibió por su fe, por la que acogió la palabra de Dios Padre. La Iglesia y cada bautizado conciben a Cristo también por la palabra de Dios que recibe en su interior por la fe. El Espíritu es quien cubre con su sombra a la Virgen para hacerla fecunda. El Espíritu es quien cubre con su sombra a la Iglesia para hacerla fecunda en el nacimiento del

nuevo cristiano. Quien siembra la palabra es el ministro. El sacerdote cumple con su palabra, la función paternal de fecundar la tierra que es el pecador, para hacer de él la tierra prometida que mana leche y miel, la que germina en el Salvador. Es una función generadora que acaba en el Cristo nuevo de cada bautizado¹². En realidad la acción paternal del sacerdote se extiende a lo largo de su gestión pastoral para hacer crecer al bautizado en su vida nueva, porque toda ella es un nacimiento continuado. Cristo nace en cada acto meritorio del bautizado. Nace ahí también, desde el corazón del Padre y desde el corazón y la carne de la Virgen Madre que es la Iglesia. Y termina por ser constituido en la gloria de su nuevo miembro, sólo después de la pascua definitiva del bautizado que es su propia muerte.

Toda la vida de Cristo es fundación de la Iglesia. Pero se pueden señalar algunos momentos en relación a ciertos aspectos de ella. Destacamos la elección de los Apóstoles, a quienes pone al frente del Pueblo para enseñar, santificar y conducirlo. En esa voluntad de Cristo, históricamente manifestada, arraiga la realidad del sacerdocio episcopal y presbiteral. El sacerdote no es la expresión de una humanidad que se eleva por sus solas fuerzas hasta la audiencia de Dios, sino el signo e instrumento de Dios que se abaja en Cristo hasta el clamor del hombre y lo eleva con su gracia para que tenga palabra y corazón válido delante del Padre, por hablar y amar desde Cristo mismo.

En la unidad del sacerdocio presidido por los Obispos, y éstos, por el Papa, se revela y hace presente la verdad del único Cristo, del único Padre y del único Espíritu de ambos.

En la tradición de los Padres se ha visto el nacimiento de la Iglesia en la cruz, al brotar sangre y agua del costado de Cristo. Como del costado del primer Adán dormido Dios hizo a Eva, del costado del segundo Adán, Cristo, dormido en la cruz, hace nacer Dios la nueva Eva, la Iglesia, significada en la sangre y el agua, símbolo de la eucaristía y del bautismo, sacramentos por los cuales se hace la Iglesia.

El sacerdote en la eucaristía, identificado con Cristo en su Pascua, renueva el origen de la Iglesia, la sostiene y la recrea hasta que llegue la parusía.

Cristo, elevado a los cielos, lleno de la gloria del Espíritu, adquiere poder para enviarlo a los discípulos, para que, purificados de los pecados, participen en los comienzos de la resurrección que es la vida de la gracia.

El sacerdote en la eucaristía se hace cargo con Cristo y en Él, del Espíritu Santo que continúa la obra de Jesús. Así, se hace administrador de los bienes de la nueva creación, en primer lugar, del Don de la Promesa, que es el mismo Espíritu de Cristo.

3. Por el Espíritu Santo

El Espíritu Santo es dado a través de Cristo, y de Cristo pascual. Buscar el Espíritu Divino fuera de la mediación de Cristo y su Cuerpo Místico es pretender fundar otro misterio, otra historia, otra comunidad de salvación.

Todo bautizado, por ser miembro de Cristo, es capaz de comunicar su Espíritu, del cual debe vivir. El sacerdote, sacramento de Cristo Cabeza, es administrador del Espíritu como vida de la comunidad. Tiene la capacidad y el deber de ofrecer la verdad y la gracia a todos los hombres en la única Iglesia de Cristo. Situado como Cristo en el centro de la comunidad eclesial, debe convertirse en una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna¹³. El sacerdocio actúa, pues, desde dentro de la Iglesia, como un órgano suyo, y al administrar la vida de la gracia, manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Templo del Espíritu Santo.

El sacerdote en la medida en que más sea elevado con Cristo por la cruz a la gloria, con más abundancia y eficacia podrá otorgar el Espíritu. Del costado de Cristo, perforado por la

lanza, manó agua y sangre. Del costado del sacerdote, herido por el pecado del mundo, por sus mortificaciones, por su penitencia, debe manar el agua del bautismo y el vino de la eucaristía para hacer la Iglesia. Del costado de Cristo, nuevo Adán, dormido en la cruz, nace la Iglesia, nueva Eva, Esposa Inmaculada para siempre. Del costado del sacerdote, que identificado con Cristo sufre las penas del apostolado, nace la Iglesia, nueva Eva, Esposa de Cristo y Esposa suya. De su costado no sabe ofrecer sino la salvación para quien lo hiere: el agua del perdón y de la gracia, y el vino de la salvación. Es en Cristo donde asume poder sobre el Espíritu, cuando, como S. Pablo, completa en sus miembros lo que falta a la pasión del Señor¹⁴.

El Espíritu Santo se llama Don. No sólo es don, sino el primer don que nos hacen el Padre y el Hijo. En efecto, donar es dar gratuitamente algo a alguien. La razón de la donación gratuita es el bien del destinatario. El primer don que hacemos es el mismo amor con que lo amamos. Y en virtud de ese primer don que es el amor, le hacemos los otros dones. Aún el Padre nos da su Hijo porque nos ama: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito» (*Juan 3,16*). El Espíritu Santo es el Amor procedente del Padre y del Hijo, Amor en el cual nos aman también a nosotros. Ese Amor es el primer Don que nos hacen¹⁵.

El sacerdote, en su acción pastoral por la que administra los bienes de la salvación, siguiendo el modo de redención del Padre y de su Hijo, debe ofrecer al mismo Espíritu de Amor como primer Don de la Iglesia. Es el don que se tiene primero en la intención del donante, aunque sea el último que acepte y reciba plenamente el destinatario. Es el don que en primer lugar está operando en el interior del destinatario, aunque sea el último que él descubra. El sacerdote no deja de ofrecer otros dones si los puede dar: pan, cultura, su propia amistad, pero en realidad lo que ha querido dar antes que nada es el Espíritu Santo, como el Padre que está en los cielos, quien primero nos amó, como lo hizo su Hijo Encarnado, que todo lo padeció para darnos el Don de la promesa, el Espíritu Santo. El sacerdote sabe que es ese mismo Espíritu quien está obrando desde el comienzo de su acción apostólica, por los otros dones, preparando y disponiendo a la recepción del don perfecto que es Él, el Espíritu de filiación, que nos revela al Padre en nuestro Hermano Jesucristo y en los otros hermanos, los demás hombres.

El sacerdote sabe que, en sustancia, es lo mismo decir que tenemos una sola ley, la del amor, y que los hijos de Dios son los inquietados, los impulsados por el Espíritu Santo, Amor que procede del Padre y del Hijo.

El deseo de bien es lo que movió al Padre en la creación: comunicó el ser de la creatura. El deseo de bien es lo que más maravillosamente conmovió al Padre en la redención: comunicó su propio ser a los hombres por medio de su Hijo. El deseo de bien es lo que incita a la Iglesia a obrar, porque sólo son hijos de Dios quienes son agitados por su Espíritu de Amor: Ella comunica a los hombres el ser de Cristo y el Espíritu Santo.

La obra definitiva del Padre, la nueva creación, es establecer todas las cosas en Cristo, recapitular la humanidad en su Hijo bien amado, para hacer de todos una fraternidad divina, viviendo del único amor suyo que es el Espíritu Santo. Como Cristo es total referencia al Padre en la obediencia del amor hasta la muerte, así quiere que seamos todos.

El sacerdote, integrado a la obra de Cristo, sirve a la construcción de la gran fraternidad. Habiendo recibido el Espíritu del Hijo en su ordenación, quiere comunicarlo a todos los hombres, para que con Él, convertidos en Uno, puedan expresar la palabra de Jesús en el Getsemaní: Abba, Padre. El sacerdote debe presidir la oración de los hermanos, pronunciando la palabra con la boca y con la vida, haciendo presente el misterio de la

filiación de Cristo en su culminación que es la Pascua. Nunca es más hijo que cuando celebra la eucaristía. Allí, con la entrega de su vida y la de sus hermanos, escondida en Cristo, acaba de proclamar que Dios es el Padre de todos, como lo hizo Jesús en la cruz.

El Espíritu es el Amor de Dios, que suscita el amor en nosotros. Amor de hijos, no de esclavos del pecado. En la nueva creatura habita la santidad de Dios. El Espíritu Santo purifica como el fuego ardiente lo que es metal falso, ilumina como luz esplendente lo que es tinieblas, vivifica como fuente de agua viva y alienta como viento impetuoso lo que es muerte y egoísmo inerte.

Si el Padre nos da en su Hijo vivir de su Espíritu, la única ley de la Iglesia es el Amor. En el Amor se resumen todas las leyes y enseñanzas de Dios. Es más, la ley neotestamentaria, la verdadera ley cristiana es la que ha sido escrita en el corazón por el Espíritu Santo. Más propiamente que el Evangelio –que también es nuestra ley– es el Espíritu Santo infundido en nuestros corazones la Nueva Ley. Instinto divino que nos inclina desde lo profundo de la persona a poner por obra el Evangelio, es decir, como Espíritu de filiación nos inclina a imitar la obediencia del Hijo, Jesucristo. Porque es el Espíritu del mismo Cristo que fundó la Iglesia y se continúa en ella, el que nos hace oyentes atentos y sumisos del Evangelio y las palabras de la Jerarquía, y reconocedores más inteligentes, en la fe, del Cuerpo Místico del Señor y de sus pastores.

El sacerdote es el hombre de la ley neotestamentaria, porque es el ministro del Evangelio y del Espíritu. Pero principalmente por ser ministro del Espíritu. Difundir el Espíritu es instaurar la ley de Cristo, la de los hijos de Dios, que es la ley del amor y la libertad.

Espíritu de filiación, amor, obediencia hasta la muerte, es también Espíritu de libertad. Porque libertad es elección, el Espíritu es la elección más libre que se pueda pensar, por ser la del Padre y la del Hijo: como en el Hijo somos conocidos, el Espíritu es el Amor en el que somos amados y elegidos. Porque libertad es deseo de bien, el Espíritu es la mayor libertad que se pueda imaginar por ser el fruto del amor del Padre por su Hijo y viceversa, en quien ellos desean hacernos partícipes de su misma bienaventuranza.

Así el Espíritu comunica a todo bautizado parte en la libertad de elección y en la libertad de bien de Dios mismo. Se debe asemejar el señorío del cristiano al de Cristo, que dispuso con absoluta autonomía de su vida de Dios y hombre para romper las cadenas del pecado. Y se debe asimilar a la voluntad de bien de Cristo, que es buscar al Padre como suma de lo justo y lo bueno, y desde Él, buscar toda otra bondad, destruyendo y rechazando el mal como esclavitud, descubriendo en la esclavitud el mal a combatir.

El sacerdote es ministro del Espíritu de libertad para todos los hombres. Ha sido puesto para anunciar la liberación a los cautivos, y para alimentar, acrecentar, garantizar y corregir la libertad de los ya liberados por el Espíritu en la Iglesia. Es quien debe sostener la iniciativa del amor y de la gracia en la libertad de sus hermanos. Debe construir la trama de la fraternidad que es el servicio, según el modelo del Siervo de Yavé. Es decir, en el que los hermanos se hacen servidores, esclavos unos de otros por amor. Debe anunciar la libertad que es gracia antes que justicia. Y porque es gracia es más que justicia.

La historia es la trama de las libertades humanas. De acuerdo a lo que antes dijimos, la historia más profunda es aquella en la que se realiza más la libertad y el hombre, es la historia que orienta y construye el Espíritu del Señor, libertad de nuestra libertad. También es historia la libertad del pecado, pero historia menos profunda, aunque llegue a producir la muerte de Cristo y la infinidad de crímenes de los siglos, porque todo ello sirve al plan que se sostiene en la santidad de la libertad de Cristo y de los justos, animados por el Espíritu.

Quien vive del Espíritu marca los caminos centrales de la historia. El bautizado los transita como miembro del Pueblo de Dios. El sacerdote los señala y los recorre como pastor de su Pueblo. Por dejarse llevar del Espíritu, Juan XXIII abrió caminos formidables de la historia. Tener sentido de la historia facilita al sacerdote el ser instrumento del Espíritu del Señor de la historia. Por ser ministro del Espíritu es ministro de la historia, pues, aunque no descubra su medida. Esto vale primero para el Colegio Episcopal presidido por el Papa, pero es verdadero también, salvadas las distancias, para los presbíteros que participan con ellos de la capitalidad de Cristo.

La obra del Espíritu es hacer del pecador un justo, del muerto un resucitado. Su gran obra es Cristo Pascual. En medio de la sociedad donde opera el misterio de iniquidad –la mentira y la calumnia, la indiferencia y el odio, el robo y el crimen– hace madurar el misterio de piedad, que manifestará su plenitud en la Iglesia resucitada.

El método del Espíritu, como en Cristo, siempre es pascual. Su inspiración y sus mociones no evitan la oscuridad y el dolor, la inquietud y la muerte, sino que los superan en la verdad y el gozo, la paz y la resurrección.

El Espíritu, que es el Don primero, que llevó a Cristo a la oblación de la cruz que reedita en cada eucaristía, tiene por misión incorporar a su dinamismo de donación a todos, para hacer de cada hombre, lo que antes hizo de Cristo: la ofrenda de sí mismo para gloria del Padre y salvación de los demás.

El Padre nos entregó a Cristo y con Él todas las cosas. También nos dio en herencia todas las naciones. El sacerdote que, llevado por el Espíritu del Padre, celebrando la eucaristía entrega Cristo a sus hermanos, aprende del mismo Espíritu a entregar sus cosas para el servicio de los demás, y a crear fraternidad por su amistad universal, para que los hombres y los pueblos se reciban como parte de la herencia de Cristo. En la eucaristía el dinamismo de donación del Espíritu llega a su más alto grado: allí el Padre entrega a Cristo y a la Iglesia a los participantes, y allí mismo la asamblea celebrante, ofreciéndose a Cristo y a la Iglesia, hace la oblación de sí al Padre.

Allí aprenden todos que sólo acabará la donación de sí, cuando la muerte permita abrazar la propia vida como totalidad definitiva.

El misterio del Espíritu es misterio de gloria, porque el Espíritu es la gloria del Señor resucitado y la presencia del Espíritu en nosotros es la gloria del Señor que nos transforma en su imagen.

El sacerdote es ministro del Espíritu y por eso ministro de la gloria, esplendor de la belleza de Dios en nosotros por la luz, el amor y el gozo.

La gloria es la bienaventuranza, luz de Dios hecha fe y visión, naturaleza divina hecha gracia y vida eterna, gozo de Dios hecho amor, en el camino de la esperanza.

El sacerdote, al celebrar la pascua de Cristo en toda su existencia centrada en la eucaristía, plenifica la versión creatural de la filiación eterna del Verbo, al unir a Cristo la obediencia de la carne de la Iglesia y la suya propia. Y así es signo e instrumento de la comunicación del Padre a su Hijo y a sus hijos por el amor del Espíritu.

Notas

¹ Tomado de «Liturgia», n° 24, enero marzo 1976, pp. 23-33.

² Cf. K. Rahner, *El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación*, en *Mysterium Salutis*, vol. II, tom. I, Madrid 1969, pp. 360 ss., especialmente 370-382.

- ³ Cf. M. Flick-Z. Alszeghy, **Antropología Teológica**, Salamanca 1970, pp. 362-386. K. Rahner, **Sobre el concepto escolástico de la gracia increada**, en **Escritos de Teología I**, Madrid 1967, pp. 351-380.
- ⁴ Cf. también, *Gaudium et Spes* 21; *Ad Gentes* 2-4; *Unitatis Redintegratio* 2 y 15.
- ⁵ Cf. S. Tomás, S.Th. I, q. 8, a. 3; q. 43, a. 3.
- ⁶ Cf. K. Rahner, o.c.; **Naturaleza y gracia**, *Escritos de Teología IV*, Madrid 1964, p. 209-236; **Sobre la noción de misterio en la Teología católica**, *ibid.* p. 51-99; **Advertencia sobre el Tratado dogmático De Trinitate**, *ibid.* p. 105-136. Opiniones semejantes fueron sostenidas por Petau, Scheeben, y más próximamente, por M. de la Taille, en un artículo famoso, **Actuation créée par acte increé. Lumière de gloire, grâce sanctifiante, union hypostatique**, en *Recherches de Sciences Religieuses* 1928, p. 226-240.
- ⁷ Esta expresión es preferida por K. Rahner. De la Taille, en cambio, usa «actuación creada por acto increado».
- ⁸ S. Pablo no sólo dice que nosotros clamamos Padre, sino que el Espíritu mismo es quien lo dice en nosotros: *Rom* 8,15-16; *Gal* 4,6.
- ⁹ «Mas una cosa no podéis ignorar, queridos, que ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día» *2Pe* 3,8.
- ¹⁰ El pensamiento de los Padres de la Iglesia acerca del nacimiento de Cristo desde el corazón de la Iglesia y de los fieles está muy bien expuesto por H. Rahner en **Symbole der Kirche**, Salzburg, 1964, p. 13-55.
- ¹¹ Es llamativo el realismo con que se expresa la Carta a Diogneto: «Por eso justamente Dios envió al Verbo, para que se manifestara al mundo... Él, que es desde el principio, que apareció nuevo y fue hallado viejo y que nace siempre nuevo en los corazones de los santos» (11,3-4).
- ¹² Orígenes expresa esta idea en un párrafo que sintetiza muchos aspectos: «¿Quiénes son los que siembran? Los que proclaman el verbo de Dios en la Iglesia... a ellos (a los que los escuchan) les entregan los secretos misterios, a ellos les dicen el verbo de Dios y el secreto de la fe, **para que en ellos se forme por la fe**. ¿O no sabes que de esta semilla de la palabra de Dios, que es sembrada, **nace Cristo en el corazón de los auditores**? Esto también lo dice el Apóstol: hasta que Cristo se forme en vosotros. Por lo tanto el alma concibe en virtud de esta semilla de la palabra y forma en sí lo concebido, el Verbo... Este es el parto de las almas santas, esta la concepción, estas son las santas nupcias, que convienen y son acomodadas al gran pontífice Cristo Jesús Señor Nuestro a quien la gloria y el imperio por los siglos de los siglos», *Hom. sobre el Levit. 12,7* (*Griech, Christi. Schrift. VI, 466,17*).
- ¹³ Cf. S. *Juan* 7,37-39. Acerca de la doctrina patristica respecto de este pasaje del cuarto evangelio, véase H. Rahner, o.c., p. 177-238.
- ¹⁴ *Col* 1,24. Cf. *2 Co* 4,10; *Flp* 1,29, etc.
- ¹⁵ Cf. S.Th. I, q. 38, a. 2. Véase el art. 1 de la misma cuestión y la cuestión 37, a. 1 y 2.

LA DIMENSIÓN MISIONERA DEL SACERDOCIO MINISTERIAL¹

Card. Jozef Tomko

Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos

Del 8 al 13 de julio tuvo lugar en Yamoussoukro, Costa de Marfil, el II Encuentro Internacional de Sacerdotes organizado por la Congregación para el Clero. Los 1.300 participantes provenían de 53 países de los cinco continentes: de 13 Estados de Europa, de 25 de África, de 9 de las Américas y de 6 de Asia y Oceanía.

La elección del continente africano –hizo observar el Secretario de la Congregación para el Clero, Mons. Crescenio Sepe– se hizo en sintonía con el deseo del Papa de valorizar el África, sobre todo en el clima del reciente Sínodo, de concentrar la atención de la Iglesia sobre este continente tan rico de dones y portador de numerosas esperanzas. Mons. Sepe subrayó en particular que, no obstante las dificultades socio-políticas que está atravesando África, la Iglesia constituye una realidad muy dinámica, con grandes potencialidades. África es hoy uno de los continentes más ricos de vocaciones y ordenaciones sacerdotales: esto es un signo de que se asoma al Tercer Milenio con fuerza propia...

Abrió el Encuentro un discurso del Card. Josef Tomko, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que publicamos seguidamente.

Queridos hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio:

Quisiera, en primer lugar, dar gracias al Señor por cada uno de vosotros, por el sacerdote que sois en el misterio de Dios que colabora con los hombres distribuyendo su Gracia. Un recuerdo particular se dirige a todos los que son misioneros, especialmente a quienes pagan el precio más alto del amor: el martirio.

Agradezco a la Congregación del Clero por haber querido, con ocasión de este segundo *Encuentro Internacional de Sacerdotes*, subrayar la importancia de la vocación misionera del Sacerdote, ordenado para proclamar el Evangelio a todos los hombres y a todas las naciones.

Después de Fátima, nos encontramos ahora en Yamoussoukro, en camino hacia Roma para celebrar el Jubileo. Hablar de Jubileo significa hablar de la Misión. En efecto, nos preparamos a celebrar un acontecimiento único en la Historia, un aniversario de 2.000 años: «*al llegar la plenitud de los tiempos, envió («misit») Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4, 4)*. Vamos a Roma siguiendo a Pedro y Pablo con sus compañeros, mensajeros de la Buena Noticia de la *Encarnación*.

En esta primera etapa, celebramos a «*Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo*» (TMA 40). El Santo Padre en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* presenta el tema principal del Jubileo, que es el de la evangelización, para «*dar nuevo vigor a la fe y al testimonio de los cristianos*» (TMA 42).

Nos encontramos reunidos con María para «vivir en el Cenáculo», en este Santuario donde celebramos nuestro retiro. Con ella, esperamos el mensaje del Espíritu para todos los Pueblos de la tierra. En efecto, por medio de la oración del Sacerdote, la Iglesia que recibe el Espíritu Santo abre su corazón al mundo.

Gracias al Concilio Vaticano II, hemos descubierto a la Iglesia como «*Comunión y Misión*» (*Communio et Missio*), aunque yo preferiría decir, «Comunión para la Misión», y a la vez «signo e instrumento de salvación». El Decreto *Ad Gentes* y la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* indican claramente que la Iglesia es misionera. No hace la misión, es misión: «*Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este*

deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos» (RM 3). Sucesor de los Apóstoles en el servicio apostólico, el Sacerdote es protagonista de la misión eclesial, al servicio del Reino. Uno de los «frutos del Concilio» se encuentra en la afirmación de una nueva conciencia misionera ligada al sacerdocio ministerial (cf. RM 2).

Por tanto, hablar de la *dimensión misionera del sacerdocio ministerial* nos ayuda a reflexionar sobre la identidad del Sacerdote, y sobre su misionariedad, o *cómo el Sacerdote, en virtud de su consagración, es misionero en su identidad sacerdotal*. Tenemos pues ante nosotros algunas pistas de reflexión: una histórica sobre el empeño misionero, otra que afronta la naturaleza misionera del sacerdocio, que nos conduce al mandato para la misión y al tipo de misión para el Año 2000.

1. La evolución de la conciencia misionera de los sacerdotes

«Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8).

Esta frase de la Carta a los Hebreos puede relacionarse con otro pasaje que nos puede ayudar a percibir una nueva comprensión del empeño misionero del Sacerdote. *«Convenía en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación»* (Hb 2, 10). Cristo encarnado tiene como misión abrir el camino de la gloria divina a todos los hombres. En su pasión y en su resurrección, su sacerdocio asume una dimensión universal, y la establece de una manera única en su función de mediador.

Los sacerdotes de mi generación se acordarán de la atribución que públicamente, ante la presencia de los fieles, venía dada al ordenando: *Ad servitium dioceseos*, para los sacerdotes diocesanos; *ad servitium paupertatis*, para los religiosos. Teniendo en cuenta esta definición y clasificación, parecía que el sacerdote diocesano tenía que permanecer asignado durante toda su vida a un determinado territorio: a su obispo y a su diócesis. La misión estaba reservada casi únicamente a los misioneros *ad vitam*. Estábamos demasiado acostumbrados a ser misioneros por delegación; podían serlo solamente los pioneros de los Institutos Misioneros, a los que habíamos delegado el celo del Evangelio por los pueblos lejanos.

Con esta mentalidad, el sacerdote diocesano se sentía recluido en su territorio que constituía su universo pastoral. Se otorgaba demasiada importancia a la incardinación y se olvidaba que el sacerdote era el *colaborador privilegiado del Obispo en su misionariedad al servicio de la Iglesia universal*.

Cuando Pío XII publicó en 1957 su segunda encíclica misionera, *Fidei Donum*, se abrieron nuevos horizontes para la Iglesia; ésta empezaba a tomar mayor conciencia que la fe es un don que compartir. Pío XII insistía en la *corresponsabilidad de los obispos* para que sostuvieran con una efectiva solicitud eclesial la misión *ad gentes*. La obra de la misión no era pues competencia exclusiva del Papa, de la Congregación de *Propaganda Fide* y de los Institutos misioneros. Esta madurez adquirida daba vida a un impulso generoso a través del envío de sacerdotes, llamados *Fidei Donum*, durante un tiempo limitado y a favor del intercambio entre dos Iglesias.

El Concilio Vaticano II ha reforzado la idea de que la Iglesia, por su propia vocación, continúa la misión de Cristo en el plano local y universal *«...Cristo, elevado de la tierra, atrajo a sí a todos los hombres. Al resucitar de entre los muertos, envió su Espíritu de vida a sus discípulos y por medio de Él constituyó a su cuerpo, la Iglesia, como sacramento universal de salvación»* (LG 48).

El orden del presbiterado instituye a los sacerdotes como participantes de la función apostólica «... por eso Dios les da su gracia para que sean servidores de Cristo entre los pueblos con el ejercicio del ministerio sagrado del Evangelio. Así Dios aceptará la ofrenda de los pueblos santificada por el Espíritu Santo, ..., en efecto, su ministerio, que comienza con el anuncio del Evangelio, saca su fuerza y eficacia del sacrificio de Cristo» (PO 2), para que «Dios sea todo en todo» (1 Cor 15, 28).

El impacto de algunos documentos del Concilio, como el Decreto *Ad Gentes* y más tarde la Exhortación post-sinodal *Evangelii Nuntiandi* (1975), ha sido de capital importancia para el desarrollo de la colaboración misionera, pues ha permitido colocar la salida de sacerdotes para la misión en el cuadro más amplio del intercambio entre *Iglesias locales*. Cuando algunas diócesis han tomado la iniciativa de la misión, muchos sacerdotes han querido ser testimonios, a través de un ministerio sacerdotal limitado en el tiempo, de la comunión eclesial en los países de misión. La identidad del sacerdote se encuentra situada de esta manera en la naturaleza de su vocación por medio de una experiencia que lo hace más maduro espiritual y humanamente. En efecto, quien llama es el mismo que envía. Jesús llama a sus discípulos para estar con Él y para enviarlos: «ven y sígueme». Corresponde a los sacerdotes, de una manera muy especial, preocuparse de la necesidad fundamental de la Iglesia, que, tal como dice el Concilio Vaticano II, es la obra de la evangelización (cf. AG 35).

Con la publicación de la Encíclica *Redemptoris Missio*, el Papa Juan Pablo II sitúa la vocación misionera en el centro de la actualidad de la Iglesia. Sólo un profundo amor a la Iglesia puede sostener el celo misionero; su cotidiana obsesión es, según las palabras de San Pablo, «la preocupación por todas las Iglesias». El Santo Padre se ha empeñado personalmente como Pastor infatigable; todo su celo pastoral está al servicio del mensaje evangélico. «He tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera» (RM 1). Sigue el ejemplo de los apóstoles que Pablo condensa en su ardiente grito: «Ay de mí si no predicara el Evangelio» (1 Cor 9, 16).

El Papa coloca a todos los cristianos ante sus propias responsabilidades y advierte: «La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, ..., se halla todavía en los comienzos y, ... debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (RM 1). Continúa su reflexión presentándose como el testimonio de una «nueva conciencia»: la **misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales**» (RM 2).

Al invitar a toda la Iglesia a comprometerse en la nueva evangelización y en la misión *ad gentes*, el Papa subraya la responsabilidad común del anuncio del evangelio: «Al prepararse a celebrar el jubileo del año 2.000, toda la Iglesia se encuentra en el nuevo advenimiento misionero» (RM 86).

Juan Pablo II muestra, sobre todo a los sacerdotes, la permanente fuente misionera que se encuentra en la gracia sacramental que han recibido y que está en ellos, tal como dice el Concilio Vaticano II: «El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la **misión universal y amplísima de salvación** “hasta los confines de la tierra”» (RM 67). Se trata del Decreto *Presbyterorum Ordinis* (n. 10) muy citado también en *Pastores dabo vobis* (cf. n. 14) y en *Vita consecrata* (cf. n. 72). Es un texto muy importante que hay que meditar y poner en práctica. La Carta *Tertio Millennio Adveniente* invita abiertamente a realizar toda la fecundidad misionera de la consagración sacerdotal. A la espera del Jubileo, somos conscientes de que en la encarnación de Jesús, «el destino de los hombres encuentra el designio misterioso y

misericordioso de Dios». Esta proclamación de la Encarnación del Hijo de Dios que otorga la salvación a todos, debe seguir movilizando la vida del creyente y, más aún, la del sacerdote.

2. La naturaleza misionera de la vocación sacerdotal

Repetimos a menudo que la Iglesia es misionera por su propia naturaleza. ¿Podemos decir lo mismo del sacerdocio?

Sería suficiente considerar la afirmación del Concilio que hemos citado hace poco para rendirnos ante la evidencia. La dimensión universal «hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8) es pues específicamente misionera al insistir en el «don espiritual», o en la «gracia sacramental». El mismo texto afirma que «...*cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma dimensión universal de la misión que Cristo confió a los Apóstoles*». Y concluye: «*Los presbíteros, pues, han de recordar que deben llevar en su corazón la preocupación por todas las Iglesias*» (RM 10).

Otra razón que caracteriza la naturaleza misionera del sacerdocio es que el Orden presbiteral participa de la misma misión de Cristo. Una participación más estrecha que la del bautismo, estrecha en el sentido de identificación, pues a través de ella el sacerdote actúa *in persona Christi* y es llamado «*alter Christus*».

La misión de Jesucristo es *la misión de la salvación para todos*. En él «el Verbo de Dios se ha hecho Hombre», y se ha acercado lo más posible a la humanidad, revelándose de la manera más accesible. El hecho y el acontecimiento de la Encarnación han marcado para siempre la historia de la humanidad. Jesús es el **ENVIADO** (*Missus*) del Padre. «*Por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó en el seno de la Virgen María y se hizo hombre*»; ésta es nuestra profesión de fe (cf. Credo Niceno-Constantinopolitano). Murió y –hecho único en la historia– resucitó de entre los muertos para ofrecer a todos la salvación. Es el único salvador de todos. «*Nadie va al Padre si no es a través de mí*» (*Jn* 14, 6).

«*Haced esto en conmemoración mía*». En memoria de mis palabras, en memoria de mis obras, en memoria de mi sacrificio sobre la cruz, continuad mi misión.

Durante la Última Cena, Jesús instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio para perpetuar su sacrificio para la vida del mundo, *pro mundi vita* (*Jn* 6, 51), para la salvación de todos los hombres. Nosotros, sacerdotes, estamos comprometidos personalmente en este sacrificio cuando prestamos a Jesús nuestra boca e *in persona Christi* decimos con eficacia sacramental: «*Esto es mi cuerpo que se ofrece por vosotros... Ésta es mi sangre, la sangre de la alianza nueva y eterna, derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados*». Cuerpo ofrecido, sangre derramada, ¡he aquí el sacrificio para la vida del mundo!

Para realizar esta salvación y este perdón, para aplicarlos a todos, Jesús renueva, representa su sacrificio por medio de nosotros y ofrece la salvación a todos; sigue «*reuniendo alrededor suyo un pueblo que de un confín al otro de la tierra («ab ortu solis usque ad occasum») ofrece en su nombre un sacrificio perfecto*» (III Oración Eucarística).

¿Quiénes somos cuando «recitamos» estas palabras y repetimos estos gestos? ¿Somos quizás los actores de un teatro o de una «sacra representación»? ¿Somos quizás viandantes ocasionales como Simón el Cireneo? ¿La celebración eucarística es un sacrificio que nos empeña sólo unos minutos más? Jesús dice que la Eucaristía es: «*el pan que yo daré para la vida del mundo*» (*Jn* 6, 51). En la fracción del pan, en el encuentro vivo con el Señor resucitado, los discípulos de Emaús compartieron sin dudar su alegría con los demás, para

llevar la Buena Noticia al mundo (Lc 24, 25-35). La Eucaristía es apertura al mundo, sobre todo porque es sacrificio de Jesucristo «para la vida del mundo». *La Eucaristía impulsa a la misión. En cada Eucaristía, el sacerdote renueva su propio envío misionero.*

No nos debe extrañar que Jesucristo nos dejase como testamento, en los últimos momentos de la vida terrena, la Eucaristía «para la vida del mundo», y el sacerdocio para la salvación de todos, en beneficio de toda la humanidad. Nuestro sacerdocio nace pues misionero, abierto al mundo, para la salvación de todos, «*pro mundi vita*». No podemos quitar nada a su naturaleza y a su identidad. El sacerdocio es un don de Dios a los hombres. Es don de los hombres que vuelve a Dios. Es don de la Iglesia al mundo. No podemos concebirlo en nuestra vida de una manera limitada y desfigurada. Esto no sería el verdadero sacerdocio, ni la Última Cena; porque la Cena es la fuente de la evangelización.

3. El Mandato para la Misión

La misión de Jesús, Enviado del Padre, no puede detenerse. En el Cenáculo dio a los apóstoles este mandato: «*Como el Padre me envió (misión - «misit»), así yo os envío*» (Jn 20, 21).

El título de Cristo, del griego *Christos*, es el *Mesías enviado*; el Ungido, aquel que ha sido sellado por la Unción, que ha recibido una «Unción espiritual», llegando a ser el Profeta cuyas palabras y obras son eficaces ante Dios y ante los hombres (cf. Lc 24, 19).

Nos encontramos ante un enunciado de gran importancia. *La continuidad y la unidad* de la misión no podrían expresarse en modo mejor: *por el Padre al Hijo y a través del Hijo a la Iglesia*, se trata de un mismo flujo, es una sola misión. Merece la pena que meditemos este hecho. La misión es la obra de Dios para la salvación de la humanidad. Es una obra humano-divina: nace del corazón de Dios y se derrama sobre los hombres. «*Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí, ..., porque separados de mí no podéis hacer nada*» (Jn 15, 4).

La misión es pues la obra de Dios a la cual estamos llamados a cooperar. No es una obra nuestra, es una obra *divina* y nosotros nos tenemos que sentir muy humildes y honrados al poder contribuir con nuestras pobres fuerzas humanas a esta obra grandiosa, histórica y meta-histórica. Estamos llamados a cooperar en una obra de Dios; una empresa superior, por un mundo nuevo, por un hombre nuevo, por una civilización nueva. Entramos de esta manera en un flujo de actividad misteriosa, en un proyecto que es de Dios mismo; que es eterno; de la eternidad hasta el final de los tiempos. Esta convicción, que se basa en las palabras de Jesucristo sobre la continuidad de la misión, incumbe a nuestra llamada personal a la misión y nos da una inmensa carga dinámica.

«*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id pues y haced discípulos a todas las gentes...*» (Mt 28, 18). El poder (la autoridad) es la autoridad propia del Hijo de Dios, *exousia*, que se extiende a todo el universo. Y es la misma «fuerza de la resurrección», la «*dynamis*» de la que habla Pablo y que es el secreto del «dinamismo» del Apóstol de las gentes. El sacerdote-misionero es el «hermano universal», «supera las fronteras y las divisiones de raza, casta e ideología: es signo del amor de Dios en el mundo, que es amor sin exclusión ni preferencia» (RM 89). El sacerdote, tal como recita una antigua oración hebrea, es aquel que en la oración y en su actividad obra «*por los cercanos y por los lejanos*».

El mandato, tal como está formulado en el Evangelio de San Mateo, ofrece las características esenciales de la misión. La misión se dirige a todos los pueblos. «*Enseñar a*

todas las naciones» de todos los tiempos *«hasta el fin del mundo»*. Es por ello que es necesario enseñar también en nuestro tiempo a los pueblos de culturas antiguas. Afirmar que el tiempo de la misión *«ad gentes»* ha acabado o que la evangelización no merece ya una movilización general es algo directamente contrario al mandato de Jesucristo.

El Sacerdote, al buscar la santidad en un verdadero y apasionado amor por Dios y por todos los hombres, puede dar prueba de un grande celo en su tarea misionera, llegando hasta el martirio (cf. RM 89). En efecto, el martirio de los sacerdotes tiene un valor misionero inestimable. Al lado de los mártires de sangre podemos considerar como mártir, por analogía, a cada misionero, tal como decía Santa Teresa de Lisieux: *«todos los misioneros, ..., son mártires a causa del deseo de la voluntad»*; en efecto, *«desean dar la vida por Aquel que aman»* (*Carta 202* al P. Rouland). Unas 500 personas consagradas han dado la vida por el Evangelio en estos últimos treinta años. Sin contar a los centenares de víctimas de las últimas guerras que todavía no conocemos, en la ex-Yugoslavia, en la región de los Grandes Lagos africanos, los mártires de los regímenes totalitarios comunistas o no: en Ucrania 10 de los 11 obispos fueron asesinados, 1400 sacerdotes, 800 religiosas, miles y miles de deportados que nunca han regresado. No todos los mártires mueren de muerte violenta, pero todos ofrecen su vida, con sudor y sangre, en el silencio y en la humildad, para que Jesucristo sea conocido y amado.

El anuncio de la Palabra es una prioridad para los sacerdotes (*Sal 118*). Los sacerdotes han sido ordenados para predicar el Evangelio. Leemos en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*: *«Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y ordenación, están en cierto sentido puestos aparte en medio del Pueblo de Dios, ..., para consagrarse totalmente a la obra para la que el Señor los ha elegido»*; *«...mediante el ejercicio del ministerio sagrado del Evangelio. Así Dios aceptará la ofrenda de los pueblos santificada por el Espíritu Santo»* (PO 3; 12). La consagración sacerdotal establece una legitimación del sacerdote como mensajero movido por el celo apostólico como San Pablo.

Una connotación netamente misionera se encuentra en la nueva fórmula del rito de la ordenación, que dice así en su parte final: *«vive siempre en comunión de fe y de acción con el Orden episcopal para que la palabra del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y todas las naciones, reunidas en Cristo, formen el único pueblo santo de Dios»*.

He aquí la situación actual de la misión a través de alguna cifra. Predicar el Evangelio a todas las naciones significa pensar en 5.700 millones de personas, de las que 3.700 no conocen, o conocen poco a Jesucristo como creyentes. El porcentaje de católicos es del 18%. África católica cuenta con el 14% de los fieles. En el continente asiático, donde vive el 60% de la población mundial, es católica sólo el 2,6%, en algunos países se desciende al 0,5% (Bangladesh, Tailandia, Japón...); Oceanía y América Latina cuentan todavía con una población no-cristiana numerosa. No se puede olvidar que en América del Norte y en Europa el número de los no-cristianos aumenta vertiginosamente y, tal como afirma el Papa, es urgente una *«nueva evangelización»*.

Ha llegado el momento de despertar a las conciencias, de extirpar la indiferencia, de combatir la ignorancia y de difundir el dinamismo misionero con una animación pastoral y espiritual que es competencia de los Obispos y de los sacerdotes *«colaboradores y corresponsables»* (PO 10) en el mismo Orden y para los cuales el ministerio de la palabra es una prioridad.

El envío a la misión no debe ser proporcional al número de los sacerdotes, sino más bien a la abundancia del corazón, de la fe y del amor. Desde esta perspectiva, se puede dar desde

la pobreza. De la pobreza del número brota la solicitud de Dios, que fecunda toda la obra misionera. La misión parte del corazón de Dios y pasa por el corazón de los hombres.

4. ¿Qué tipo de misión para el Año 2000?

La situación del mundo de hoy se puede parangonar, en algunos aspectos, a la de los discípulos que se encuentran en el lago, bajo un fuerte temporal: un mundo rico con cada vez más pobres; nuevas guerras de origen religioso, nacionalista y étnico en un «mundo sin fronteras»; la difusión de las sectas, la incertidumbre de las Instituciones políticas nacionales e internacionales, etc. Ante un tal extravío de las conciencias y ante tantas paradojas, el espíritu misionero, en particular la misión *ad gentes*, está amenazado por las dudas, por la falta de entusiasmo y, por consiguiente, por la indiferencia y el desinterés. Nos podemos encontrar en la misma situación de los discípulos de Emaús: «*nosotros que esperábamos*» que la Iglesia fuese fuerte y que la humanidad estuviese bautizada en su mayoría; pienso en el desánimo que produce la falta de vocaciones; pienso en la descristianización de algunos países; pienso en el desencanto de la modernidad; pienso en las sectas que perjudican la labor misionera; pienso en el ateísmo, etc. ... A pesar de todo, ahí donde nos encontremos, este Peregrino desconocido (Jesús resucitado), camina con nosotros para revelarnos en las Escrituras y en la fracción del Pan el camino que conduce a los hermanos, sin exclusivismos ni particularismos, hacia las cuatro direcciones de la tierra. Entonces, nadie podrá aferrarse al pretexto de la noche: «*está oscureciendo*», dicen los dos discípulos para quedarse ahí donde están, pues rehusan elevar la mirada de la fe hacia lo lejano. El Papa invita a caminar en esta dirección cuando afirma que el sacerdocio es verdaderamente fecundo si se da enteramente a la misión de Cristo. El entusiasmo de tantos misioneros que conocemos confirma y corrobora estas palabras del Santo Padre:

Jesucristo es el Único Salvador: «... todas las esperanzas y todos los deseos del corazón del hombre encuentran su cumplimiento en Él. Todas las aspiraciones espirituales, de curación, de plenitud, de libertad y de justicia, de dignidad humana y de Amor encuentran su realización en Él» (Lineamiento de la Asamblea Especial para Asia del Sínodo de los Obispos n. 22). Esto es lo que tenemos que anunciar por todas partes.

¿Pero con cuáles fuerzas? Recordemos que «*las dificultades internas y externas no tienen que hacernos pesimistas o inactivos. Lo que cuenta, aquí como en todo sector de la vida cristiana, es la confianza que viene de la fe, es decir, la certeza de que nosotros no somos los protagonistas de la misión, sino Jesucristo y su Espíritu*» (RM 36).

¿Qué haremos para que nuestra Iglesia se transforme en una Iglesia misionera en este tercer milenio? Dirijámonos a María. *María, la Madre del Verbo Encarnado y la Madre de los Apóstoles. «Ninguna cosa es imposible para Dios».* Los nuevos caminos para la misión son los que nos indica María, ella, que ha aceptado todos los desafíos de Dios, acogiendo en su seno «el Verbo que se hizo carne» (cf. TMA 48). María que intercede en Caná nos enseña que la abundancia del corazón de Dios no se agota nunca. Con ella podemos ir lejos, más allá de las fronteras, tal como ella fue a Egipto; con la fe y el amor podemos ir lejos, hasta la cruz. Con ella podemos acoger el Espíritu para la Misión y encontrar un poco de celo apostólico. Nuestro retiro en Yamoussoukro es ya de por sí misionero.

Deseo que, con la celebración del Jubileo, todos los sacerdotes del mundo recobren confianza, ánimo y estén disponibles a la acción del Espíritu. Que en el presbiterio y en las comunidades cristianas se sienta la preocupación pastoral por la misión *ad gentes*. Que continúe y se refuerce el apoyo fraterno a nuestros hermanos misioneros sacerdotes.

Existen auténticas amistades sacerdotales que participan de un empeño misionero real, incluso entre sacerdotes que no han abandonado nunca su país.

Conclusión

El Jubileo es un nuevo Pentecostés. Es una llamada de Dios a la misión. Hace 2.000 años la misión la empezaron 12 hombres. Hoy somos unos 500.000 sacerdotes en el mundo, ¿por qué no atreverse?

De la Sinagoga de Nazaret pasamos al Santuario de Yamoussoukro. El Espíritu del Señor está sobre nosotros, nos ha consagrado con la unción y nos ha mandado para anunciar una buena noticia (cf. *Lc* 4, 16-30; *Is* 61, 1-2). Estas palabras citadas por Jesús, se remontan al inicio de la misión mesiánica de Cristo, Enviado como Consagrado por obra del Espíritu Santo y Enviado del Padre para todos los Pueblos.

Que Dios bendiga vuestros pasos y los de todos los sacerdotes del mundo, mensajeros del Evangelio.

Notas

¹ Tomado de *Omnis Terra*, noviembre 1997.

SACERDOTE ARGENTINO EN RUSIA TESTIMONIO DE UNA MISIÓN

P. Mario Beverati

NIZNHI-NOVGOROD, RUSIA

¿Cómo invocar el nombre del Señor sin creer en él? ¿Y cómo creer sin haber oído hablar de él? ¿Y cómo oír hablar de él, sin nadie lo predica? Como dice la Escritura: “¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian buenas noticias!”

Rom 10, 14-15

Hoy, fiesta de nuestra Madre Santísima de Luján, nuestra “Virgen Gaucha” me animo - con su ayuda- a escribirles algunas impresiones que, como sacerdote, estoy viviendo aquí en Rusia.

En este mes de mayo, se cumplen dos años de trabajo aquí, ya que celebré el primero de mayo de 1996, recién llegado, la Misa de San José obrero, pidiéndole ayuda para la futura tarea en estos “pagos”. ¿Cómo he llegado hasta aquí y por qué? Son cosas del Señor, porque jamás había pensado durante el seminario, ni antes, en poder ayudar en tierras de misión (antes bien, siempre me atrajo la posibilidad de vivir la vida monástica).

La comunidad que me toca servir.

Soy el párroco de la parroquia dedicada a la Asunción de María. Es una comunidad pequeña pero que va creciendo día a día, con mucho de promesa y futuro. Tiene además, todo el interés de hallarse en un país en su mayoría ortodoxo, lo que da, a todo trabajo pastoral que se presente, la posibilidad de llevarlo a cabo en comunión con ellos. Trabajar ahora a nosotros, católicos, con la Iglesia ortodoxa, nos supone asumir el desafío, junto a ellos, de anunciar a Cristo en un mundo moderno que cada vez se hace más presente en Rusia por la «globalización»; por sobre todo significa experimentar la contradicción, aun el rechazo, por parte de la Iglesia ortodoxa que es mayoritaria en el país, y que o no conoce la presencia histórica de nuestra Iglesia católica en nuestras tierras, o nos confunde e interpreta como proselitismo la atención pastoral de las mismas.

La ciudad: realidad histórica

La parroquia se encuentra en la ciudad de Nizhni-Novgorod, a 400 kms. al este de Moscú. Nizhni-Novgorod, que antes se llamaba Gorki, es ahora la tercera ciudad de la Federación Rusa, luego de Moscú y San Petersburgo. Es una ciudad muy antigua -en 1997 cumplió 775 años de existencia- y se encuentra situada en la confluencia de dos grandes ríos, el Oka y el Volga- ríos impresionantes de un caudal enorme como nuestros ríos de la Mesopotamia. En la embocadura del río Oka sobre el Volga se construyó el Kremlin - fortaleza- de la ciudad y alrededor de ella se fue estableciendo la vida ciudadana. La ciudad se encuentra en el camino, que lleva hacia los montes Urales (el confín de Europa y el comienzo de Asia) y asimismo se vincula con la parte norte de Rusia cuyo centro es San Petersburgo. A través del Volga, hacia el sur, comunica con la ciudad de Kazan- gran centro tártaro mongol-. Es, pues lugar de confluencia que hizo de la ciudad un variado conglomerado de razas, y también de nacionalidades. A ello se sumó que a fines de siglo pasado fue elegida como centro de exposiciones internacionales, sobre todo de carácter industrial, que la llevaron a ser un lugar de encuentro entre rusos y europeos. Más recientemente, durante la época Stalinista, recibió muchas inmigraciones -obligadas por el régimen- de polacos, lituanos, y otras nacionalidades del ex-imperio soviético. Como en

ella se estableció una industria importante de armamentos y fue centro de física nuclear -de aquí es el conocido físico disidente Andrei Sajarov-, fue “ciudad-cerrada”, es decir, no tenía comunicación y circulación libre con otras ciudades de la URSS durante muchos años, hasta el régimen del presidente Gorbachov. Posee la fábrica de automóviles más grande de Rusia (Anton Gaz) y ha tenido un buen gobernador (Boris Nemtsov) que la ha mejorado mucho y ha impulsado su reconstrucción y desarrollo y que por ello él fue llamado recientemente a colaborar estrechamente con el actual presidente Boris Yeltsin.

La Iglesia católica contaba antes de la Revolución Rusa con dos templos y una capilla en el cementerio. Uno de dichos templos, muy cerca del Kremlin de la ciudad, fue destruido y asimismo también la capilla del cementerio. El único templo que subsistió se encuentra en el centro de la ciudad y fue convertido, luego de la revolución, en un gran buzón postal. Luego sufrió una reconstrucción de su fachada y se agregaron a su nave central dos pisos lo que la hizo capaz de trabajar como dependencia del Centro Científico Tecnológico de la ciudad.

El sacerdote polaco que era su párroco fue exiliado a Siberia y fusilado en un “lager” allí en 1937. La casa del sacerdote y la del organista de la parroquia, situadas en el territorio perteneciente a la Iglesia y su templo, fueron confiscadas y dadas como casas comunales. La comunidad existente sufrió lo que significa perder todo, sumado a la presencia virulenta que acometió contra todo creyente cristiano, fuera católico, ortodoxo o luterano.

Alrededor de 1992, alentados por la apertura que suscitó Gorbachov, un grupo de jóvenes, en su mayoría rusos (uno ucraniano), comenzó a investigar en los archivos de la ciudad la existencia de la parroquia, o sea de la presencia de vida católica en la ciudad. La mayoría de ellos poseía, por sangre, familiares pertenecientes a la Iglesia católica, y sabían de su existencia histórica. Cuando la Santa Sede nombró en abril de 1991 administrador apostólico para Moscú y toda la Rusia europea a Mons. Tadeusz Kondrusiewicz -bieloruso- este grupo de jóvenes se contactó con él y le pidió ayuda. Nos encontramos cerca de 1993. El Obispo a su vez, pidió al párroco de Vladimir (situada a 200 kms. de Moscú y a 200 kms. de Nizhni-Novgorod) el poder atender a la incipiente comunidad.

En enero de 1995 -yo casualmente me encontraba aquí por un mes estudiando la lengua rusa- el gobierno decidió restituir una parte del edificio vecino a la parroquia a fin de que los católicos de la ciudad pudieran reunirse allí. Recuerdo la pregunta que nos hacíamos: ¿recibir este edificio- un antiguo establo de la casa vecina- significaba acaso renunciar a pedir el nuestro?. A la sazón este había sido subalquilado (dos de los tres pisos existentes) a un banco. El Obispo, con inspiración respondió: “mejor esto que nada” y así comenzó la construcción de la capilla, que en la Navidad de 1996 celebró -luego de incontables complicaciones en su construcción- su primera Misa Solemne.

Mientras escribo acerca de esto, me digo a mí mismo si no es un testimonio demasiado “histórico”, se me pide un pequeño artículo sobre mi experiencia misionera aquí, pero ¿cómo no referir las innumerables pruebas que ha sufrido la gente en este lugar y cómo no explicar en qué contexto se ha desarrollado?

Una de mis parroquianas más entusiasmadas con la reconstrucción de la comunidad parroquial, Sofía Ignatievna -una médica polaca de alrededor de 70 años- nos contaba su calvario: a su padre lo mataron, a su madre la enviaron a un “lager” en Siberia y ella con 12 años quedó sola. Como a la parroquia la habían cerrado, ella se acercaba en busca de consuelo a llorar y desahogarse frente a un roble situado al lado de la entrada del templo parroquial; cuando había tomado su primera comunión, recordaba cómo le gustaba verlo y jugar a su sombra. El año pasado Adela Iosivna celebró sus noventa años con una Misa en

la capilla. Aún recuerda cómo al sacerdote después de la Misa, le gustaba jugar a la pelota con los chicos de la parroquia. Este año, hace cosa de tres meses, una señora polaca me pidió visitarla. Había muerto su esposo, ruso, y siendo ella católica deseaba pedir una Misa por su eterno descanso; cuando en su casa conversábamos, me habló de cómo los domingos iba a Misa, antes de la persecución, y me habló de Adela Iosivna, que estudiaba para farmacéutica. Al domingo siguiente tuve la enorme alegría que se encontraran en la Iglesia después de tantos años. Juntas acercaron las ofrendas al altar.

Aún se encuentran muchos católicos que no saben de nuestra presencia. Algunos se deciden a llamar o acercarse cuando muere alguno de sus familiares, lo que me da posibilidad de acercarlos el consuelo de la fe.

Muchos de mis parroquianos tienen sangre polaca, lituana o alemana. Son -junto con los rusos- los primeros que se acercaron, y que -a partir de este grupo de jóvenes que he mencionado antes- engrosaron la comunidad original. Ahora ya se han enterado de nuestra presencia armenios, georgianos, católicos del Cáucaso, que viven permanentemente aquí. A ello hay que sumarle los extranjeros católicos: americanos que trabajan en la ciudad, franceses, alemanes, que viven temporariamente por cuestiones de trabajo, italianos, -cada vez más, desde que Fiat firmó un importante contrato con la Gaz de aquí-. Uno de los grupos que más ayuda y más anima la liturgia, es el de los africanos de Tanzania, que vienen aquí a estudiar medicina, y están muy bien formados, los tengo de acólitos; siempre contentos y dispuestos a ayudar. Hace unos tres meses, tuvimos el casamiento de una de ellos -Blandina- con un compañero luterano, también africano.

Es importante destacar que, en número creciente, se están acercando a pedir el Bautismo jóvenes y adultos de origen ruso. Asimismo, muchos bautizados en la Iglesia ortodoxa se sienten atraídos a participar de la vida católica.

El Ecumenismo

No se podría hablar de trabajo pastoral en Rusia, sin entenderlo como trabajo ecuménico. Nos hallamos en un país mayormente ortodoxo, y el respeto por su tradición se hace parte importante de lo que significa nuestra presencia en esta tierra. Además, tanto ellos como nosotros sufrimos la ideología del régimen durante setenta años y ahora, desde la apertura y la libertad de conciencia, se nos presentan idénticos desafíos: ¿cómo evangelizar a tantos que por una educación expresamente atea no conocen a Cristo? ¿cómo anunciarlo en una sociedad como la nuestra, que también aquí en Rusia, sufre cada vez más la influencia del consumismo y del secularismo?

Una de las experiencias más ricas como sacerdote, es el contacto con los sacerdotes y seminaristas ortodoxos. En mi ciudad hay un monasterio -seminario con alrededor de cien seminaristas-, y no hay semana en que no se acerquen a la Misa vespertina dos o tres, sino más. Les gusta conversar, y como ahora tengo -desde enero- una pequeña casa parroquial pegada a la capilla, aprovecho para invitarlos a tomar café, y compartir inquietudes. El Abad del monasterio es un monje joven, con quien charlamos e intercambiamos opiniones. En la vigilia pascual -por cierto larga, en una celebración que dura cinco horas- me invitó a la comida luego de la liturgia. Ahora estamos pensando cómo y de qué forma puede ser oportuno pedirle al Metropolitano de aquí -su Obispo-, uno de los más severos en su relación con el catolicismo, la posibilidad de dar algunas clases de arte cristiano en el seminario.

El prejuicio y el desconocimiento de lo católico marca a gran parte de la iglesia ortodoxa, por ello mi cometido es muy sencillo pero valioso: ayudar a que nos conozcan, que puedan acercarse, ver cómo celebramos, cómo vivimos, en fin, ayudar a vencer tantas

resistencias. A veces hemos dado pasos aún más allá. La providencia me dio el trabajar en un hospital de la ciudad en la sala de hematología con enfermos de leucemia. Allí me tocó acompañar a bien morir a dos jóvenes y como eran ortodoxas, el trabajo fue en conjunto; confesaban y comulgaban con el sacerdote ortodoxo, pero juntos leíamos la Sagrada Escritura, rezábamos el Padrenuestro y a María ante la imagen de un icono. En el entierro de una de ellas, el Viernes Santo de la Semana Santa ortodoxa, me impresionó ver, que al finalizar, el padre de la joven, se acercó a mí para agradecerme y la madre al sacerdote ortodoxo. Son estas cosas las que nos unen, pensé, este trabajo concreto y sencillo (además de todos los encuentros -tan necesarios- entre comisiones ecuménicas). Por lo demás -y esto es ya una impresión puramente personal- la fe del pueblo sencillo ruso, la que se puede palpar en un hospital, es muy parecida a la de nuestro pueblo argentino, y diríamos al de América; esa que Puebla narra como fe sencilla, sabiduría popular abierta al amor de Dios, que suplica, sabe esperar y sufrir.

A ortodoxos y católicos (sobre todo a ellos) aquí se nos presenta un desafío enorme: ¿cómo evangelizar a grupos enormes que no saben de Cristo (no han oído hablar de Él) o aun peor, han sido enseñados desde la escuela por sus maestras que Dios no existe? Esto ha sido así, y esta pesadilla, o sea que una madre no tenga libertad de decir a su hijo que Dios es Padre y es Amor, creció y se arraigó en la Rusia Soviética. Sin embargo la fe perduró y ¡cómo!. Cuando uno ve en el hospital cómo se acercan tantos al sacerdote en busca de oración y bendición se sorprende. Es verdad que mucho de ello se debe a las «Babushkas» abuelas rusas que, a riesgo de perderlo todo, bautizaron y enseñaron a rezar a sus nietos.

Ella, la mujer rusa, sobre todo la anciana, ha salvado la fe del pueblo ruso. Hace poco escuché una explicación de ello que me satisfizo mucho. La fe hace uso de la razón, pero sobre todo radica en el corazón. “Creemos porque amamos” dice San Agustín y es verdad que, en general, en la mujer prima más el corazón- la mujer es madre-, así como en el varón el peso se acentúa hacia lo especulativo, hacia la razón. Pues bien, si el comunismo como ideología destruyó algo, esa destrucción se centra sobre todo en el campo de las ideas, es decir, en la razón. Y es por ello que el hombre ruso sufrió más que la mujer la ideología comunista. Esta ideología apuntó a su centro quedando su libertad anulada o expulsada (véase la vida de tantos ejecutados y disidentes). La fe que radica más en el corazón, ante este embate racionalista quedo indemne. Es como si la mujer hubiera atravesado estos setenta años de opresión ideológica sin ser destruida de la misma manera que lo fue el hombre. Y si la fe radica en el corazón, se explica cómo ella -la fe- se pudiera conservar en tantos rusos. Mientras digo esto pienso que mil cien años de cristianismo, no pueden aun sistemáticamente extinguir la llama del Espíritu.

A la Rusia de hoy día llegan todas las influencias -positivas y negativas- del mundo occidental. Recuerdo que en octubre de 1991, el Card. Pironio fue invitado al Seminario de Buenos Aires a predicar un retiro. Un periodista del diario La Nación le preguntó qué pensaba de la destrucción del Muro de Berlín y la apertura de la ex-Unión Soviética. Él contestó con un interrogante: “¿estaremos preparados nosotros, ‘el occidente cristiano’, a responder a tantas necesidades y búsquedas de orden espiritual que tienen esos pueblos?”.

La nueva evangelización es una realidad para los católicos y para los ortodoxos. El mundo cada vez -bien lo sabemos- se intercomunica más y la Iglesia está llamada a vivir en este mundo sin ser del mundo. ¿Cómo anunciar a los jóvenes y no tan jóvenes a Cristo? ¿Cómo aprovechar este caudal de espiritualidad y sabiduría ante la vida que posee la tradición oriental y rusa? ¿Cómo responder al desafío de tantos sectores que se acercan a un

“mercado” atrayente y con proselitismo abusan de quienes, indefensos, buscan sin saber dónde?

Conclusión

La alegría de anunciar el Evangelio, respetando la tradición del lugar donde somos enviados por nuestro Obispo es quizás lo que más fuertemente se experimenta estando lejos de la patria. Pero también es verdad que la alegría de anunciar a Cristo en todo sacerdote, se da tanto en su barrio como en el último confín de la tierra. El sacerdocio católico es universal y uno es católico y sacerdote en todas partes. Tal vez la experiencia más grande de estar aquí, es la experiencia de Iglesia, comprender que - como le gustaba decir al padre Gera en sus clases de eclesiología- “el mundo está llamado a ser Iglesia”. La experiencia de vivir en una tierra donde ha habido muchos santos, muchos sabios, muchos mártires de la fe, donde todo ello - y a pesar del régimen comunista- se ha hecho cultura en un pueblo que hoy día se encuentra ante un gran reto: la modernización y la Postmodernidad. Son desafíos que tanto ellos como nosotros también debemos responder. Pero será más fácil, como dice Juan Pablo II “si la Iglesia respira como cuerpo, con sus dos pulmones, el Occidental y el Oriental”. Que la fuerza del Espíritu Santo y la ayuda de María Santísima a quien tanto aman los orientales, junto a San José Patrono de la Iglesia lo hagan realidad visible. Que así sea.

LA ESPIRITUALIDAD DEL SACERDOTE

Mons. Juan María Uriarte

Obispo de Zamora

Encuentro del Obispo con los sacerdotes en los diferentes arciprestazgos. (*Zamora, Diciembre 1997*)

INTRODUCCIÓN

Quiero tratar con algún detenimiento el tema de nuestra espiritualidad sacerdotal específica. La espiritualidad propia de los sacerdotes es la forma peculiar de encarnar la vida según el Espíritu, que es común a todos los cristianos, en nuestra especial vocación y misión en el seno de la Iglesia y al servicio de la sociedad. Este sello particular y propio es en nosotros fruto del Espíritu Santo. Evocar, pues, nuestra espiritualidad equivale a entrar en la onda de este año del Espíritu Santo.

Voy a exponer algunos de los rasgos diferenciales o intensivos de nuestra espiritualidad. Unos están más ligados a la estructura de nuestro ministerio; otros están más unidos a la coyuntura eclesial y social en la que ésta se despliega. Quedan aún otras muchas para nuevas ocasiones. La exposición quiere apuntar hacia los horizontes abiertos por nuestra condición sacerdotal; pero no quiere olvidar nuestra situación real y nuestros problemas concretos.

1.- Una espiritualidad inspirada en la teología del ministerio

La espiritualidad presbiteral tiene un fondo básico común a las diferentes espiritualidades: la laical, la monacal, la religiosa. Pero tiene un perfil propio que impregna y colorea toda la vida espiritual de los presbíteros.

a) Una espiritualidad diferente

Un cura no es un monje; su espiritualidad no debe ser monacal. Un cura no es un laico; su espiritualidad no puede ser laical. Un cura no es un religioso; su espiritualidad no debe ser igual a la de un religioso. Entre la teología del ministerio y la espiritualidad del presbítero debe existir una sintonía. No es adecuada para el presbítero cualquier espiritualidad por recia y evangélica que sea. Hay una manera sacerdotal, laical, religiosa y monacal de vivir la radicalidad evangélica.

Las mismas grandes actitudes cristianas (la caridad, la fe y la esperanza; la disponibilidad obediente, la pobreza, la castidad, la oración) quedan marcadas por la teología del ministerio. La oración específica del pastor no es como la del monje; es oración apostólica. La pobreza específica del pastor no es la del Hermano de Foucault, sino la pobreza que le ayuda a ejercer la caridad pastoral; la castidad del pastor es la postulada para ser signo y estímulo de la caridad pastoral; la abnegación del pastor no es la propia de las Oblatas de Cristo Sacerdote, sino la requerida por el ejercicio de su ministerio.

De todo este panorama no surge una espiritualidad de piezas inconexas (como esos ajuares de algunos curas en los que encontramos mesas, sillas, armarios, vajillas que pertenecen a diferentes juegos) sino un conjunto armónico, un rostro coherente, una Gestalt, una especie de figura de mosaico. El elemento configurador e identificador es la Caridad Pastoral. «El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo» (PDV 23). Es necesario conocer, estimar y practicar esta actitud básica de nuestra espiritualidad.

b) Una espiritualidad estimuladora y exigente

Existe toda una espiritualidad estimuladora y exigente que nace de la teología del ministerio. Esta es la espiritualidad propia del sacerdote secular. Ella no es el «pariente pobre» de ninguna otra espiritualidad. Es capaz de conducir al presbítero a una verdadera radicalidad evangélica. Cuando es bien conocida y asumida, se convierte en fuente de gozo para los sacerdotes. El gozo auténtico es siempre señal de unidad interior. En este caso revela la unidad entre ministerio pastoral y vida espiritual.

c) Una espiritualidad aún no asimilada

Esta manera específica de vivir la radicalidad evangélica está hoy formulada de manera profunda y actualizada. Pero no ha pasado aún a la sangre de muchos presbíteros. No ha transformado y sellado su manera de esperar, de amar, de ser pobres, de ser célibes, de orar.

d) Vías de asimilación

En las sesiones de Formación Permanente sería muy deseable exponer y favorecer la asimilación mental de los **contenidos actualizados de la teología y espiritualidad del ministerio**. Generalmente son conocidos de forma fragmentaria. Conozco seminarios y facultades en los que «no se llega» a explicar el sacramento del orden y en los que la teología espiritual no inicia suficientemente en estos contenidos. La experiencia me dice que tales contenidos suponen con frecuencia un verdadero descubrimiento para bastantes presbíteros, que adquieren así la seguridad de cimentar su espiritualidad en sólidos fundamentos. La Comisión Episcopal del Clero ha publicado en los últimos 10 años un material abundante que puede servir de cantera valiosa.

No basta la asimilación mental. Es necesaria la asimilación **vital**, es decir, el enriquecimiento de nuestras actitudes y comportamientos espirituales a partir de estos contenidos. Esta operación requiere un clima diferente de las sesiones de estudio. Unos Ejercicios Espirituales bien orientados pueden ir convirtiendo los contenidos antedichos en experiencia espiritual. Los Retiros espirituales encaminados en esta dirección favorecen gradualmente esta misma actividad asimilativa. Existen diócesis (o vicarías de diócesis grandes) en las que tales contenidos son ofrecidos en unas Jornadas en que, a lo largo de varios días, se alternan la exposición temática, la asimilación orante y la comunicación en grupos pequeños.

2.- Una espiritualidad de la confianza y de la fidelidad, no del optimismo ni del éxito

a) El desajuste entre «la oferta pastoral» y la «demanda religiosa»

Una característica central de nuestra sociedad evolucionada es la **inapetencia** religiosa. Afecta y penetra incluso al creyente y a la misma comunidad cristiana. La oferta del Dios de Jesucristo, servicio central y fundamental de los presbíteros, es débilmente estimada.

Pero, sorprendentemente, **la demanda de ritualidad** se mantiene en esta sociedad. «Persiste fuerte y difundida la exigencia de ritualizar con celebraciones religiosas los grandes momentos de la vida» (Dianich). En realidad el ser humano necesita celebrar por medio de gestos simbólicos los acontecimientos mayores de la existencia: el nacimiento, el amor, la muerte. En nuestra cultura los gestos simbólicos más reconocidos y prestigiados son las celebraciones litúrgicas de la comunidad cristiana. En consecuencia, gentes de fe débil, oscura o nula demandan estas celebraciones. Incluso las exigen porque las consideran un «servicio público» al que tienen acceso, al menos si pagan el «impuesto religioso». En cualquier caso, en una civilización marcadamente mercantil, impregnada hasta la médula de los huesos por el contrato, están convencidos de que pueden «alquilar» estos servicios.

Es evidente la diferencia de nivel entre esta demanda exigente y la oferta eclesial formulada por los presbíteros. En nombre de la Iglesia ofrecéis los «sacramentos de la fe», es decir, gestos comunitarios que suponen la fe, celebran la fe, enriquecen la fe y comprometen a vivir la fe. Os sentís con frecuencia utilizados y un tanto reducidos al rango de «hechiceros» cuando se os pide una celebración desprovista de fe. Reaccionáis vivamente contra este atropello a la «veritas sacramenti» que debéis salvaguardar. Se trata de un malestar muy grave que repercute en la misma vida espiritual de bastantes sacerdotes. Muchos presbíteros sufren hondamente en estas circunstancias. Es preciso prestar a este sufrimiento una atención vigilante.

La misma desproporción se manifiesta, en un grado menor, en otras muchas situaciones de la vida pastoral: la propuesta **evangélica** más ambiciosa de los pastores se sitúa en nivel diferente a las expectativas, a las disponibilidades, a las necesidades **religiosas**, mucho más recortadas, de los fieles.

Este desajuste entre oferta y demanda requiere un **reajuste** en nuestra espiritualidad. No son tiempos en los que nos veamos recompensados por el valor que la gente reconoce a nuestro servicio ni por el éxito que cosechan nuestras ofertas pastorales. No son tiempos de optimismo, sino de confianza; no son tiempos de éxito, sino de fidelidad.

b) **Una espiritualidad de la confianza**

La actitud que impregna esta espiritualidad no nace de un temperamento optimista ni de un análisis eclesial y social risueño, sino que está arraigada en la fe.

La deriva enigmática y, en muchos aspectos, preocupante del mundo, el progresivo eclipse de la religión en Occidente, el debilitamiento de la Iglesia, la afligida penuria de vocaciones, suscitan preguntas candentes que hacen temblar: ¿mantendrá este mundo su condición humana? ¿Quedará la Iglesia reducida a una comunidad residual? ¿Estaremos en una era postcristiana? El mismo renacer de la religión en algunos ambientes ¿es un retorno real o una reacción momentánea?

Cuando los fenómenos sociales son difícilmente comprensibles y, además, sospechamos que las cosas van mal, la perplejidad deja paso a la desconfianza. Con la Biblia en la mano, brotan las preguntas: «¿está dormido Jahvé?» «¿Jesucristo ha muerto y resucitado en vano?» «¿Se ha extinguido el Espíritu?».

Es preciso alumbrar o reformular una espiritualidad de la confianza. Esta confianza no es la que nace de un voluntarismo cegato que se empeña obstinadamente en lo imposible. Es hija de la virtud de la esperanza que sabe esperar contra toda esperanza. Es la confianza de los tiempos difíciles. Es una esperanza «a contracorriente». Es una confianza que tiene como primera base una fe firme. Ella nos da «conocimiento interno» de que Jesucristo «es la clave, el centro y el fin de la historia humana... gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones» (G.S. 10 y 45). Nos hace barruntar en formas oscuras el dinamismo inextinguible de todas las cosas hacia Dios. Nos hace sintonizar con los signos de la presencia del Espíritu no sólo en la Iglesia, sino también en el mundo. Nos hace capaces de recoger las pequeñas señales de su salvación en nuestra vida y entorno próximo. Nos comunica la persuasión de que ninguno de nuestros afanes liberadores y salvadores resultan definitivamente estériles. Y, sobre todo, nos enseña a confiar a Dios nuestro propio futuro, el de la Iglesia y el del mundo.

c) **Una espiritualidad de la fidelidad, no del éxito**

La segunda característica postulada por la dura situación religiosa actual es la fidelidad. En este punto empalma nuestra espiritualidad con la espiritualidad del Siervo de Jahvé.

El Siervo «acaba mal». Su fecundidad es un fruto a la larga. Su trayectoria no es el éxito inmediato y visible. Evangelizar ha sido siempre arduo. La inapetencia religiosa actual hace más intensa y dolorosa la sensación de infecundidad pastoral. En tiempos no tan lejanos hemos comprobado tal vez cómo las piedras se convertían en hijos de Abrahán. Hoy vemos tal vez cómo los hijos de Abrahán se convierten en piedras. «La higuera no produce yemas y el olivo olvida su aceituna» (*Hab* 3,17). Al futuro preocupante se añade, pues, un presente apretado.

Jesús no fue ajeno a una situación semejante. A lo largo de su vida pública la conciencia humana de Jesús comprendió cada vez con mayor profundidad que el Padre le pedía fidelidad, no éxito inmediato. El autor de la carta a los Hebreos nos dirá que «aprendió fidelidad». El Padre escuchó al Hijo; pero «al tercer día», tras haberle permitido que pasara por el desfiladero de la muerte. No le ahorró un solo trago del cáliz de la Pasión.

La fidelidad se pone a prueba y se aquilata cuando Dios se esconde. Entonces comprendemos mejor que Dios es diferente de sus mediaciones de abundancia o de escasez, de panes o de piedras, de desierto o de Tabor, de Babilonia o de Jerusalén. Barruntamos dolorosamente que Dios no está más lejos de nosotros en tiempos de inclemencia. Nunca el Padre estuvo realmente más cerca del Hijo que en la Cruz. «Aprendemos que ‘éxito’ no es uno de los nombres de Dios» (M. Buber). «Misericordia», «fidelidad», incluso «justicia» son sinónimos de Dios. Pero «éxito» no se encuentra entre estos sinónimos.

3.- Una espiritualidad del hacer sosegado

«Como todos sabemos, el trabajo pastoral es un pozo sin fondo... Una parte de los presbíteros reacciona entregándose a la actividad frenética, buscando llenar ese pozo sin fondo, siempre con la mala conciencia de haber hecho demasiado poco. Otra parte reacciona con la inercia y la resignación, limitándose a lo estrictamente necesario, con la convicción de que las demandas son exageradas y de que, en cualquier caso, no es posible hacerlo todo» (Greshake).

Una espiritualidad que tiene su alimento «peculiar y eminente» en el ejercicio del ministerio tiene que ser afectada por estos vaivenes de la actividad pastoral. Cuando ésta es habitualmente desmesurada, se rompe el equilibrio requerido entre interioridad y exterioridad y se produce una situación de «stress» que entorpece gravemente la vivencia ordinaria de la espiritualidad. Igualmente cuando la actividad languidece de modo habitual, la vida del espíritu queda privada de un catalizador indispensable para un presbítero. Es fácil entonces acabar convencidos de que, por mucho que nos esforcemos, poco o nada se puede hacer. El trabajo pastoral es un bien desigualmente repartido entre los presbíteros. Dosificarlo razonablemente y distribuirlo equitativamente es exigencia de nuestra salud espiritual.

La prisa frenética del «hay que hacerlo **todo**» y la pasividad apática del «no se puede hacer **nada**» tienen una raíz común: «hemos de hacerlo **nosotros**».

La conducta apostólica de Jesús descalifica ambos extremos. Su voluntad evangelizadora no le deja sestar, pero tampoco le quita el sosiego. Jesús no vive devorado por la fiebre de curar **todos** los enfermos, de saciar a **todos** los hambrientos, de liberar a **todos** los esclavos. No tuvo la pretensión de hacerlo todo. Él realiza acciones liberadoras y salvadoras **significativas** del Reino que inaugura.

Más importante que **la cantidad** de lo que hacemos es **el modo** como lo hacemos. Es vital que ese modo deje transparecer al Señor que actúa a través de nosotros. Ni la acción

desganada, reducida a los mínimos obligados, ni la acción frenética, traspasada por la ansiedad hacen debidamente patente al Señor presente y operante en nuestro ministerio.

Esta convicción ha de inspirar un estilo pastoral diferente, más sosegado y –sobre todo– más ungido por la alegría y por la paz.

Si lo más importante no es cantidad, sin embargo, un cierto ritmo de trabajo es necesario para mantener la tensión espiritual y apostólica. Cuando nos sobran muchas horas, los espacios vacíos se rellenan con el fácil recurso al coche, con largas sesiones de televisión o con ocupaciones que tienen poco que ver con el ministerio. Tales ocupaciones nos cogen el corazón, crean en nosotros nuevas dependencias, gastan unas energías que hemos ofrecido al ministerio. Tal vez algunos de nosotros debamos preguntarnos si no nos sucede algo semejante.

4.- Una espiritualidad acompañada

Nuestra condición secular nos pide vivir en una cierta intemperie. Pero la intemperie de la mayoría de los sacerdotes es, a todas luces, excesiva. Se manifiesta en varios campos.

a) déficit de «lenguaje» (= formas de expresión)

La espiritualidad presbiteral ha sido sometida en los años postconciliares a un despojo de una constelación de prácticas y medios que, con mayor o menor fortuna, venían alimentándola. En esta especie de «caída de la hoja», no todos los medios descuidados han sido tratados con igual justicia. Muchos de ellos, debidamente reorientados y jerarquizados, tienen un puesto en la vida del presbítero. Recuperar algunos de ellos e imprimirles la orientación nacida de la teología del ministerio es algo necesario. Reanudar la oración mental diaria, cultivar ciertas actitudes en las celebraciones, aficionarnos al estudio de la Palabra de Dios, restaurar la costumbre de hacer al final del día una lectura creyente de la jornada... es volver a dar lenguaje a nuestra espiritualidad.

La espiritualidad presbiteral va recuperando identidad, pero todavía no ha encontrado su lenguaje. El lenguaje no sólo expresa lo que se vive; lo estructura e incluso lo alimenta. Cuando es deficitario la vivencia de fondo resulta debilitada y empobrecida.

b) déficit de contraste en profundidad

Todo lo que es interior, valioso y, a la vez, delicado requiere ser contrastado ante un testigo cercano y respetuoso. Él nos ayuda a esclarecer nuestras oscuridades y a objetivar nuestros subjetivismos. Es decir: a discernir.

Este contraste se practica en el sacramento de la Penitencia. Muchos sacerdotes tienen la hermosa costumbre de vivir el sacramento de la Reconciliación con un compañero. Con todo es más que deseable un contraste mayor. Es una práctica poco frecuentada. ¿Significa desinterés por el crecimiento espiritual?, ¿minusvaloración del acompañamiento?, ¿substitución de éste por métodos de revisión en grupo?, ¿pudor de desvelar la propia intimidad?, ¿temor a una dependencia que recuerda antiguas servidumbres?, ¿penuria de personas aptas para acompañarnos?

Tal vez exista algo de todo ello. Personalmente echo de menos maestros de la espiritualidad que por su talla evangélica, su experiencia en las vías del Espíritu, su acogida incondicional, su libertad, su delicadeza y su sensatez merezcan la confianza de los sacerdotes.

c) déficit de comunicación horizontal

La manera de vivir la espiritualidad es, en la mayoría de los sacerdotes, verdadera y auténtica, aunque demasiado solitaria. Incluso a los curas que viven y trabajan en equipo les cuesta mucho más compartir con sus hermanos sacerdotes o laicos las vivencias espirituales

que los bienes económicos y los programas pastorales. Un pudor religioso (¿a veces una pobreza religiosa?) nos inhibe. Este precinto interior no nos favorece en absoluto. Cuando una vivencia se comunica adecuadamente no sólo se expresa, sino que se enriquece sensiblemente. Cuando queda confinada por el pudor o la desgana se empobrece irremisiblemente.

d) *Necesidad de un «acompañamiento» mayor*

Estoy íntimamente convencido de que el presbítero vive aún unas dosis excesivas de soledad material, existencial, espiritual y pastoral. Algunas generaciones fuimos educadas bajo este patrón, al menos implícito. Tal vez la vida ulterior nos ha hecho experimentar más los beneficios secundarios de esta soledad personal y pastoral que los grandes bienes de una vida y ministerio compartidos en una u otra fórmula. La vida y trabajo compartidos llevan consigo un coste en forma de disciplina, de saber ceder, de acoplarnos al parecer de la mayoría, etc. Pero considero una desgracia para nuestra vida y ministerio el nivel de atomismo personal, espiritual y pastoral en el que vivimos.

Promover formas diferentes de vida común, de oración compartida, de proyecto pastoral elaborado, evaluado y realizado en común con un grupo de presbíteros (y de laicos) pertenece asimismo al «paquete» de responsabilidades del obispo y de sus colaboradores inmediatos. De este modo los presbíteros podéis acompañaros unos a otros en vuestra vida personal y pastoral.

En cualquier caso ordinariamente es una realidad la participación activa en las reuniones de arciprestazgo, el interés por una buena información diocesana, las visitas mutuas, la colaboración y ayuda en algunas tareas pastorales. En este punto tienen que mejorar todavía mucho los servicios diocesanos de acompañamiento. Todavía son débiles. Los Retiros que se organizan son valiosos, pero débiles. Las sesiones de Formación Permanente son mejores que las de antaño pero son todavía un alimento insuficientemente nutritivo. La proximidad personal del obispo y de los vicarios son manifiestamente mejorables. La atención a las necesidades materiales debe contar con más recursos. Así lo pide la naturaleza colegial de nuestro ministerio.

Habrà muchas ocasiones en las que este nivel resulte imposible. El temperamento, la historia de agravios sufridos, la costumbre inveterada de solitarismo, la escasa fe en lo común, la alergia a ser encuadrado... harán que muchos presbíteros se sientan poco motivados para salir de su aislamiento y más inclinados a confinarse en su soledad.

5.- Una espiritualidad que favorezca «los espacios interiores»

La teología y la compañía, son apoyos importantes para la salud integral de los presbíteros. Pero no resultan suficientes, sobre todo, en estos tiempos de irrelevancia humana, de desierto espiritual y de poca fecundidad pastoral. Hay sufrimientos personales y pastorales que sólo se curan con una buena infusión de una única planta medicinal: la espiritualidad.

El equipamiento interior ha de ser, sobre todo, espiritual. Ninguna teoría explicativa, por atinada que sea, de nuestra situación; ninguna teología del presbiterado por profunda y estimuladora que parezca; ninguna batería de apoyos diocesanos por valiosos que resulten, pueden suplantar a la espiritualidad. La clave decisiva es la espiritualidad. El problema número uno del presbítero es su espiritualidad. El déficit número uno del sacerdote es, probablemente, su anemia espiritual.

Los «espacios interiores» son necesarios para hacer posible esta espiritualidad. Ellos son los que ponen sosiego interior y exterior en el trabajo, confianza en un cometido apostólico

difícil, fidelidad cuando el fruto es casi invisible. Sin ellos pueden adueñarse fácilmente de nuestra alma dos compañeras molestas y perniciosas: la ansiedad y la fatiga. La **ansiedad** produce un hacer nervioso que pone nerviosos a nuestros colaboradores. La ansiedad frecuente y muchas veces crónica somete nuestro psiquismo a un desgaste muy grande que origina fácilmente la **fatiga**. La fatiga no es un simple cansancio. El cansancio se deshace con el des-canso. La fatiga es algo más. Es cansancio más una cierta alergia provocada por el trabajo en condiciones poco humanas. En ella se entretienen con frecuencia un deje de decepción y un poso de escepticismo. Es ese «burning out» que recogían muchas relaciones previas al último Sínodo sobre los sacerdotes.

Debemos reservar en nuestros encuentros un espacio amplio para la oración personal y comunitaria. Será muy conveniente que, al menos en los momentos fuertes del año, nuestros retiros espirituales no sean una «minijornada» sino un tiempo amplio de al menos media jornada en la cual los curas podamos «parar los motores y engrasarlos». Tendremos que ayudarnos los curas para que todos los sacerdotes de nuestra demarcación (mediante las oportunas substituciones) anualmente dediquen una semana a los Ejercicios Espirituales en los cuales refresquen sus tejidos interiores mediante la escucha intensiva, sosegada y orante de la Palabra de Dios. En casi todas las diócesis que conozco el porcentaje de los sacerdotes que hacen anualmente Ejercicios Espirituales (o retiros equivalentes) se mueve entre el 25% y el 50%. En unos pocos pasa del 75% y se acerca al 100%. Generalmente son siempre los mismos. En consecuencia, una mitad muy larga de nuestros curas lleva muchos años sin haberse bañado en esta experiencia espiritual privilegiada de los Ejercicios. Los efectos a medio y corto plazo son preocupantes. La Diócesis tendrá que ofrecer directores con un «buen hacer» y un nombre reconocidos e invitar con timbre de apremio a los sacerdotes. Pero también por parte de todos vosotros será necesario remontar esa pereza inicial previa que tan bien sabe tejer la excusa de obligaciones pastorales ineludibles. Salvo los motivos de salud personal u otros equivalentes ¿existen motivos suficientemente justificados para que un cura de nuestra Diócesis no haga frecuentemente Ejercicios?

6.- Una espiritualidad de la vida y tarea compartida

«La estructura de nuestro ministerio es esencialmente comunitaria». Esta frase lapidaria y enérgica de PDV nos induce a recordar que todos los presbíteros de una diócesis con vuestro obispo somos un solo sacerdote que historiza en nuestra comunidad el ministerio de Cristo Pastor. No somos apóstoles sino co-apóstoles. No somos obispos, sino co-obispos. No somos presbíteros sino co-presbíteros. Nuestro ministerio no sólo está destinado a generar la comunión en el Pueblo de Dios, sino que él mismo es esencialmente comunión. Somos sacramentalmente hermanos. Nuestra fraternidad específica deriva directamente del sacramento del orden. La comunión en el ministerio se expresa y se verifica en el trabajo pastoral compartido. Los setos que dividen las parroquias, arciprestazgos, vicarías «no llegan hasta el cielo».

La figura noble y austera del presbítero que nos ha legado la tradición reciente nos evoca, al menos en cierto grado «la soledad del corredor de fondo». Hombres recios, sembrados por toda la geografía de la diócesis, responsables y entregados a sus comunidades, incluso buenos colegas (sobre todo en los pueblos) pero marcados en alguna medida por un cierto sello de aislamiento pastoral de sus hermanos los presbíteros. Encontrábamos en ellos un alto coeficiente de individualidad, de soledad y de independencia unido a un concepto de su responsabilidad exclusiva sobre la grey confiada. Los mismos Seminarios estaban orientados a educar en la reciedumbre necesaria para

asumir positiva y productivamente esa tasa alta de soledad que se creía inherente a la existencia concreta de un sacerdote secular.

Más tarde, en torno al Concilio, llegó una corriente de vida común y trabajo compartido. Tal vez idealizado, fue asumido con candor y generosidad por una generación de sacerdotes. Estas realizaciones han decrecido mucho en nuestro tiempo por causas muy variadas. Algunas estallaron violentamente y de ellas salió gravemente herida no sólo la vida común sino la salud espiritual y pastoral de sus componentes.

Hoy, con una reflexión teológica más rica, con una experiencia que nos ha enseñado realismo, en unas circunstancias de penuria cuantitativa de clero que nos obligan a buscar nuevas formas, tenemos que seguir esta ruta comunitaria y corresponsable, marcada por la naturaleza de nuestro ministerio, la edificación de la comunidad y la misma salud integral de los sacerdotes. Los Arciprestes están llamados a colaborar con los obispos y los sacerdotes en el alumbramiento de estas realidades modestas, pero significativas.

En esta búsqueda hallaremos formas variadas. Pero en todas ellas habrá al menos estos tres componentes: la relación humana intensa y distendida, la oración compartida y el programa de trabajo en común. Hemos aludido a los dos primeros componentes. Abordemos el tercero.

Los adolescentes y jóvenes se aglutinan en torno a intensas emociones compartidas. Los adultos se congregan en torno a proyectos de trabajo elaborado, realizado y revisado en común. Los análisis compartidos, los objetivos claros, las acciones concretas, la preparación de las mismas, la evolución realista disipan un oscuro sentimiento negativo: la confusión de no saber lo que queremos, ni dónde estamos, ni si avanzamos o retrocedemos. Esta confusión no es saludable para la vida pastoral ni para la vida espiritual. Un programa realista da moral y favorece la convergencia.

Dentro de su demarcación el Arcipreste tiene la misión de elaborar y seguir, a la luz del proyecto diocesano y del proyecto de la vicaría y con la colaboración de presbíteros, laicos y religiosos, este programa. Quienes se incorporan activamente a él sentirán el bienestar de la claridad y el apoyo de la compañía. Estos dos efectos saludables repercutirán positivamente sobre su moral humana, espiritual y apostólica.

Es deseable, pero moralmente imposible en la mayoría de los casos, que todos los sacerdotes se incorporen activamente a tal programa arciprestal o vicarial. El Arcipreste debe contar con esta realidad. En bastantes ocasiones no será posible ni siquiera la elaboración de un programa mínimo de arciprestazgo. Casi siempre es posible que el Arcipreste convoque en torno a un reducido paquete de acciones compartidas a un grupo de tres, cuatro o cinco sacerdotes interesados en trabajar conjunta y programadamente. Ese bien es menor, pero es mayor que la carencia total de proyecto compartido.

7.- Una espiritualidad afectada por la condición célibe

a) la situación

La sexualidad y la afectividad no son simplemente una parcela de la vida del ser humano. Constituyen, junto con otras, una dimensión que afecta a la totalidad de la persona. La condición célibe es una manera singular de vivir la sexualidad y la afectividad. Por ello, para bien y para mal, repercute sobre la totalidad de nuestra vida y por tanto, también sobre nuestra vida espiritual. Para bien, cuando vivimos positivamente el celibato; para mal, cuando lo vivimos negativamente.

Felizmente la vivencia del celibato es, en una mayoría de los sacerdotes, sincera y aceptable. En un grupo no desdeñable es incluso fina y elegante. En unos y otros el celibato

potencia la vida espiritual y pastoral. No podemos negar, sin embargo, que existe un porcentaje considerable para quien el celibato es hoy una palestra de duro combate en el que son frecuentes la debilidad, el sufrimiento, la regresión a comportamientos arcaicos, incluso la tristeza. Para ellos el celibato es, tal vez, fuente de alguna riqueza; pero también fuente de problemas. Tampoco debemos olvidar que un porcentaje sensiblemente menor vive en este área del comportamiento una doble vida más o menos encubierta.

El intenso entorno erótico creado por nuestra sociedad hace del celibato una realidad más preciosa y a la vez más delicada. La sobrecarga de estímulos eróticos y la mentalidad contraria al celibato provocan una dificultad mayor. Educarse para el celibato y dejarse acompañar en el celibato se tornan tareas muy importantes.

b) *Ayudar a comprender y vivir la condición célibe*

Generalmente la educación que hemos recibido para asumir una vida célibe por el Reino de Dios es bastante pobre. Muchos de los curas de hoy hemos recibido a lo largo de nuestra formación una educación sexual y afectiva muy elemental y no siempre correcta. Nuestros conocimientos de antropología sexual y afectiva no son ni extensos ni precisos. Muchos desconocemos la reflexión de la antropología acerca de la posibilidad, la validez y la nobleza humana del celibato. Recibimos en su día en esta materia una educación moral rigurosa. Los nuevos tiempos se han encargado de criticar esta educación moral. Pero no nos han ofrecido en todos los casos una educación moral alternativa. En consecuencia el mensaje teológico y espiritual acerca del celibato recibe de nosotros un asentimiento no exento de toda sospecha. Además el cambio tan grande en las costumbres sexuales ha provocado en el clero una cierta perplejidad a la hora de acertar con un comportamiento exterior coherente por una parte con nuestra condición célibe y adaptado por otra a la nueva situación social. No siempre estamos seguros de que nuestro comportamiento no resulte excesivamente permisivo o demasiado riguroso. Los hábitos de la comunicación transparente de nuestro mundo interior o privado en este punto se han interrumpido, si es que alguna vez estuvieron arraigados en muchos de nosotros. No nos resulta fácil encontrar personas cualificadas y espirituales con las que comunicarnos en profundidad acerca de esta dimensión de nuestra vida y nos debatimos por ello con frecuencia entre el permisivismo actual y el rigorismo pasado, entre la «normalidad» y la culpabilidad. Tal vez el sacramento de la reconciliación es el único lugar en el que entreabrimos este mundo interior, pero sin dedicarle la atención pausada que tal mundo reclama.

Resulta necesario brindar a nuestro presbiterio un servicio que le ayude a comprender mejor las claves antropológicas, teológicas, morales y espirituales del celibato y a vivirlo de manera más sana, más serena y más gozosa.

Pueden ayudar a comprender esta realidad preciosa y delicada unas Jornadas en torno al tema. En sesiones sucesivas deberían tratar la antropología, la teología, la moral y la espiritualidad del celibato y ofrecer los criterios teóricos y prácticos adecuados.

La experiencia comprueba que para una vivencia más sana, más serena y más gozosa del celibato resulta necesaria o sumamente conveniente la comunicación transparente ante un testigo cercano, respetuoso, espiritual y... competente. La sexualidad y la afectividad son instancias de **comunicación** que sólo se potencian **comunicándose**. Quienes por opción hemos renunciado a una comunicación **corporal y gestual** determinada necesitamos todavía más una comunicación **verbal** en el contexto de la intimidad y la confianza. Sin ella los problemas se encasquillan y, lejos de progresar, podemos retroceder a lo largo de los años. Acoger esta comunicación de nuestros compañeros es una tarea que podemos realizar algunos de nosotros.

TESTIMONIO DE UN SACERDOTE

Pbro. Raúl Troncoso
(Diócesis de Azul)

1. INTRODUCCIÓN

Un elemento enriquecedor para nuestra formación permanente es seguir descubriendo Pastores de nuestra Iglesia que fueron incorporando a su vida consagrada el contenido de aquella exhortación que nuestra Madre la Iglesia nos reclama en nuestra ordenación: «...**Anuncia a todos los hombres la palabra de Dios que has recibido, medita la ley del Señor, cree lo que lees, enseña lo que crees, practica lo que enseñas...**» (Pontifical Romano).

Monseñor Vicente F. Zaspe es uno de los modelos recientes que encarnó en su vida sacerdotal este deseo y exigencia como respuesta al llamado del Señor...

Muchos conocen su vida, quizás más de lo que pueda transmitirle. Su participación en Medellín (en la Conferencia Episcopal Latinoamericana) en 1968; en 1971 en el Sínodo de los Obispos sobre el sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo; en 1973, Delegado personal del Papa Pablo VI en la Diócesis de La Rioja; por pedido de Pablo VI predica los Retiros Espirituales al Episcopado y Clero de Cuba en 1976; en ese mismo año asistió en Ecuador al Encuentro de Pastoral Indígena, respondiendo a una invitación del Obispo del lugar, habiendo sido encarcelado junto a otros Obispos y expulsado del país. Su participación en Puebla (1979), siendo uno de los redactores del documento final. En forma alternativa ejerció la Vicepresidencia del Episcopado. Un Pastor que trascendió su Diócesis.

El tiempo y el conocimiento de su vida, sus escritos y su labor pastoral nos irán dando una imagen más ordenada, profunda, completa y enriquecedora de este hijo de la Iglesia, que entregó su vida al servicio de Dios y de los hermanos.

Esta pequeña reseña tiene como intención transmitir la vivencia de mis primeros años sacerdotales que transcurrieron en su cercanía; desde que me impuso las manos en la ordenación sacerdotal hasta su partida a la Arquidiócesis de Santa Fe. Escasos siete años, pero que marcaron para siempre mi vida sacerdotal.

Desde su presencia en la diócesis, se comienza a vivir de una manera distinta. Su estilo sencillo y transparente, su humor creativo, su preocupación por todo lo humano y eclesial, y por todos los miembros del pueblo de Dios: sacerdotes, religiosas y laicos, unida a su comprensión exigente hace posible encontrar una Iglesia renovada, un Pastor que conoce, reúne y conduce a su estilo la nueva Diócesis.

Algunos hechos que recuerdo permanentemente pueden ayudar a interpretar la vida y el alma de este Pastor.

2. DATOS DIOCESANOS DONDE EJERCIÓ SU MINISTERIO

La Diócesis de Rafaela, Pcia. de Santa Fe, fue creada el 16 de abril de 1961. Comprende tres departamentos o partidos: Castellanos, 9 de Julio y San Cristóbal, de 38.180 km² de superficie, con 232.631 habitantes. Monseñor Vicente Faustino Zaspe fue su primer Obispo. Todo un acontecimiento. Un nuevo Obispo: admiración, expectativas, añoranzas y temores por parte de algunos, esperanzas en otros.

Su capacidad como su simplicidad y sencillez provocó adhesión en la mayoría. Despertó confianza y cercanía. Una autoridad servicial, unida a la fuerza de su personalidad y deseos de fidelidad. Ayudó a poner en marcha a esa porción del Pueblo de Dios, la nueva Diócesis.

Los datos geográficos apuntados nos ayudan a ver su extensión territorial, cantidad de habitantes; son la base para una interpretación de su constitución humana, económica, religiosa, etc. ... Una diócesis con una zona desarrollada, con centros de formación, posibilidades educativas y económicamente fuerte, con una numerosa inmigración italiana y su contrapartida una zona geográficamente extensa, población dispersa, pobre y dependiente y en su mayoría nativos con resabios de la Antigua Forestal en el orden laboral.

El esfuerzo constante y paciente de Don Vicente hizo posible una toma de conciencia progresiva, en el clero, de esa realidad, y la necesidad de una dimensión misionera de esa Iglesia Diocesana.

3. PATERNIDAD SACERDOTAL

Siempre recuerdo su visita primera al Seminario de Santa Fe –año 1961–; estábamos acostumbrados a ver al Arzobispo una o dos veces al año, donde nos hablaba a todos los seminaristas juntos. El nerviosismo propio del primer encuentro. En respuesta: encontrar un Padre comprensivo, alegre y cariñoso, queriendo interiorizarse de la vida, intereses, deseos y proyectos de la cercana vida sacerdotal. Desde ese mismo instante comencé inconscientemente a valorar y a ubicar la necesidad del acompañamiento sacerdotal. Acompañamiento que respetó la libertad, sin anticiparse a la iluminación del espíritu como a las opciones que fui tomando en mi vida sacerdotal, enriquecido por el diálogo y la confianza en todos los años que lo tuve como Obispo.

Utilizó todos los medios a su alcance para ayudarnos a descubrir que el motivo de nuestra consagración era el Señor Jesús; visitas permanentes a todas las parroquias y lugares donde ejercíamos el ministerio, interiorizándose por nuestra vida sacerdotal y la de nuestras comunidades. Comprensión y exigencias para seguir creciendo y madurando, eran el contenido de sus encuentros. Preocupación por la vida y tiempo de oración, lectura de la Palabra, rezo de las Horas, el descanso necesario, proyectos pastorales, situación social, organización de las comunidades, teniendo siempre prioridad la formación y marcha de los jóvenes. Un constante interés por la asistencia y participación en los Retiros Espirituales y Semanas Pastorales, ponía empeño para buscar ordenadamente a quienes tuviesen la responsabilidad de dirigirnos: la presencia reiterada del P. Lucio Gera y el P. Carmelo Giaquinta, el equipo de Pastoral Social de los Padres Jesuitas, etc., etc., iluminaron y nos ayudaron a crecer personalmente y como presbíteros; la constitución del Consejo Presbiteral; la división de las Diócesis en vicarías o decanatos, y su organización; sus reuniones mensuales, donde tratábamos de ver la realidad pastoral y se crecía en diálogo y amistad, fueron gestos paternales y pastorales que nos dieron nuevos impulsos y vida. Todos estos cambios en tan poco tiempo crearon también problemas o situaciones personales no fáciles. Su paciencia y constancia hacen posible ubicar los acontecimientos, para continuar el camino de fidelidad pedido y querido por la Iglesia.

Largos diálogos para resolver situaciones personales: siempre contestaba nuestras cartas, alentándonos siempre, tratando de insistir en nuestra identidad sacerdotal. Cuidaba que en la acción pastoral no se infiltraran criterios que no fueran los evangélicos.

4. SU CORAZÓN MISIONERO QUE ABARCABA A TODOS

Desde el principio impulsó los movimientos laicales, tomándose el tiempo para consolidar lo existente, transformar y dar vida a lo que había perdido fuerza y entusiasmo, creando e incorporando a hombres y mujeres que necesitaban tomar conciencia de su compromiso bautismal para crecer, madurar en su respuesta al Señor y convertirse en militantes del Reino. Los ejemplos simples corroboran esta actitud y corazón misionero.

El Movimiento Rural: fue uno de los medios para la evangelización del campo –una diócesis en su mayoría rural–. Cursos de capacitación a quienes iban a trabajar en esos lugares y capacitación a las personas del lugar, formación de grupos, misiones rurales, jornadas con la gente del campo, reuniones evangelizadoras en capillas y escuelas, fueron una de las tantas expresiones de un corazón de Pastor que hacía imprimir en su vida aquellas actitudes de Jesús, coincidente con la mirada de Dios Padre: *«de la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños»* (Mt 18,14).

Las Misiones en el Departamento 9 de Julio: la zona más pobre de la diócesis, distancias enormes. El único transporte seguro, el tren de Trocha Angosta –una sola parroquia en casi 21.000 km²–, cerca de doce lugares fijos de atención, parajes y escuelas incontables que visitábamos, muchas dificultades de comunicación.

Progresivamente se fueron incorporando personas que, viendo las necesidades extremas, sintieron la responsabilidad de misionar. Pablo VI decía: *«Una Iglesia que no misiona deja de ser Iglesia»*. Adultos, jóvenes, familias, religiosas; junto a nuestro Obispo se comenzó la gran tarea.

Don Vicente nos entregaba criterios: recorriendo poblaciones y parajes, celebrando la Eucaristía, bautizando, predicando, visitando casas (para bendecirlas), dialogando, acompañando a los enfermos, siempre junto a los que lo necesitaban; su opción era clara.

Quería como Jesús: *«...tengo también otras ovejas que no son de este redil; también a esas tengo que conducir y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor»* (Jn 10, 16).

Su presencia constante que implicaba tiempo, viajes,... fueron el corazón que transmitía vida y al Señor que acompañaba a aquellas personas y comunidades.

Lo que llama la atención, los innumerables recursos para estar con la gente, la sensibilidad de su corazón de pastor y el deseo constante en dejarse amar por Dios y amarlo al Señor. Toda esta vida fue marcando nuestra vida.

5. PASTOR GENEROSO EN LOS MOMENTOS DIFÍCILES

Todos sabemos los años difíciles que vivió nuestro país y también nuestra Iglesia. No fue fácil ser fiel y vivir las consecuencias de serlo.

Dar respuestas a las exigencias y reclamos de personas y comunidades era riesgoso. Asumir posturas y decisiones desde el Evangelio implicaba: críticas sistemáticas, ser marginados en los centros donde se forma opinión, sentirse acallado. Era casi heroico hablar y reclamar cuando muchos callaban.

La presencia de Monseñor Zaspé reclamando libertad y vida en los lugares donde se decidía el presente y el futuro de muchas personas; las denuncias permanentes de los ataques a la dignidad de las personas lo volvió para muchos sospechoso de sus actitudes como Pastor.

Los reclamos que consistían en pedir informes sobre personas y situaciones, visitar lugares de detención, soportar negaciones sobre el paradero de dirigentes cristianos eran las cargas que durante años se transformaron en cruces fuertes y pesadas. Compartir el dolor y agotar todos los medios de búsqueda de padres cuyos hijos estaban desaparecidos, fue como vivir las caídas de Jesús en su camino hacia el Calvario.

El dolor de su corazón de una Iglesia que como cuerpo no expresó suficientemente una respuesta a la situación no lo desanimó para continuar expresando privada y públicamente las palabras y actitudes que Jesús nos dejó en el evangelio.

También el tiempo hará posible recopilar muchos testimonios (quizás más de lo que podemos imaginar) de personas, familias e instituciones que sintieron la preocupación y la cercanía de este pastor generoso y misericordioso en tiempos difíciles.

Cerrando esta breve y sencilla descripción de algunos aspectos de este Padre y Obispo que acompañó los primeros pasos de mi vida sacerdotal, transcribo una carta que hace muy poco tiempo me envió fotocopiada un preso al que Monseñor le escribía contestándole a un pedido.

«Contesto tus dos cartas: una del 9 de septiembre y otra del 26 de octubre.

En ellas vuelves a reiterar el deseo de un traslado a Rosario, a fin de salvar la vida familiar.

Esta mañana hablé con el Juez Federal y me dijo que no depende de él este tipo de traslado y que, por otra parte, la distribución de los detenidos se hace por cárceles adecuadas. No veo por donde pueda obtener el cumplimiento de tus deseos.

Comprendo el drama que estás viviendo, después de diez años de detención.

También tu carta de octubre, habla de la negación del bautismo a tu hijo, que quiere tomar la comunión y no está bautizado.

Yo hablé el otro día con quien corresponde al respecto y él no recordaba la situación.

En la conversación yo no retuve tu apellido y quizás por eso él no recordaba el asunto. Pero insistiré nuevamente.

Tus dos cartas expresan una situación dramática con la cual me solidarizo, porque comprendo lo que significa para vos la detención, sabiendo que los problemas familiares se agudizan cada día más.

Voy a pedir por otro lado, aunque no te aseguro el éxito de la gestión.

Todos esperamos que en la actual coyuntura política se flexibilicen las cosas, y pedidos como el tuyo se concedan, pero hasta el momento sigue la dureza y la burocracia como respuesta.

Comprendo el drama de tu vida ante la distancia de tu esposa y de tu hijo y la pobre correspondencia con ella.

Sobre todo pienso que el chico está creciendo sin el conocimiento de un padre, que reforzaría la educación que le imparte tu esposa.

Volveré a insistir pero tengo muy pocas esperanzas de responder a tus expectativas.

Te dejo con verdadero afecto y pido a Dios que pueda escribirle a tu hermano alguna noticia positiva y dártela también directamente a vos.

Te dejo con el afecto de siempre.

MONS. VICENTE F. ZASPE - Arzobispo de Santa Fe

Ojalá estas líneas alienten a otros que conocieron a Mons. Vicente Zaspé a escribir otros valores que este Pastor de nuestra Iglesia supo vivir y transmitir, aportando más al descubrimiento de Consagrados que cercanos a nosotros son imágenes y modelos de respuesta al Amor del Señor.

TESTIMONIO DE UN LAICO

José Ignacio López (Adrogué)

Nunca pude dejar de llamarlo padre. ¿Qué mejor que decirle padre a quien encarnaba con tanta fidelidad su misión sacerdotal? Porque eso fue -eso es- Vicente F. Zaspé, un sacerdote cabal.

Aquellos que siendo niños nos encontramos con él cuando llegó a la parroquia de Santa Rosa de Lima, en Buenos Aires, íbamos a ser beneficiarios de sus primicias sacerdotales y, a la vez, testigos privilegiados de las primeras expresiones de una vocación arraigada en el profundo encuentro con Jesús que se expresaba en una generosa disposición de entrega a la Iglesia.

Su alegría, sus ocurrencias, su humor siempre a flor de piel, su canto fácil nos ganaron entonces como después lo harían su reflexión honda, su vida austera, su palabra valiente y siempre actual y, en definitiva, ese ardor apostólico, ese empeño evangélico que lo llevaba a cuestionarse y a cuestionar.

Un denodado empeño por hallar el mejor modo de servir al hombre de este tiempo en todas sus angustias y necesidades, fue la clave de su afán sacerdotal. De ahí su afanosa y constante búsqueda de actitudes, métodos y lenguajes capaces de sortear mediaciones, despejar escollos y eludir atajos para facilitar a todos la llegada directa al Evangelio.

La charla directa, el encuentro aun fugaz, la carta más tarde, fueron instrumentos privilegiados de su actividad pastoral. ¿Cómo no habría de serlo, entonces, el confesionario? Por años, las colas particularmente de jóvenes, identificaban rápidamente dónde estaba el padre Zaspé, fuera en Santa Rosa, primero, como en Nuestra Señora de Lourdes o Luján Porteño, después, donde fue, sucesivamente, párroco, antes de ser designado primer obispo de Rafaela.

Abierto como estaba a sentirse cuestionado por los cambios de la época y dispuesto tanto a juzgarlos críticamente desde el Evangelio como a procurarles la respuesta pastoral más adecuada, ninguno de los fenómenos de este tiempo resultó ajeno a su inquietud y a su preocupación de pastor. Desde el secularismo hasta los problemas de la educación y la familia pasando por los rasgos más acuciantes de la realidad social y política hallaron espacio en su prédica. ¡Cuántas parejas en dificultades supieron de su preocupación, de su asistencia y de su oración constante! ¡Cuántos separados y separadas encontraron su comprensión que sabía armonizar la firmeza de las convicciones con el gesto tierno y la solicitud paternal! La suya fue siempre una actitud misionera, abierta al diálogo. Siempre rehuyó la presunta comodidad de los núcleos cerrados y prefirió el riesgo de salir a la búsqueda.

No bastaba con atender solícitamente y predicar a los que llegaban a esta o aquella parroquia, a esta o a aquella institución. Siempre buscó más allá.

Así quedó como fruto, en aquellos primeros años de sacerdocio, su campaña de predicación callejera «Jesucristo, dijo». Él había preparado los guiones y él dio el impulso para que durante algunos años un puñado de sacerdotes y laicos dedicara un rato de la tarde dominical a hablar y dar testimonio en plazas porteñas.

Años después, serían sus memorables charlas radiofónicas, aquellos mensajes dominicales que en tiempos aciagos de muerte, intolerancia y falta de libertad, se fueron convirtiendo en expresión de valentía, ámbito de denuncia, reclamo de justicia y llamado a la auténtica reconciliación.

Desde siempre, supimos de su cotidiano esfuerzo por vincular la fe con la vida, por hurgar en la tierra y en las angustias más hondas del ser humano.

No hubo problema o alegría, esperanza o angustia de la mayor parte de los argentinos a la que él no aplicara su mirada de pastor. Los diarios, las revistas, la televisión nutrían sus homilias y sus mensajes. Y fue más allá: a buscar bajo la superficie, a veces distorsionada, la realidad de los fenómenos permanentes, de las actitudes perdurables. La «Argentina secreta» fue una de sus frases más felices, precisamente acuñada para exhibir el fruto de una auténtica pasión pastoral puesta al servicio de desentrañar la realidad con la óptica profunda y trascendente del Evangelio.

¿Cómo no habría de mantener fresco e intacto su poder de comunicación con los jóvenes y con los más pobres y sencillos?

Su vocación sacerdotal, surgida del cenáculo de la JAC (Juventud de Acción Católica), creció y se desarrolló entre los laicos.

A ellos supo alentar, interpelar y respetar. Invitaba a la Eucaristía y a la oración como fuentes de todo compromiso; testimoniaba el sacrificio, la austeridad y la alegría de la entrega fraterna. Huyó de cualquier forma de clericalismo y así como prestaba su aliento constante al compromiso temporal del creyente, procuró hallar y cultivar el modo de acompañar –sin paternalismos ni instrumentación– a aquellos que al impulso de la prédica de la Iglesia asumían el riesgo de vivir la fe en la universidad, en las fábricas, en la política, en los sindicatos, en los hospitales, en las organizaciones intermedias; en fin, en el mundo secular. Más que pregonarla se esforzó por respetar la autonomía de lo temporal. Por eso, buscaba opiniones, escuchaba, admitía que en ese campo eran propios del laico los riesgos del pionero.

Tal vez pudo así hacerlo porque él asumió en fecundo silencio el aguijón de la calumnia como el dolor de la incomprensión de los suyos. Hoy todavía está abierta la posibilidad de impedir el peor de esos abandonos, el de olvidar sus mensajes, el de pretender enterrar el enriquecedor testimonio de su existencia.

Muchas de sus páginas, su vida misma, son un abierto legado para los laicos.

Quizás por la elocuencia que le era tan propia como por ser fruto de su madurez sacerdotal, bien valga solo una propuesta: volver a aquellas bienaventuranzas que compuso para el Congreso Mariano de Mendoza. Allí aparece, como siempre, predicando a Jesucristo. Como en aquellos primeros años de Santa Rosa cuando al cabo de un día agotador, bien tarde, veíamos la luz de su cuarto todavía encendida: leía o escribía. Fue cuando aprendimos a verlo con idéntica entrega, preparando una canción para el fogón del campamento, confesando hasta cualquier hora, visitando a un enfermo, o con el templo cerrado y a oscuras, haciendo su última «visita» del día.

CARTA DE MONS. VICENTE ZASPE A TODOS LOS SACERDOTES DE LA DIÓCESIS

En Roma el 4 de Noviembre de 1963.

Vicente Zaspe - Obispo de Rafaela

Estimados sacerdotes:

Quiero aprovechar estos 4 días de vacaciones conciliares, para escribirles un pequeño comentario de lo sucedido. Si para los fieles me parece un deber, para con Uds. es una confidencia. Dejo lo anecdótico para reflexionar sobre los temas.

LÍNEA GENERAL DEL CONCILIO

La experiencia de la primera sesión; los trabajos preliminares a la segunda; los esquemas rehechos totalmente o muy reformados, y sobre todo, el discurso de apertura del Papa, han marcado definitivamente al Concilio en una línea de apertura pastoral y teológica; sinceridad de planteos; revaloración de muchas cosas y abandono definitivo de otras. Más de una vez he sentido una sensación de inestabilidad teológica, frente a la cual, las renovaciones pastorales que conocemos en la Argentina –catequesis; liturgia; nuevas formas de apostolado– no merecen llamarse renovaciones. Anoto algunos ejemplos para ilustrar. Se expuso como una forma más adecuada a la realidad y a la experiencia, la separación de la Iglesia y del Estado, contra todo lo que hemos estudiado hasta hoy. Nada más que exponer.

Se pidió modificar la formulación del Concilio Vaticano I, sobre la infalibilidad pontificia. La forma de la definición, no su contenido. Se pidió perdón públicamente –el mismo Papa lo hizo– por los pecados y errores de los católicos, en el proceso de la reforma protestante.

Se han traído los laicos al Concilio y sus criterios llegan al Aula a través de los Obispos. Se ha pedido la presencia de mujeres. Se ha sostenido la necesidad de un diaconado, sin exigencias celibatarias. Se ha afirmado que la actual actuación del Obispo en Occidente – casi un delegado del Papa– está muy lejos de la Iglesia primitiva y es un obstáculo a la unión con los ortodoxos. Se ha puesto en tela de juicio las prerrogativas de los Nuncios y se ha sostenido que la Iglesia debe ser más pobre y ocuparse más de los pobres. La lista seguiría, pero los cansaría. Es evidente que muchos aspectos jurídicos desaparecerán o se modificarán notablemente. La idea dominante es que quede más en relieve la pneumatología de la Iglesia: su vida y dinamismos evangélicos. Que lo jurídico canalice y destaque el fondo de la Iglesia; que no lo ahogue.

Por otra parte se han afirmado otros valores: la Palabra de Dios, como fuente de la vida cristiana; la aspiración a la santidad en los fieles pero en primer lugar, en los Obispos y en los Sacerdotes. Vivir más la pobreza evangélica. Imitación exhaustiva de Jesús. Todo sacerdote debe llegar a ser un contemplativo. Nada de meditaciones espaciadas o cortas. Largos ratos de oración. Mortificación que nos configure al Crucificado. Valoración de la Iglesia Diocesana. También aquí la lista se alargaría demasiado.

ESQUEMA DE LITURGIA

Prácticamente está aprobado. Es el intento –en el plano de la Liturgia– de una Iglesia que se exprese, viva y actúe como una familia. Que todos participen; que todos entiendan; que las acciones litúrgicas «signifiquen» la fraternidad evangélica. El lenguaje –vehículo de

ese intento– ha de ser la raíz bíblica, pero de una sintonía acentuada con el vivir de cada día.

ESQUEMA «DE ECCLESIA»

La discusión fue profunda; pero lenta y cansadora. Se llegó a un callejón sin salida, del cual se salió por la histórica votación que ya conocerán por los diarios.

El Concilio Vaticano I, pudo solamente definir el Pontificado. Este hecho configuró una Iglesia, casi exclusivamente Papal. El Cuerpo Episcopal gravitó muy poco en la estructura, lo cual trajo serios inconvenientes, dentro y fuera de la Iglesia, v.gr.: cisma de los viejos católicos alemanes; resentimientos con la ortodoxia; retención de innumerables facultades por parte de la Santa Sede, etc. La histórica votación del 30 de Octubre iluminará una Iglesia más apostólica. Pedro será siempre el fundamento, pero junto a él y bajo él, estará toda la riqueza apostólica del Cuerpo Episcopal. La Diócesis, recibirá también una luz nueva. La vida eclesial, aparecerá con otro dinamismo y otras dimensiones. El Derecho Canónico, exigirá otras figuras canónicas, que expresen este acontecimiento.

DIACONADO

Permaneciendo siempre dentro del ámbito de la Iglesia, se pasó de la Colegialidad Episcopal al Diaconado. Se pidió su restauración por necesidad pastoral y por un reencuentro con la Iglesia primitiva. El diácono tenía una ubicación sacramental-pastoral propia, la cual no era anulada por el presbítero, como ahora. La Iglesia de Oriente lo ha conservado. La discusión se hizo dramática, por el aspecto no celibatario. ¿No sería la puerta a un presbiterado con posibilidades matrimoniales?

LAICADO

De las autoridades, se bajó a los seglares. Su integración activa en la vida eclesial, surge de su condición sacerdotal. Se trata –por supuesto– de un sacerdocio analógicamente diferente del ministerial, pero que funda derechos y obligaciones a una intervención muy diferente de la que estamos acostumbrados. Creo que esta revaloración cambiará mucho la vida de la Iglesia, dentro y en medio del mundo.

SANTIDAD

El estudio penetró el fondo de la Iglesia. ¿Qué vida tiene?– ¿Qué es la Iglesia en sus napas profundas?– COMUNIDAD DE VIDA TRINITARIA. De Cristo –órgano capital– y por animación misteriosa del Espíritu Santo, esa es la vida normal de la Iglesia y de sus miembros. Sobran los comentarios.

LA SANTÍSIMA VIRGEN Y LOS SANTOS

Se votó –a pesar de recursos panfletarios– que la Santísima Virgen y los Santos, deben ser presentados dentro del inmenso y rico cuadro de la Iglesia. Ya conocemos las desviaciones de algunas devociones marianas o de ciertos santos. No se trata de disminuirlos sino de ubicarlos.

GESTIONES EN EUROPA

Conseguí otro sacerdote español y dos seminaristas. Renové las gestiones con Obispos Italianos y las comencé con Canadá y Francia.

DESPEDIDA

La concisión no evitó la longitud. Por eso ahorro las expresiones de afecto que la lejanía aumenta. Recen y hagan rezar por el Concilio. Si se acuerdan les pediría que se acordaran de mí. No ando muy bien de salud.

Trasmitan a las religiosas, mis expresiones de estima.

Los bendigo con afecto.

Crónica: ACTIVIDADES DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE MINISTERIOS

La Conferencia Episcopal Argentina, a través de su Comisión de Ministerios, ha dado varios pasos en orden a la atención pastoral de los presbíteros, en el campo específico de la formación permanente.

1. En la reunión de la Comisión Permanente de la CEA del pasado mes de marzo se aprobó el Reglamento del **Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros**. Se trata de un organismo dependiente de la CEMIN destinado a colaborar con dicha Comisión, en la tarea que le es propia, en el ámbito de la formación permanente de los presbíteros del país.

Para cumplir con ese fin al Secretariado le compete estudiar, por encargo de la CEMIN, lo relativo a la vida y el ministerio de los presbíteros, organizar y ejecutar distintos servicios en relación a la formación permanente e impulsar la tarea de los Responsables de la formación permanente en las diócesis mediante cursos, encuentros e intercambio de experiencias.

El Secretariado está integrado por delegados de las Regiones Pastorales, dos peritos y un Director, está presidido por los obispos que tienen a su cargo el tema presbíteros en la CEMIN (Mons. Carlos Nãñez y Mons. Alfredo Disandro). La actual conformación del Secretariado es la siguiente:

Delegados Regionales:

NOA: Pbro. Arsenio Barrionuevo (Jujuy)

NEA: Pbro. Efrén Agretti (Reconquista)

CENTRO-CUYO: Pbro. Daniel Manresa (Mendoza) y Carlos Tissera (Río Cuarto)

LITORAL-ENTRE RÍOS: Pbro. Daniel Silguero (Paraná)

BUENOS AIRES: Pbro. Enrique Eguía Seguí (Buenos Aires)

PLATENSE: Pbro. Daniel Moreno (Quilmes)

PATAGONIA-COMAHUE: Pbro. Mario Vidmar (Comodoro Rivadavia)

Peritos: Mons. José Rovai (Córdoba)

Pbro. Carlos Galli (Buenos Aires)

Director: Mons. Carlos Franzini (San Isidro)

2. **IIIº Encuentro Nacional para Responsables de Clero**. Este encuentro fue organizado por la CEMIN y el Secretariado Nacional FPP y se realizó en Cosquín (Pcia. de Córdoba) del 18 al 22 de mayo próximo pasado. Del mismo participaron 48 presbíteros, procedentes de 28 diócesis del país¹; 4 presbíteros invitados (dos de la Comisión de Clero del Uruguay y uno de la de Chile y un representante de la OSAR); 4 integrantes del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros y 3 Obispos (Mons. Baldomero Martini, Mons. Carlos Nãñez y Mons. José María Arancibia). El Señor Cardenal Primatesta presidió la celebración de la Santa Misa en una de las jornadas.

Los expositores fueron Mons. Juan María Uriarte, Obispo de Zamora y Presidente de la Comisión de Clero de la Conferencia Episcopal Española, y don José María León Acha,

Director del Secretariado de dicha Comisión. El primero expuso sobre las distintas etapas de la vida ministerial y las posibles vías de atención pastoral a cada una²; mientras que el segundo presentó distintos servicios para la formación sacerdotal permanente que se ofrecen en España, tanto a nivel diocesano como nacional. Tanto el clima de seriedad en el trabajo y de cordial fraternidad entre los participantes, como la calidad de los expositores y su disposición a colaborar en la tarea del cuidado pastoral de los sacerdotes contribuyeron a que se haya podido hacer una evaluación altamente positiva, tanto por parte de los organizadores como de los participantes.

Las exposiciones y el intercambio entre los participantes permitieron hacer algunas constataciones sobre distintos aspectos de la vida sacerdotal. La vida y el ministerio de los presbíteros reclaman una atención peculiar; esto requiere en la Iglesia encarar algunas acciones concretas que den respuesta a esas demandas; a las acciones particulares o de grupo deberán acompañar las promovidas por las diócesis y en varios casos por servicios supradiocesanos. Asimismo ha aparecido la necesidad de dedicar “agentes” cualificados (es decir, con tiempo y preparación específica) para este servicio pastoral, obviamente dentro de los límites que impone la realidad eclesial del país.

El II° Encuentro (La Falda, junio de 1996)³ había ayudado a constatar la necesidad de encarar la pastoral sacerdotal desde un equipo, y no sólo como tarea del Responsable. Este III° Encuentro ha puesto más en evidencia la complejidad de la tarea en virtud de las características diversas de cada una de las etapas de la vida ministerial. No es lo mismo atender pastoralmente a un sacerdote joven, que a un anciano; cada etapa presenta sus posibilidades, sus riesgos, sus necesidades... Por tanto las respuestas serán más apropiadas cuanto mejor atiendan a las peculiaridades de cada etapa.

En lo que les corresponde, tanto la CEMIN como el Secretariado Nacional FPP han manifestado su disposición a colaborar con las diócesis en esta tarea vital para la vida de la Iglesia. Todo lo que se haga para favorecer un ministerio más pleno y fecundo de los presbíteros reportará un evidente beneficio para toda la comunidad cristiana.

3. Taller para Párrocos. En la localidad de Villa Allende (Pcia. de Córdoba) se realizó el primer Taller para Párrocos de este año. El próximo se realizará en Pilar (Pcia. de Buenos Aires), del 21 al 25 de septiembre. Por medio de este Taller se busca ofrecer elementos formativos para la gestión de jóvenes párrocos en el campo teológico-espiritual, jurídico, administrativo y organizacional. El Equipo responsable del Taller está integrado por participantes de anteriores Talleres⁴ y cuenta con la colaboración de Profesores de las Facultades de Teología y Derecho Canónico de la Universidad Católica Argentina y con Profesionales del Equipo animador del proyecto Compartir.

Quienes deseen ampliar esta información o ponerse en contacto con el Secretariado Nacional FPP pueden dirigirse personalmente o por correo a Suipacha 1034 -1008 Buenos Aires. Teléfono: (01) 328-0859/2015/5823/0993; fax: (01) 328-9570

1. Las diócesis presentes fueron: Alto Valle, Azul, Buenos Aires, Concepción, Córdoba, Formosa, Gualguaychú, Jujuy, Mendoza, Merlo-Moreno, Morón, Nueve de Julio,

Posadas, Quilmes, Resistencia, Río Cuarto, San Francisco, San Isidro, San Justo, San Martín, San Nicolás, San Roque, Santa Rosa, Santo Tomé, Tucumán, Venado Tuerto, Viedma y Villa María

2. La estructura fundamental de estas exposiciones está presentada en los artículos de Mons. Uriarte publicados en Pastores: “*Crecer como personas para servir como pastores*” (Pastores N° 6, agosto de 1996, pp.22-36) y “*Madurar espiritualmente durante toda la vida*” (Pastores N° 10, diciembre de 1997, pp. 17-32)
3. Se publicó una crónica de este encuentro en Pastores N° 6, agosto de 1996, pp.40-41.
4. El primer taller “piloto” se realizó en San Miguel (Pcia. de Buenos Aires) en octubre del año pasado; se publicó una crónica del mismo en Pastores N° 11, mayo de 1998, p.59.

RECENSIONES

«CLERIGOS» en debate

José Ignacio González Faus, Carlos

Dominguez Morano, Andrés Torres Queiruga PPC. Madrid. 1996.

Se trata de un libro que reúne tres trabajos, nacidos en un contexto de “amistad y colaboración” como señalan sus autores, con ocasión de la obra de Eugen Drewermann, titulada *Clérigos, Psicograma de un ideal*. Trotta, Madrid, 1995. (El original en alemán es de 1989 y se constituyó en un verdadero best seller.) Los tres trabajos hacen una lectura respetuosa y fuertemente crítica a la vez. Todos coinciden en decir que Drewermann ha puesto el dedo en una llaga y que sería un grave error que la Iglesia por reaccionar frente a sus exageraciones dejara de lado las situaciones reales que plantea. El “caso Drewermann” en su versión periodística y en la controversia con su obispo puede terminar sepultando la intención primordial de su obra: buscar formas de vivir la consagración y el ministerio que sean verdaderamente humanas, y modificar en la iglesia estructuras y modos de relación que oprimen a las personas. González Faus desde una perspectiva teológica, pero en un tono coloquial y epistolar plantea en primer lugar la inaceptable generalización que hace Drewermann de los “clérigos” constituyendo a éstos en una caricatura deformada que reúne tantos rasgos negativos que termina por ser una abstracción; y aunque la intención del autor sea “salvar” a sus hermanos de tantas estructuras despersonalizantes, el tono es tan ofensivo y sin atenuantes que termina demoliendo a quienes pretende salvar. Desde la perspectiva de la Teología política y de la liberación “acusa” al autor de un primermundismo tal vez inconsciente que pone la liberación y el bienestar de la persona individual como único valor absoluto, contraponiéndolo indebidamente al compromiso en la donación de la vida y en la transformación de la sociedad. Domínguez Morano, desde una valoración técnica señala las deficiencias metodológicas que tiene el esfuerzo del autor desde la perspectiva propiamente psicoanalítica: “*la discutible combinación de Freud y Jung junto con el enfoque primordialmente literario y existencialista, cuestiona ya que el método empleado sea realmente psicoanalítico*” (p. 87) incluso manifiesta su sorpresa al considerar que “*tras una precipitada y deficiente lectura, el autor se permita corregir con toda contundencia y “autoridad” al fundador del psicoanálisis*” (p.90). A esto se añade que el apasionamiento y el fuerte tono crítico que predomina en el análisis drewermanniano hace que el conjunto de su obra no se pueda ubicar dentro de los parámetros del psicoanálisis ya que “*el analista , exclusivamente interpreta, pero se abstiene de convertirse en un cómplice, un juez, un aliado o un artífice de la vida del analizado*” (p. 95) y aunque no se pueda descalificar sin más la legitimidad de una actuación técnica activa, si se debe señalar que su acción terapéutica se “*inscribe en unos parámetros muy lejanos a los de la técnica psicoanalítica*” (p. 95). Por último, Torres Queiruga aborda la obra *Kleriker* en el conjunto de la reflexión y el “caso Drewermann”, y señala que los aciertos y valores de la obra se ven opacados por algunos presupuestos que la condicionan: en primer lugar el punto de partida le impide llegar a un verdadero psicograma de un ideal (su intento) y en realidad su obra se parece más a un “patograma” que no hace justicia a la gran diversidad y complejidad que tiene la vida de los clérigos. En segundo lugar Drewermann parece llevar adelante un doble diagnóstico: el de las personas y el de la institución. La impresión es que su diagnóstico

institucional (realizado con agudeza y precisión) pone al descubierto sus heridas personales y condiciona la descripción y valoración que hace de los “clérigos” como individuos. Es evidente que partir de las patologías tiene sus ventajas, ya que permite una descripción contundente (y digamos de paso “con prensa”) de la realidad que se pretende abordar, pero la unilateralidad nunca permite arribar a conclusiones que se correspondan con la complejidad de lo real. Puede ser una lectura de interés, incluso para quienes no han leído el libro de Drewermann, ya que el tema que se aborda tiene que ver con nuestras vidas y nuestras dificultades y las preguntas que se plantean en muchísimos casos son las mismas que desde la vivencia concreta del sacerdocio nosotros formulamos.

(Pbro. Horacio Alvarez - Córdoba)

«ESCRITOS PASTORALES»

Pironio, Eduardo F

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1973.

(por un involuntario error de organización se publica ahora esta recensión que debió publicarse en el anterior número de “Pastores”, dedicado a la memoria del Cardenal Eduardo F. Pironio)

Al leer estas páginas de los *Escritos Pastorales* de Mons. Pironio se percibe el aire renovado por el Espíritu Santo en la Iglesia, propio del Concilio Vaticano II y del inmediato posconcilio, de Medellín en América Latina.

Este libro es una recopilación de escritos entre los años 1970 y 1973 que, el entonces Presidente del CELAM, había escrito en diversas circunstancias. La experiencia gozosa de la Iglesia es el marco donde se expresa el pensamiento de Pironio y es el objeto de sus reflexiones. Su pensamiento se entrelaza y a la vez refleja el pensamiento de pastores y teólogos que buscan ser fieles a la Palabra de Dios en una respuesta a los planteos del hombre contemporáneo latinoamericano.

Mons. Pironio es un hombre carismático, animado por el Espíritu, quien sensible a la problemática de los hombres y siendo atento escucha de la Palabra, se ha convertido en profeta de esperanza en la Iglesia Latinoamericana.

Los *Escritos Pastorales* giran entorno a dos grandes temas: el primero es la Iglesia contemplativa y servidora, penetrada por el Espíritu Santo, atenta a discernir los signos de los tiempos, a dialogar con el mundo y a promover integralmente al hombre desde la fidelidad a la misión liberadora de la Iglesia; el segundo al rol de los pastores; los obispos al servicio del Pueblo de Dios y los presbíteros como los servidores de Cristo a los hombres, y al órgano de comunión, encarnación y dinamismo eclesial que significa el CELAM dentro de ella.

El nos señala que la Iglesia en América Latina vive su “hora”, ésta aparece como signo e instrumento de la presencia del Señor. Llamada a ser sacramento universal de salvación, instrumento de comunión de los hombres. Fiel al Espíritu de Pentecostés la Iglesia “sale del Cenáculo y entra salvadoramente en el mundo. Como una presencia encarnada y permanentemente transformadora de Jesús”.

La “Iglesia de la Pascua” es la expresión con que expresa la identidad eclesial latinoamericana. Iglesia donde se adivina y reclama a Jesucristo, el Señor Resucitado. No se la puede entender fuera del acontecimiento salvador de Jesucristo y debe ser fiel a este misterio, pero a la vez, es urgente responder a la realidad global del continente sin perder la comunión con la totalidad de la Iglesia Universal, a quien sirve desde su pobreza y su propia identidad. Con otros títulos refleja la realidad compleja de la Iglesia: peregrina, pobre, latinoamericana, misionera.

La “hora” de la Iglesia hay que entenderla bajo la luz de la fe. Es una fe que implica asumir la realidad y encarnarse en ella, esta es una gracia de Dios regalada por medio del Espíritu. La realidad interpela a los cristianos. Por un lado, los hombres del mundo y sobre todo los latinoamericanos comprenden cada vez con mayor claridad su protagonismo y la necesidad de tiempos nuevos, el deseo de liberación y la propia responsabilidad histórica; por otro lado, debe ser fiel a Cristo, el hombre nuevo, y desde esta novedad pascual proponer la auténtica liberación que brota del hombre liberado del pecado y artífice de la comunión.

Para hacer realidad esta nueva perspectiva eclesial el Espíritu Santo también suscita pastores, renovados, convertidos, hombres nuevos. Es a partir de su experiencia en distintos lugares de América Latina y sobre todo de Argentina que puede afirmar que también es la hora providencial de los obispos y sacerdotes. Deberán renovar su misterio en el de Cristo y, como él, convertirse en servidores de la comunidad, lo harán desde su pobreza, siendo hombres de Dios.

En este año dedicado al Espíritu Santo es oportuno ver como su presencia en el libro es permanente. La acción y renovación eclesiales se deben a Aquél que impregna la nueva realidad desde su accionar oculto pero a la vez experimentable en el Pueblo de Dios.

Quien se proponga releer estos *Escritos Pastorales*, a más de veinticinco años de su publicación, con el ánimo sereno de quien sabe reconocer la palabra profética -poco entendida en su momento- encontrará nuevos elementos para su espiritualidad y respirará la frescura del Espíritu. Este Espíritu que junto con María, la Madre de Jesús, asegura un Pentecostés permanente en los cristianos para que sean testigos del Resucitado.

(Pbro. Pablo Etchepareborda - Mar del Plata)

«EL SANADOR HERIDO»

Henri J. M. Nouwen

Colección Sauce - PPC. Madrid

«El que debe cuidar sus propias heridas está llamado a curar desde sus propias heridas, siempre preparado a curar las de los demás... Es al mismo tiempo, el ministro herido y el ministro que cura...»

Ciertamente, NOUWEN, fue un hombre y un sacerdote con una mirada muy profunda de la realidad de todo hombre y de todo el hombre, que nosotros como pastores encontramos en nuestras comunidades, barrios, parroquias o en el lugar que Dios dispuso para que «gastemos» nuestro sacerdocio.

Esto no le impidió a él poder escribir y descubrir la realidad del ministro. Una mirada que no agota nuestro Ministerio, sino que nos pone en contacto con esa dimensión humano-sacerdotal que pocas veces nos animamos a ver o permitimos que vean.

Por ello este libro, pensado para sacerdotes, abre un camino cuyo destino es la persona que lo lee. Nos hace descubrir que también nosotros somos protagonistas de muchos planteos y situaciones que el hace.

Los primeros capítulos nos muestran casos concretos de una realidad «herida», ejemplos que surgen de su labor pastoral. Estos planteos son rematados en el último capítulo, llegándonos a poner en comunión con estas realidades desde nuestras propias «heridas». El título de este último e interesante capítulo es:»EL MINISTERIO LLEVADO A CABO POR UN MINISTRO SOLITARIO. El que cura desde sus propias heridas».

Es un libro con una profunda mirada, llena de humanidad, pero también llena de Esperanza y Fe, que en los pensamientos y espiritualidad del autor se transforma en un serio planteo de CARIDAD PASTORAL.

¿Por qué recomendarlo? Porque es un libro escrito con mucha vida, con transparencia, lejos de ser un fervorín idealista es el equilibrio realista de un hombre que busca con Fe. Nos lleva a contemplar verdades de nuestro ministerio, nos vuelve la mirada a las cosas esenciales e importantes. Es un llamado a ver esa fragilidad que es fortaleza, es palpar la vulnerabilidad del Redentor, como bien lo sugiere el autor: «En él (Cristo), seguimos su senda difícil, de ese Cristo que entró en la muerte desposeído de todo, salvo de una esperanza desnuda».

Nouwen hace un planteo real y muy concreto del sufrimiento al que nos acercamos una y otra vez, llega a afirmar «...que sólo entrando en comunión con el sufrimiento humano podemos encontrar alivio al nuestro».

Su planteo nos sirve para meditar en este año dedicado a la virtud de la ESPERANZA, por el enfoque esperanzador que hace del ministro herido, como bien lo escribe: «La misión más importante del líder cristiano en el futuro será guiar a su pueblo en el viaje de salida de la tierra de la confusión a la tierra de la esperanza».

Henri Nouwen, un sacerdote, un hombre de Dios que miró la fragilidad y el dolor humano así como lo asumió y redimió el mismo DIOS.

(Pbro. Alejandro Centurión - Buenos Aires)

NOTICIAS

Instituto internacional de catequesis y pastoral

Lumen Vitae

1998-99

Una formación superior en catequesis y pastoral

Un centro que favorece los intercambios interculturales

Situado en Bruselas, capital europea, el Centro Internacional LUMEN VITAE ofrece una formación catequética y pastoral adaptada al mundo de hoy orientada hacia la promoción de la justicia y la inculturación de la fe.

Creado en 1935 por la Compañía de Jesús, el Centro Lumen Vitae tiene tres secciones:

La **EDITORIAL LUMEN VITAE** publica

- una revista internacional trimestral de catequesis y pastoral
- manuales de catequesis y libros religiosos

La **ESCUELA SUPERIOR DE CATEQUESIS** prepara para Bélgica

- catequistas de parroquia,
- profesores de religión,
- agentes de pastoral.

El **INSTITUTO INTERNACIONAL** ofrece a responsables en catequesis y pastoral, procedentes de diferentes partes del mundo

- una formación universitaria centrada en la investigación y que da acceso al título de *Diploma de estudios especializados en catequesis y pastoral* (DES).
- una formación práctica que tiene por objeto el perfeccionamiento de la acción concreta y que da acceso al *Graduado en catequesis y pastoral*.

El Instituto Internacional está afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lovaina, (U.C.L., Louvain-la-Neuve) la cual concede el Título de *Diploma de estudios especializados en catequesis y pastoral* (DES).

El programa de este folleto se refiere a la tercera sección.

Las clases y seminarios se dan en francés. Es indispensable conocer suficientemente el idioma desde el comienzo del año académico.

***UNA FORMACION DE CALIDAD
DINAMIZADA POR EL INTERCAMBIO ENTRE CULTURAS***

¿PARA QUIENES?

Adultos de unas 30 nacionalidades distintas que asumen una responsabilidad de Iglesia en diferentes niveles (parroquia, escuela, congregación, diócesis...)

Hombres y mujeres - laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas - que tengan experiencia en la animación pastoral o catequética. Creyentes que desean profundizar su fe para vivirla mejor y compartirla.

¿PARA QUE?

Para formar en el análisis de la situación de cara a una mayor promoción de la justicia a la luz del Evangelio.

Para compartir, en un medio internacional, las diversas opciones teológicas y pastorales y enriquecerse mutuamente, para promover la inculturación de la fe.

Para enfrentarse ante el desafío de las nuevas culturas y formar animadores de una acción pastoral adaptada al mundo moderno.

¿COMO?

Por medio de un programa de clases y seminarios que articulan los temas de las ciencias humanas con la reflexión teológica y con la práctica catequética y pastoral.

Por medio de una reflexión en grupos interculturales encaminada a integrar la experiencia catequética y pastoral de los/las estudiantes y las diferentes aportaciones del Instituto.

Por medio de una pedagogía activa animada por un profesorado que procede de diferentes continentes.

Por medio de un acompañamiento personal de los estudios.

Todos los días hay una celebración de la Eucaristía en el Instituto. Una vez por semana, todos los profesores y alumnos se reúnen en una Eucaristía más participada y activa. Los profesores están a la disposición de los alumnos que deseen una orientación espiritual.

Instituto internacional de catequesis y pastoral

Lumen Vitae

**Rue Washington, 184
B-1050 Bruselas-Bélgica
Teléfono: 32.2.349 03 70
Fax: 32.2.346 57 45**

E-mail: lumen.vitae@euronet.be

TITULOS Y PLAN ACADÉMICO

EN DOS AÑOS

El *Diploma de estudios especializados en catequesis y pastoral* (DES) («Diplôme d'études spécialisées en catéchèse et pastorale»), al que tienen acceso todos los/las estudiantes que han realizado un primer ciclo completo de teología (bachillerato, licencia en ciencias religiosas, o su equivalente).

Este Diploma lo concede la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lovaina (U.C.L., Louvain-la-Neuve), según los criterios fijados por ella misma.

El *Graduado en catequesis y pastoral* («Graduat en catéchèse et pastorale»), al que tienen acceso los/las que posean un título de fin de estudios secundarios y que tengan una formación teológica de base (equivalente a un año entero) y una formación universitaria o su equivalente

EN UN AÑO

El *Diploma en catequesis y pastoral*, que equivale al primer año de DES.

El *Certificado de catequesis y pastoral*, que equivale al primer año de graduado.

Un *Certificado de formación en pastoral de la promoción social y del desarrollo*, accesible a los/las estudiantes poseedores de un título de fin de estudios secundarios (o su equivalente, reconocido por el Instituto) y que tengan conocimientos teológicos de base.

EN TRES MESES

Una formación de corta duración, de septiembre a diciembre. El programa permite seguir las clases dadas durante el primer trimestre, así como algunas actividades especialmente programadas para este ciclo.

Los/las estudiantes que lo desean pueden conseguir un Certificado de Asistencia («Attestation de fréquentation du Cycle de trois mois»)